
CIRCULO DEL CRIMEN
EL HERMOSO MARCO DE ORO
PETER CHAMBERS
EDICIONES FORUM
Nº23

Annotation

El detective privado Mark Presión quedó fascinado por la visión de aquel retrato enmarcado en oro macizo. Pero no era el valor de la obra lo que le atraía, sino el rostro de la mujer que le miraba desde el lienzo.

El millonario Bernard Rivers le había encomendado la protección de esta valiosa obra contra las amenazas de una amante despechada y enloquecida. Pero ¿cómo defenderse de alguien obsesionado por una idea y dispuesto a incendiar la casa entera?

El hermoso marco de oro

Peter Chambers

EL HERMOSO MARCO DE ORO

Mark Preston, 22

Círculo del Crimen Nº 23

Nota del Editor Digital

En el capítulo 4 de la novela aparece un establecimiento llamado "El lienzo roto" que es mencionado de nuevo en el capítulo 13, ésta vez como "El lienzo rasgado" (tal vez por despiste del traductor). Por coherencia se ha corregido esta segunda forma, para que en todos los casos el nombre sea idéntico.

Correcciones adicionales:

- Añadidos dos formatos "cita" (Cap. 1) que no están en el texto impreso.

1

La casa surgió de repente. La carretera, que discurría entre áridas y ondulantes colinas, giraba hacia la izquierda en una curva cerrada y allí estaba, tranquilamente escondida en la ladera de una suave pendiente. El arquitecto, conocedor de California, había evitado copiar el estilo trasplantado de Kentucky, o el de los primeros años de Hollywood. En su lugar, había retrocedido en el tiempo, a la época del estilo español genuino, cogiendo detalles de diversos monasterios y de las escasas haciendas, utilizando los rasgos más atractivos que había encontrado en ellos. El resultado de todo esto era Rivers Bend[1], un edificio blanco y reluciente que parecía adaptarse al paisaje, en vez de imponerse a él. No había ningún río. El nombre se lo había puesto su propietario, el hombre que yo había ido a ver, Bernard L. Rivers.

Mientras aparcaba el coche, al pie de una escalinata de piedra, supe una cosa acerca del señor Rivers. Mantenía un edificio pulcro. Los suaves prados estaban inmaculados con arbustos plantados a una distancia regular, en perfecto orden. Incluso el color de las flores estaba distribuido armónicamente, formando dibujos. Había una pequeña fuente blanca que producía un agradable sonido, atrapando los rayos del sol de mil formas diferentes, al tiempo que caía, mansamente, en un amplio estanque lleno de peces. No miré los peces, seguramente había dos de cada color y forma, y probablemente nadarían al estilo de Busby Berkeley.

Vi a la muchacha cuando me bajé del coche. No era difícil descubrirla. Estaba apoyada en un rincón de la balaustrada de piedra que se extendía a todo lo largo de la casa. De esa forma, la silueta, delgada y morena, se perfilaba sobre el cielo de manera que no había posibilidad de que se me escapara ningún detalle. Se estaba peinando, actividad que requería tener la cabeza echada hacia atrás. Tenía los brazos detrás de la cabeza para así poder cepillarse, con mimo, el pelo brillante y suave, del color de la miel. Naturalmente esto hacía que arqueara la espalda de forma que resaltaran sus pechos delgados y puntiagudos, acentuando la esbelta firmeza del resto de su cuerpo. Aunque pasé a escasos metros de donde ella estaba, pretendió no verme. Lo menos que yo podía hacer era devolverle el cumplido.

La puerta principal estaba abierta, y el interior tenía un aspecto refrescante. Busqué algo para golpear o para llamar a la puerta.

—¡Eh!

El que hablaba era un joven de veintipocos años. Era alto, con el pelo a cepillo y bien parecido.

Llevaba una sudadera sucia y unos vaqueros cortados por la

rodilla y deshilachados. Iba descalzo. También tenía un vaso de cristal largo, que contenía un líquido ambarino que estuvo a punto de derramarse cuando se apoyó en el marco de la puerta esperando una contestación.

—Buenas tardes —contesté—. Mi nombre es Preston, tengo una cita para ver al señor Rivers a las tres.

Asintió con desgana, y dio un sorbo a su vaso. Puse en duda que fuera una bebida saludable.

—Yo soy Rivers —anunció—. ¿Qué quería?

Su tono era arrogante y expeditivo. Su aliento habría podido derribar a un toro de peso medio. Manteniendo la voz cuidadosamente imperturbable, dije:

—La cita fue idea suya, señor Rivers. Esperaba que usted me diría a mí de qué se trataba.

No era el hombre que había ido a ver, y yo lo sabía. Estaba parado observándole para ver hasta dónde podía llegar. En ese momento me miró con mala cara.

—Escuche, soy un hombre muy ocupado. No se puede esperar que recuerde todos los pequeños detalles. Simplemente recuérdeme quién es usted.

Me dieron ganas de cogerle el vaso y hacérselo tragar a la fuerza para ver hasta dónde podía metérselo.

Del interior de la casa llegó una voz de mujer que se elevaba por encima del ruido que hacían sus tacones.

—Larry. ¿Eres tú, Larry? ¿Con quién estás hablando?

Se estiró perezosamente y se quitó de mi vista. Giré hacia donde se escuchaban los pasos. Tendría unos treinta años o pocos más, y llevaba el pelo corto, negro como la pez. Su rostro oval estaba bronceado, y tenía los pómulos salientes y la nariz bien formada. La boca era de un rojo intenso y contrastaba con los dientes relucientes. No pude ver en la sombra el color de sus ojos profundos que me observaban con frío interés.

—Buenas tardes —saludé—. El señor Rivers me está esperando. Me llamo Preston, Mark Preston.

De hecho no me dijo que no me creyera, pero sus ojos lo decían por ella.

—¿Señor Preston? —dijo—. No, no creo…

—A las tres —afirmé—, y le enseñé mi muñeca para que viera que tenía un reloj, y que era realmente mío.

—Entonces, ¿no es a Larry a quien quiere ver?

—No, él solamente me estaba preguntando si podía darle clases de buenos modales. Íbamos a empezar justamente cuando usted llegó. El señor Rivers me llamó por teléfono esta mañana y me dijo que se trataba de algo muy importante, muy confidencial.

Asintió, aún con cierta incertidumbre, luego sonrió.

—Perdóneme si me he mostrado un poco perpleja. Soy Kathryn Nolan, secretaria particular del señor Rivers. Concierto todas sus entrevistas, y todas sus citas.

—Me parece que ésta no. Habló él mismo con mi (hice una pausa) secretaria particular. Ella me lo dijo bien claro.

Mentalmente me apunté que no debía permitir que Florence Digby se enterara de cómo la había descrito. Esa mujer ya tenía de por sí una opinión demasiado orgullosa de su propio valor. La señorita Nolan se mordía el labio. Era un labio bonito; me hubiera gustado hacerlo por ella.

—Bueno, entonces, ya que está aquí ¿tal vez quisiera darme una idea de qué se trata todo esto?

Suspiré. La casa de los Rivers parecía estar llena de gente que no tenían otra cosa que hacer más que verificar los asuntos de su propietario.

—No lo sé, señorita Nolan. Estoy aquí porque él me dijo que viniera. Eso es todo. Ya está. Tal vez si alguien le dijera que estoy aquí, nos enteraríamos todos de qué se trata.

Al parecer eso la decidió.

—Muy bien, se lo diré —dio media vuelta para irse, después se volvió para mirarme—. ¡Oh! pase por favor. Ahí fuera hace demasiado calor.

Hice una ligera inclinación y entré, siguiendo con los ojos el rítmico balanceo de sus leves caderas mientras desaparecía en la oscuridad. Hasta ahora me parecían una familia interesante: una probable modelo de peluquería, un probable borracho y una secretaria particular que no tenía la confianza de su jefe y que era una mujer. Toda una mujer, me corregí a mí mismo.

El vestíbulo no me dijo nada. Solamente que era un lugar en donde se estaba bien. Había una escalera que subía a los dormitorios formando una curva. Al pie había un pedestal con un busto de un tipo raro con collares en el cuello. La clase de tipo que sonreía a las mujeres justo en el momento antes de prenderle fuego a sus naves, hace unos doscientos años. Pensé qué estaría haciendo allí. Era fácil que no hubiera sido un Rivers.

Había una especie de chimenea señorial, con los troncos preparados para encender. Debían llevar mucho tiempo preparados a juzgar por el brillo del recipiente de cobre en el que estaban puestos. El fuego ensucia las cosas, si mal no recuerdo, y suciedad no era precisamente la palabra que se me venía a la mente acerca de ninguna de las cosas de aquella casa. Sobre la chimenea, donde debía de haber un retrato del cuarto barón o algo parecido, había un saliente

rectangular y extraño, cubierto por unas cortinas de terciopelo negro. Tendría aproximadamente sesenta centímetros de anchura por noventa de altura. En conjunto parecía una pequeña pantalla de cine, colocada de lado, y esperando a que alguien corriera las cortinas para empezar la proyección.

—¿Señor Preston?

No la había oído volver. Me di media vuelta y la vi esperándome, con aquella provocativa sonrisa a medias, a la que me gustaría acostumbrarme.

Me acompañó hasta unas puertas blancas decoradas, e hizo girar un dorado picaporte haciéndome entrar en la sala.

—Está aquí el señor Preston.

La habitación era alargada y tenía los techos altos. Los libros se alineaban en ambas paredes formando como la mitad de un marco en torno a la impresionante e imperial mesa de despacho que dominaba el extremo opuesto. Bernard L. Rivers me miró expectante. Era más joven de lo que yo creía, no tendría más de cuarenta y cinco años. Su rostro, más que hermoso, era enérgico, con un mentón firmemente curvado y una nariz aquilina pronunciada. Sus ojos oscuros estaban velados. Sobre ellos, la frente era amplia y prominente, y encima tenía una buena mata de pelo castaño. Cuando se levantó para saludarme, vi que era un hombre alto, mediría casi un metro noventa. Sus hombros eran poderosos, llevaba una camisa de sport roja. A pesar de que hacía fresco en la habitación, tenía en la frente gotas de sudor y al darme la mano noté que la tenía húmeda.

—Por favor, señor Preston, siéntese mientras hablamos.

La silla era recta y tenía una gruesa tapicería de cuero. No era una silla cómoda para echarse un sueñecito. Era una silla para estar sentado mientras hablábamos. Su voz me decepcionó. Esperaba oír una voz imperiosa, profunda, o algo parecido saliendo de aquel cuerpo tan grande. Por el contrario era una voz meticulosa, como el sonido seco del chasquido de una rama.

—No es un principio muy alentador, señor Preston. Me parece que llega diez minutos tarde.

Me miró severamente esperando una explicación.

—Eso parece, pero no es así —le dije—. Llevo quince minutos intentando atravesar el montón de chismosos que hay ahí fuera.

Entonces se echó hacia atrás, apoyando la punta de los dedos en la mesa, sin quitarme la vista de encima.

—¿Chismosos?

—El primero fue un tipo llamado Larry, después su secretaria particular, que al parecer no merece su confianza en cuanto a lo que a mí se refiere.

—¡Ah! sí, Larry, mi hijo. Es mi hijo Lawrence. ¿Se mostró algo

raro?

—No mucho más raro que un tipo que está bebiendo algo que no puede aguantar.

Asintió, tragándose lo que le había dicho.

—Siento que haya sido así. Y en cuanto a la señorita Nolan, bueno es una mujer joven, muy eficiente. Extraordinariamente eficiente. No sé cómo me las arreglaría sin ella. No obstante, esto, bueno, el asunto que quiero tratar con usted no es algo que quiera lanzar a los cuatro vientos, señor Preston. De hecho, no va a ser tratado nada más que entre nosotros, en esta habitación. Es decir, si es que llegamos a tratarlo.

La mirada de sorpresa que le dirigí era auténtica.

—¿Si es que llegamos a tratarlo? —repetí.

—Sí, por favor, no se excite. Déjeme explicarle. De hecho es una situación que, por una vez en mi vida, no puedo resolver yo solo. No es que eso me importe, señor Preston. En absoluto, sin embargo, necesito ayuda, la clase de ayuda que usted me puede ofrecer.

Se detuvo un momento para beber un poco de agua helada en un vaso de cristal. Al llevárselo a los labios adiviné un ligero temblor en sus manos. Tenía la frente perlada de un sudor fresco y reciente.

—Por tanto —continuó— necesito saber algo más de usted. Antes de contarle detalles personales, y dolorosos para mí. ¿Tiene algún inconveniente?

—En absoluto —contesté—. Pero hay algo que me extraña. Si todavía no ha comprobado quien soy. ¿Cómo es que estoy aquí? Si necesita que alguien le dé una referencia...

Levantó una mano para interrumpirme.

—Me he explicado mal. Tiene mucha razón, desde luego. Ya le he investigado, como usted dice. Y muy a fondo. Realmente me parece el hombre adecuado para lo que yo quiero. Pero eso según la opinión de otras personas, según otros puntos de vista. Créame, si esto fuera un trabajo normal, le hubiera contratado, sin verle, solamente con lo que me han dicho. Ahora quiero añadir a eso mi propia opinión.

Era evidente que mi posible cliente no me iba a mandar a buscar al perro que se le había perdido.

—Me parece razonable —afirmé—. Dispare, señor Rivers.

Y lo hizo. Me atormentó durante veinte minutos agotadores. Al final, sonrió. No había sido nada agradable.

—Debo decir que responde plenamente a lo que me habían dicho de usted. Y ahora vayamos con la razón de su visita.

Abrió un cajón, sacó algunos papeles y los tocó, pensativo. Era como si esperara incluso en ese momento que sucediera algo que hiciera innecesario tener que relatarme la historia, cualquiera que

fuese.

—El oro es un metal hermoso —dijo soñador—. ¿No le parece, Preston?

—Nunca he tenido mucho que ver con él —confesé—. Parece que ha sido la causa de un buen montón de problemas, a través del tiempo.

Pareció ignorar lo que dije.

—El oro es, o era, mi negocio, lingotes de oro. Fui tratante de oro durante muchos años. Soy un hombre muy rico, como habrá podido imaginar. Pero mi vida particular se ha visto perseguida por la tragedia. Todas las leyendas dicen que el oro no proporciona felicidad. Por supuesto esto es una tontería romántica. Pero es innegablemente cierto, que el dinero no me ha proporcionado una felicidad duradera. Me casé muy joven. En Nueva York. Ella era una muchacha muy hermosa. Tuvimos hijos, un niño y más tarde una niña. El chico es Lawrence, al que ha visto ahí fuera.

—Había una muchacha también fuera —le dije—, una chica muy mona que debía de estar tomando baños de sol. No llegué a hablar con ella.

—Esa debe de ser Lynda Lee —confirmó—. Todo nos iba bien. Yo empezaba a abrirme camino en el mundo, tenía una vida familiar sana y bien cimentada. Entonces fue cuando ocurrió la primera tragedia. La casa de apartamentos donde vivíamos se quemó una noche. Saqué a mi hijo. Carol rescató a la pequeña. Entonces, antes de que pudiera detenerla, volvió a la casa para coger sus joyas. No volvió a salir. Murió allí, por un puñado de baratijas. Fue un golpe terrible.

Era el momento apropiado para mirar distraídamente a los estantes de libros. Después de un momento, concluyó.

—Creí que mi vida estaba acabada, lo cual era una reacción perfectamente natural, y por supuesto, estaba equivocado. Había que trabajar, había que educar a los niños. Por tanto me puse a ello. Con demasiado ahínco, según mis amigos. No me concedía un momento de descanso, partiendo de la base de que aquel aspecto de mi vida había terminado. Entonces vi a Judith Harvey en una obra de teatro en Broadway. ¿Recuerda el nombre?

Rebusqué por mi memoria y no conseguí recordarla.

—Lo siento —confesé—, no me interesa el mundo teatral —creo que esto le pareció una admisión de culpabilidad.

—Bien, hoy en día todo es televisión, siento decirlo. Pero hay algunos rincones en el mundo donde todavía queda auténtico teatro. De cualquier forma, vi esa obra, y vi a Judith. La vida empezó de nuevo, un año más tarde nos casamos. Yo era como un jovencito pasando su primera noche fuera de casa. Mi esposa era todo lo que un hombre puede desear. Hermosa, encantadora, inteligente. Y todo esto

podía aplicarse también a su condición de ama de casa. Esto fue para mí una tremenda sorpresa, como puede imaginarse. Pensé que era el momento de abandonar los negocios, y me puse a liquidarlos. No muy de prisa, naturalmente. Me concedí dos años para dejar las cosas bien sentadas. Entonces, me traje aquí a toda la familia. De ahora en adelante la vida iba a ser maravillosa.

No está mal, pensé. Poder hacer arqueo de sus bienes, retirarse a los cuarenta años y vivir de las rentas el resto de la vida. Rivers debía de haber sido un buen comerciante. O un gran ladrón. Depende del punto de vista con que se considere la cuestión. Para demostrar que seguía escuchándole, dije:

—¿Cuánto tiempo hace de eso, señor Rivers? Quiero decir, ¿cuándo se trasladó a vivir a Monkton City?

—Hace tres años. Algo más de tres años. Compré esta casa, y nos instalamos todos aquí. Parecía un sueño hecho realidad.

Se quedó mirando los papeles que tenía delante de él. Había algunas fotografías, pero yo no estaba lo suficientemente cerca como para descubrir ningún detalle.

—Pero algo salió mal —sugerí.

—Muy mal, trágicamente mal. Teníamos una lancha a motor, llamada «Mesalina». Para Judith una de sus aficiones preferidas era salir por la bahía conduciendo la lancha, a toda máquina. Lo hacía muy bien, también era un buen marino, iba muy segura, o por lo menos eso pensábamos todos. Entonces, hace dos años, o un poco menos, salió una noche y no volvió. Chocó con algo en el mar, un trozo de madera a la deriva o alguna otra cosa. Como probablemente sabrá, estas embarcaciones son tremendamente vulnerables yendo a toda velocidad. Era una de esas noches en que aparece la niebla de repente, como si fuera una sábana. Tal vez ella ya no podía ver con claridad. De todas formas, sea cual fuere la causa del naufragio, fue un desastre completo. Algunos pescadores encontraron piezas del navío.

—¿Y su esposa Judith?

—Ni rastro de ella en muchos días. Luego su cuerpo fue devuelto por el mar a la playa. Yo había estado esperando que… —calló por un momento, para recobrarse…— todo hubiera sido un error. Que tal vez ella ni siquiera fuera en el barco. Que quizá se hubiera tomado unas vacaciones, y alguien hubiera robado el barco. Esta era solamente una de las cuerdas a las que me aferraba.

Me miró a través de la mesa, su rostro reflejaba un gran sufrimiento.

—A menos que haya experimentado algo parecido, señor Preston, no podrá hacerse una idea de las locas alternativas que la gente se puede inventar, con el fin de evitar enfrentarse con la auténtica verdad.

—Ya lo he visto antes —le dije—. Seguramente habrá tenido que enfrentarse con situaciones desfavorables más de una vez. Y esto ¿dice que ocurrió aproximadamente hace dos años? —De esta forma quise sugerirle que me contara la historia algo más rápidamente. No creo que fuera a pedirme que investigara lo que le pasó al barco «Mesalina». En este momento asintió. Al parecer había comprendido mi intención.

—Tal vez creerá que me he extendido demasiado contándole todos los antecedentes de mi historia, pero le aseguro que todo es importante. Hace dos días me llegó esto por correo.

«Esto» era una hoja de papel blanco, que me entregó a través de la mesa. Llevaba un mensaje formado con palabras recortadas de los periódicos, pegadas formando líneas desiguales. Decía:

> «La venganza es mía, dijo el Señor; pero tarda mucho en llegar. No voy a esperar.»

Estuve mirándolo un rato, pensando qué quería decir. El que lo enviaba había tenido problemas con la palabra «dijo»; estaba formada de dos partes: la «d» y la «i» de una palabra y la «j» y la «o» de otra. Me encogí de hombros y se lo devolví.

—¿Venganza? —inquirí—. Me imagino que será de alguna persona malintencionada. ¿O hay alguien que tenga alguna razón para vengarse de usted? Sepa Señor Rivers que tendrá que ponerme al corriente de todo esto. De lo contrario no tengo posibilidad de dar con la pista del que lo envía.

Volvió a sonreír con una fina sonrisa.

—Ya lo tengo en cuenta, pero se me ha anticipado. Lo que usted dice es absolutamente cierto. De hecho, es lo mismo que me dijo la Policía.

En ese momento me puse a escuchar con atención.

—¿Se lo contó a la Policía? Pues entonces realmente no comprendo…

—No, ya sé que no. Pero aún hay más.

Me tendió otro mensaje que no se diferenciaba mucho del otro en el aspecto general. Este decía:

> «Incluso Ayesha acabó pereciendo en las llamas.»

Quienquiera que fuese el que había pegado aquello tenía que haber empleado un montón de tiempo para escribir el nombre.

—Ayesha —repetí—. Me deja perplejo, me temo que mi conocimiento de la Biblia no da para tanto, señor Rivers. ¿Qué significa esto?

—No tiene nada que ver con la Biblia —me corrigió—. Se trata de

una vieja historia de aventuras escrita por un hombre llamado H. Rider Haggard. Mucha gente la llama «Ella». La historia trata de una hermosa mujer que tiene miles de años y que se mantiene siempre hermosa porque se conserva sobre una llama. Al final el fuego la mata.

Entonces lo comprendí.

—Gracias. ¿Pero esto qué quiere decir?

—Quiere decir que alguien intenta prender fuego a la casa. A esta casa.

¿Ayesha, Linda Lee o la señorita Nolan? No parecía muy probable. Al ver mi confusión Rivers dijo:

—Todo esto está relacionado con el retrato de Judith. Le tengo mucho aprecio y además tiene un valor incalculable. Es uno de los últimos cuadros que pintó Douglas Westley. Lo que le hace igualmente valioso para el resto del mundo. Pero este otro aspecto no me interesa en absoluto.

«¿Quién podría querer quemar un cuadro?», pensé. «¿Qué sentido tendría?»

En ese momento empecé a sospechar. Si el cuadro valía un montón de dinero, estaría asegurado. Posiblemente Rivers no tenía tan buena posición económica como quería hacerme creer. Cualquiera puede recortar periódicos. Al ver mi sorpresa dijo:

—En cuanto a eso, puedo decirle exactamente quién es.

Y me entregó una fotografía deslumbrante de un rostro de mujer. Una rubia muy guapa.

Era una foto publicitaria. Aún podía leerse, al dorso, el nombre del fotógrafo. Era de una firma de Nueva York.

—Al parecer ahora los pirómanos tienen mejor aspecto. ¿Quién es?

Contemplé la fotografía. El rostro de Rivers estaba serio.

—Su nombre es o era Olivia Jayne Hart. Puede que se lo haya cambiado. Es una actriz. De hecho fue la doble de Judith durante algún tiempo, o lo hubiera sido si no le hubiera surgido un contrato para rodar una película. El parecido era muy notable en ciertos aspectos. Pero Olivia no tuvo nunca un rostro dulce. Tampoco ella lo era. Desde lejos podía uno confundirse. De cerca nunca.

—Ya veo —murmuré sin ver nada—. ¿Y por qué ha de querer esta muchacha quemarle la casa? ¿Y el retrato? Movió la cabeza.

—No es la casa, realmente, es el retrato lo que quiere destruir. —Hubo una pausa en la que intentó mirarme. Luego dejó de hacerlo. Estábamos llegando a la parte espinosa del asunto—. Es todo lo que me queda de Judith, ya ve. Olivia sabe lo que significa para mí.

Elegí una de entre las doscientas o trescientas preguntas que quería hacerle.

—¿Por qué está tan seguro de que la señorita Hart está metida en

esto?

—Porque me telefoneó. Ayer llamó para preguntar si había recibido el correo. En otras palabras, quería comprobar si había recibido esas ridículas amenazas.

—Ya veo, y ¿qué está haciendo la Policía?

Apretó la boca y dijo:

—No se lo he dicho a la Policía.

—Creí que me había dicho…

—Les dije lo del primer anónimo, sí.Y les hubiera informado del segundo, automáticamente, pero cuando supe quién era el responsable, no podía decírselo a la Policía.

—Y entonces, me llamó a mí —concluí.

—Así es.

Miré a Olivia Jayne Hart. Parecía estar mirando algo por encima de mi hombro.

—Señor, comprendo que todo esto debe resultarle muy difícil, pero, de hecho, va a tener que decirme más cosas acerca de todo este asunto.

Hizo una mueca mostrándome una hilera de dientes blancos como la nieve.

—Sí, claro, lo comprendo. El hecho es que, ya ve, la señorita Hart y yo… esto es, hasta que conocí a Judith. Todo esto es muy doloroso.

Siempre lo es.

—Veamos, a ver si he comprendido todo el asunto —le sugerí—. Usted y la señorita Hart salían juntos hasta que usted conoció a su segunda esposa. Después de esto, le dijo adiós a la señorita Hart.

—Lo dice de un modo muy brutal.

—Brutal o no, más o menos, eso es lo que sucedió. ¿No es cierto? De hecho, si existía una relación profesional entre las dos mujeres, sería seguramente la señorita Hart quien se la presentaría a usted. ¿Estoy en lo cierto?

Rivers asintió.

—Exactamente, Olivia y yo éramos íntimos amigos, muy íntimos. No para casarnos. Desde luego, por mi parte no. Era una muchacha muy ambiciosa, le gustaba la buena vida, el lujo y los restaurantes caros. Yo podía proporcionarle todo eso y lo hacía con gusto. Aquello fue el final de nuestra… relación. Nunca me pasó por la imaginación llegar a algo más serio o permanente. Los dos necesitábamos alguien en quien poder confiar. Eso era todo.

—Entonces —le corregí—, cuando conoció a su futura esposa, quiso cortar esa relación. La reacción de la señorita Hart no respondió en absoluto a lo que usted esperaba.

Rivers levantó los brazos con desesperación.

—Absolutamente exacto —hizo castañetear los dedos—. Nunca

entenderé a las mujeres. Habíamos sido amigos íntimos durante algunos meses. Había sido una relación de lo más agradable. Su reacción me dejó perplejo. Prácticamente me acusó de dejarla plantada. Pasé un rato muy desagradable. De hecho, no me siento orgulloso de esto, ella cayó bastante enferma y tuvo que irse. Naturalmente, yo asumí todos los gastos.

Naturalmente, pensé que cada vez me gustaba menos el señor Rivers. Pero aún así, si una persona trabajara solamente para las personas que le caen bien, se moriría de hambre rápidamente.

—Bueno, creo que ahora comprendo lo que la señorita Hart tiene contra usted, y por qué no abrigaba ningún sentimiento de cariño hacia su difunta esposa. Esto deja dos temas sin explicar. Uno, ¿por qué ha tardado tanto tiempo en vengarse? y, segundo, ¿por qué no llama a la Policía?

—¡Ah!

Otra vez estaba evitando mirarme. La gente que hace esto me preocupa. Eso quiere decir que tienen que decir algo que les avergüenza o que van a contarme mentiras.

—En cuanto a lo que concierne a la primera pregunta, tenemos que volver a su enfermedad. Me temo que fue muy grave. No tuve medio de enterarme de esto cuando nos conocimos, pero en su familia existían, de hecho, antecedentes de locura. Olivia siempre fue una joven poco equilibrada. Cuando surgió el asunto de mi matrimonio con Judith... parece que fue aquello lo que acabó de desquiciarla y la hizo caer al borde de la locura. Se trastornó de tal modo que su familia no tuvo más remedio que internarla. Fue algo tremendamente triste.

Seguramente se te partiría el corazón, pensé agriamente. Le pregunté en alta voz:

—¿Quiere decir que ahora está libre otra vez? ¿Qué se ha curado?

—¡Cielos, no! De ninguna manera. No, lo que pasa es que esta pobre chica ha abandonado la clínica. Alguien debió aflojar la vigilancia por algún tiempo. De cualquier forma ella se escapó, esto es, ella huyó. Y ahora anda suelta, y me está amenazando. Bueno, de hecho, nos está amenazando a todos los que vivimos aquí. El fuego no es un agente que seleccione, señor Preston.

Pero yo quería saber aún más.

—Deje que le comprenda señor Rivers. Trata de decirme que esa muchacha ha cruzado los Estados Unidos, de parte a parte, solamente para buscarle.

Traté de que no se me notara la incredulidad en el tono de voz, pero tal vez no lo hice muy bien. Rivers enrojeció.

—No —contestó fríamente—. Hace algún tiempo la familia se dio cuenta de que no le quedaban recursos para seguir manteniendo los

gastos del sanatorio. Me llamaron, y creí en vista de las circunstancias, que yo debía asumir la responsabilidad. No es que yo me culpara de lo que había pasado; usted me comprenderá, pero Olivia me había gustado mucho. No podía verla internada en un manicomio.

¡Bien hecho!

—Entonces cuando se mudó aquí, hizo que la trasladaran —lo dije en tono aseverativo—. ¿Cuál es el nombre del hospital en que está internada?

—No es un hospital. Es el Franklin Hoskins Residential Unit. Un sitio pequeño y discreto. El doctor Hoskins es un médico famoso en el campo de la siquiatría. Ha estado en buenas manos. Me decían que recibía el mejor tratamiento.

La apreciaba demasiado, pensé. No necesitaba darme explicaciones. No estaba seguro de si era realmente el tipo bueno y sincero que quería aparentar. Di unos golpecitos en la fotografía.

—Después de todo este tiempo, no seguirá teniendo este aspecto. ¿Supongo que sería mucho pedir que hubiera otra fotografía más reciente?

—Me temo que no. Los lugares o instituciones de este tipo no necesitan mucho esas cosas.

—No —acepté—. Bueno eso explica por qué ha tardado tanto tiempo, pero ¿qué hay de la Policía?

—Ni hablar —su tono de voz fue definitivo—. La tratarían como a una vulgar criminal. Lo más que podía esperar de esta forma es que la encerraran en un manicomio para criminales. No podría soportar que hicieran una cosa semejante. No se trata de eso. Nada de Policía.

Durante un rato no hablamos ninguno de los dos; ambos estábamos entretenidos con nuestros pensamientos.

—Señor Rivers —dije finalmente—. No creo, que pueda ayudarle. Esta ciudad es muy grande, la chica puede estar en cualquier sitio. Todos los días de la semana se pierden mujeres jóvenes. El Departamento de personas desaparecidas trabaja sin descanso, día y noche, durante todo el año. Aunque no tienen tanto éxito como quisieran. ¿Cómo quiere que un hombre solo pueda tener más suerte?

Me miró con desdén.

—Desde luego, he pensado en todo esto antes de llamarle a usted. Olivia no es como cualquier otra de las personas que se pierden. No tiene que ir a buscarla señor Preston. Ella va a venir aquí, así lo ha dicho. Todo lo que tenemos que hacer es esperar.

Eso tenía sentido. Pero aun así, hice otra objeción.

—En ese caso, no necesita a nadie en absoluto. Puede usted cogerla solito.

—En cuanto a lo que podría ser capaz de hacer, y lo que tengo

intención de hacer, permítame que sea yo quien lo juzgue. No puedo permanecer despierto veinticuatro horas al día, ni pienso intentarlo. Y cuando venga. Entonces ¿qué? Puede haber conseguido un revólver de cualquier tipo. Ha hablado de fuego. Tal vez traiga una lata de keroseno. Es más, en estos tiempos, incluso puede uno ir a un almacén de herramientas de jardinería y comprar un lanzallamas. Creo que tengo el valor normal, señor Preston, pero soy un hombre corriente. La violencia es ajena a mí. Para eso necesito a un profesional.

Aquello tenía sentido. Lo profesional que yo pudiera sentirme frente a una mujer con un lanzallamas era cosa mía.

—Comprendo lo que quiere decir —concedí sobre todo en lo que se refería a estar despierto continuamente. Yo tampoco podría—. Hay un hombre que trabaja para mí de vez en cuando. Un buen hombre. Voy a necesitarle.

Por su cara noté que se sentía desgraciado.

—Y a ese hombre —preguntó— ¿qué le va a decir de todo esto?

—Casi nada en absoluto. —Le aseguré—. Será un honrado perro guardián, nada más. Necesitaré algún sitio para poder dormir.

—¿Dormir?

Levantó las cejas.

—Señor Rivers son más de las cuatro, aún quedan algunas horas de luz natural. Quisiera hacerme una idea clara de ,1a distribución de la casa, localizar a Sam Thompson, que es el hombre que le mencioné y salir de aquí. Si va a venir esa dama, fácilmente puede que lo haga esta misma noche. Quiero conocer también a todos los miembros de la casa y quiero que entiendan que debo tener completa libertad de acción. Ahora mismo quiero ver el retrato, ya que al parecer es la razón de todo este lío.

—Está usted actuando como si ya le hubiera contratado, señor Preston —me acusó.

Sonreí dulcemente.

—¡Oh, señor Rivers!, claro que estoy contratado. Lo he estado desde el momento en que empezó a contármelo todo. No me iba a revelar todo eso y luego no contratarme. Vamos, que queda poco para que se haga de noche y debemos aprovechar la luz del día.

Asintió y se levantó.

—Sí, sabía que había contratado al hombre apropiado. Y tiene usted razón en lo que se refiere a la luz. Debemos ponernos a trabajar. Venga conmigo.

Cuando iba a levantarse sonó el teléfono. Ambos nos quedamos mirando al aparato. Rivers se encogió de hombros, y lo cogió. De repente, la expresión de su rostro se transformó.

—¿Olivia? —dijo.

Luego, rápidamente, puso la mano para tapar el teléfono y dijo:

—En el vestíbulo, rápido, coja el teléfono del vestíbulo y escuche.

Salí rápidamente y vi un suplemento del teléfono sobre una mesita. Lo levanté y me lo puse al oído.

—No, espera, escucha por favor —le oí decir a Rivers con ansiedad.

Sonó un click. Y luego silencio. Sonaron más clicks producidos por Rivers golpeando la tecla a fondo, debido a sus nervios, y diciendo «Livy», «Livy». Después nada.

Es curioso cómo hay pequeños detalles que traicionan a la gente. Ese apelativo íntimo «Livy» y el tono de súplica y ansiedad de su voz, me descubrió el alcance de la relación que existía entre mi jefe y Olivia Jayne Hart. Cuando apareció en la puerta se reflejaba el miedo en sus manos.

—¿Lo ha escuchado todo? —preguntó.

Moví la cabeza.

—No he oído nada —contesté, colgando el auricular.

—Dijo «¿Por qué no nos quedamos en casa esta noche y encendemos un bonito fuego?». Intenté hablar con ella, pero simplemente se echó a reír y colgó.

Estaba tan preocupado que se le había puesto hasta mala cara.

—La regla es la misma para todos, señor Rivers. La persona que lanza la amenaza está tan asustada como el que es amenazado. Aquélla necesita seguir en contacto para poder alimentar su propia decisión. Después de todo, el asunto no está peor que antes. Simplemente, se lo han recordado.

—Sí, sí, claro, sólo que bueno, no importa. Tiene mucha razón. No tiene objeto quedarse sentado retorciéndose las manos. Lo que hay que hacer es tomar precauciones. Venga conmigo, por favor.

Volvimos al vestíbulo, y me condujo a un espacio junto a la puerta. Entonces se sacó del bolsillo una caja negra y plana. La miré con interés.

—Es el panel de control —me explicó—. La electrónica es una de mis aficiones preferidas. Mire allí, sobre la chimenea.

Me hizo dirigir la mirada hacia la extraña estructura que advertí, al principio, cuando llegué, aquello que parecía el telón de una pantalla de cine. Movió los dedos sobre el panel. Sobre mi cabeza y detrás de mí se oyó como un zumbido. Me estiré para ver un segundo par de cortinas que se descorrían lentamente. Estaba justo enfrente de la chimenea, y al abrirse, el ardiente sol del atardecer inundó la estancia por completo, iluminando directamente las cortinas.

Rivers pulsó más botones en ese momento. Las cortinas de la estructura principal empezaron a moverse. Todo era como muy teatral, pero al mismo tiempo y en igual modo yo sentía una excitación creciente en mi interior, mientras esperaba para echar mi

primer vistazo a la dama que había sido la causa de todo el problema.

La hermosa Judith Harvey Rivers.

2

Las cortinas me decepcionaron Todo lo que descubrieron fue otra protección más; unas persianas curvadas de acero y éstas a su vez empezaron a retirarse, deslizándose sin esfuerzo hasta el fondo.

Entonces la vi.

Su rostro formaba un óvalo casi perfecto. Tenía la nariz firme, sobre una .boca amplia y sonriente. La barbilla era resuelta, sin ser agresiva y su sonrisa llevaba a unos ojos serenos de un color azul intenso. Los dedos me ardían por el deseo de tocar su piel tierna y aterciopelada. Las orejas pequeñas y bien emparejadas, desaparecían en una cascada danzarina de pelo rubio. Todo el conjunto de la cabeza transmitía un sentimiento de paz y un halo de sereno conocimiento de sí misma. Era como un ser aparte.

Había conocido miles de mujeres hermosas, de mujeres caras, pero ésta era algo más. Esta era especial, era la medida por la que las demás mujeres deberían medirse.

Me quedé inmóvil, contemplándola.

—¿Bien, señor Preston?

Su voz fue una intromisión, una invasión de mi intimidad.

Me había atrapado,. retiré con pesar la mirada del retrato. Rivers se levantó, observándome. Su sonrisa era algo triste, lo que me recordó que estábamos contemplando el retrato de su difunta esposa.

—¡Oh!, perdóneme —musité avergonzado.

—Es muy comprensible —me aseguró—. Ella siempre producía ese efecto en la gente. Westley supo plasmar, realmente, su naturaleza. No era de los que adulaban a sus modelos.

Traté de mostrarme comprensivo. Por suerte, cambió de tema. En su lugar continuó.

—¿Y qué opina del marco?

Aunque tenía una vaga idea de que la pintura acabaría en alguna parte, ni siquiera me había fijado en el marco. Entonces lo miré. El retrato estaba rodeado por una pesada madera tallada, de color dorado de unos ocho centímetros de anchura, todo alrededor y por lo menos de dos centímetros y medio de espesor. El trabajo de la madera parecía ser de primera calidad. El tipo de trabajo que asociaba mentalmente con las antiguas pinturas europeas que se guardan en catedrales y museos.

—Parece impresionante —concedí—. Creo que debe ser muy difícil hoy en día encontrar un artista que sepa hacer este tipo de trabajo.

Rivers asintió. Había un ligero brillo en sus ojos, casi como si

estuviera riéndose un poco a mi costa. No me importó. El arte estaba fuera de mi estilo y eso no era un secreto.

—Y el material —me urgió—. ¿Qué cree que es?

Lo pensé durante un momento.

—Bueno, sé que suelen emplear maderas nobles, porque cualquier otra puede ser atacada por los insectos. Sólo puedo llegar hasta ahí. Puede que sea teca, roble; realmente no lo sabría señor Rivers. ¿Qué tal si me lo dice usted?

Se acarició suavemente la barbilla con el dedo corazón.

—¿Qué diría usted si le dijera que es oro?

—¿Quiere decir los adornos de encima? Yo hubiera dicho que era un bello trabajo, también que debe de ser muy caro.

—Lo sería —convino—, pero no estoy hablando de la decoración superficial. Hablo del conjunto. Es oro, señor Preston, oro macizo.

Entonces lo miré intensamente. Oro macizo, repetí lentamente. De repente se me ocurrió algo. Pero ¿y el peso? No tenía ni idea de cuánto pesaría, pero debía de ser tremendo. Una cosa de ese tamaño, no debería estar colgada de una pared.

—Tiene absolutamente toda la razón —aceptó—. Ha habido que reforzar la estructura de la pared para que soportara el peso. Hubo que izar la pintura, ponerla en posición correcta y entonces asegurarla. No está ahí colgada, en absoluto. Forma parte de la pared. Por eso no me preocupa demasiado que puedan robarla. Harían falta cuatro hombres provistos de un equipo especial, que estuvieran trabajando durante un día entero para poder quitarla.

Ahora comprendía lo de las persianas de acero. Lo de las cortinas era evidente. Servían para preservar la pintura de los rayos del sol y que no se alteraran los colores. Las persianas eran cuestión de seguridad. Moví la cabeza con asombro.

—Oro macizo. ¿Y qué objeto tiene poner un marco tan valioso a un cuadro?

—Para mí lo tiene, su valor es con lo que contribuye al retrato. Es un marco, el único marco adecuado que podía ponérsele y nada más. Y ahora, me temo que debemos volver a cubrirla.

Clavé de nuevo la mirada intensamente en Judith Harvey Rivers, sin querer perder un solo momento de verla, hasta que las persianas metálicas se cerraron firmemente con un golpe seco. Entonces volví a la realidad.

—Con todo ese sistema de seguridad, nadie podrá llegar al cuadro para estropearlo. No se lo pueden llevar. O sea que la única forma de atentar contra él es por medio del fuego. ¿Estoy en lo cierto?

—Completamente.

Eché una mirada al vestíbulo, contemplándolo ahora desde un ángulo completamente nuevo.

Madera, todo era de madera. Aquello ardería por completo. Mirando el techo pregunté:

—¿Eso que veo ahí arriba es un mecanismo de aspersión?

—Efectivamente, y puedo asegurarle que es muy eficaz. Pero solamente si el incendio es normal. Un fuego provocado, producido por algún tipo de agente químico sería demasiado para este aparato.

«Incluso si el ingenio resultara eficaz», pensé, «el calor bastaría para producir un daño indecible en el retrato».

—No soy un experto en pirotecnia, pero estoy seguro de que tiene razón en lo que dice. Cada minuto que pasa comprendo mejor su preocupación. ¿Podría ver el resto de la casa? No necesito entrar en las habitaciones particulares, solamente quiero hacerme una idea de la situación.

—Empezaremos por el piso superior.

No tardamos mucho. Desde una ventana del piso alto contemplé el entorno de la casa y las colinas. Aquí y allá, había algunos edificios, pero todos estaban bastante alejados. Demasiado lejos como para que vinieran corriendo a apagar el fuego con cubos llenos de agua. El paisaje desde la parte de atrás era más o meno sigual, salvo por un destello repentino, a una distancia aproximada de un kilómetro y pico.

—Aquello será el depósito del agua ¿verdad? —pregunté.

—Sí, está un poco lejos para servir de ayuda. Es un sitio muy interesante si alguna vez va por esa parte. Toda nuestra vida salvaje local acude allí en busca de agua.

Vimos también la parte posterior de la casa. Había una piscina redonda, enorme, cuyo azul, centelleante con los rayos del sol invitaba a darse un baño. Alrededor de la piscina había unas cuantas mesas y sillas blancas con sombrillas multicolores salpicadas en torno a ellas. La muchacha que ahora conocía como Lynda Lee estaba tumbada desenfadadamente, hojeando una revista. No había ni rastro del chico, ni de Kathryn Nolan.

De nuevo abajo, eché un rápido vistazo al cuarto de estar, al comedor, a la cocina y a un pequeño estudio, en el que encontré a la señorita Nolan ocupada escribiendo a máquina.

—Hola, otra vez —me saludó.

—Kathryn, el señor Preston va a pasar los próximos días con nosotros —dijo mi acompañante—. Dígale a Pedro y a Ana que lo tengan en cuenta cuando preparen la comida.

—Descuide, señor Rivers.

Sus oscuros ojos se abrieron con curiosidad, pero no hizo preguntas; no las formuló en aquel momento, pero ya sabía que las haría.

Finalmente volvimos al despacho del tratante de metales

preciosos.

—¿Ha visto todo lo que deseaba? —me preguntó.

—Sí, gracias. Me he hecho una idea general de la casa. Hábleme de la iluminación exterior.

Esta no era muy llamativa, consistía solamente en una pocas luces de adorno, todas cerca de la casa. Mientras escuchaba, pensaba qué era lo que esperaba encontrar. Los propietarios de residencias privadas no se dedican a iluminar sus casas cuando están esperando que lleguen unos pirómanos a quemarlas.

—Sea indulgente conmigo —supliqué— pero ¿tiene la señorita Hart título de piloto?

—¿De piloto? No, no creo. No que yo sepa, por lo menos. ¿Por qué lo pregunta?

—Un helicóptero —le dije—. La mejor manera de atacar esta casa sería empleando uno de esos ingenios. Podría sentarse ahí arriba y hacer simplemente lo que quisiera, y no habría manera de detenerlo. Pero, claro, esto es una idea descabellada. Estaba simplemente atando cabos.

Asintió, pensando en ello.

—Como usted dice es una locura. Pero tenemos que tener en cuenta que estamos tratando con una mente enferma. Hay una empresa de vuelos chárter en Monkton Field, ¿verdad? Sería una buena idea comprobarlo.

—Hay dos. Sí, creo que sí. Conozco a los agentes de seguridad de allí. Les diré que me informen de los servicios privados que vayan a hacer en los próximos días. Naturalmente nos cobrarán por ello.

Movió una mano.

—No se preocupe. Afortunadamente eso no es problema. ¿Qué va a hacer ahora?

—Tendré que volver a la ciudad, a hacer algunos arreglos. Podría empezar ya con una o dos cosas, si me permitiera usar el teléfono.

—Claro, claro, seguramente tendrá que usarlo muy a menudo mientras esté aquí. No crea que soy desconsiderado, pero me gustaría seguir trabajando, ahora que sé que el problema está en sus manos. ¿Le importaría usar el teléfono del cuarto de estar? Así podré seguir trabajando..

Le prometí estar de vuelta al anochecer y salí a hacer unas llamadas. El teléfono estaba en una mesita junto a la puerta de cristal, que estaba abierta. Hacía fresco en la habitación. La deslumbrante luz del sol interceptaba una línea de sombra que proyectaba la barandilla.

—Investigaciones Preston, buenas tardes.

Como siempre escuché la voz fría y eficiente de Florence Digby. Eso siempre causa buena impresión a los clientes. Le dije que se pusiera en contacto con Sam Thompson y que le dijera que estuviera

en la oficina dentro de veinte minutos. También quería que le informara que tal vez tendría que estar fuera de casa dos días. Sabía que esto no resultaba ningún engorro para él. Para Sam, su casa era simplemente una habitación, cualquier habitación, donde pudiera echarse a dormir.

—Y quiero que se ponga en contacto con un estudio fotográfico de Nueva York. Se llama, espere un momento —miré el dorso del retrato de Olivia Jayne Hart—. Estudio fotográfico Nathan, en algún número de Plaza. ¿Tiene lápiz?

Florence siempre tenía lápiz. Le hablé de la foto publicitaria de Olivia Hart. Lo que yo quería era cualquier documento que hubiera sobre la operación. El domicilio, cualquier cosa.

—Otra cosa más. Hay un tal doctor Franklin Hoskins que dirige un sanatorio privado en algún lugar de la comarca. Descubra dónde está y compruebe si figura en el Colegio Médico. Cuando haya hecho esto, supongo que yo habré llegado ya a la oficina.

—Muy bien.

Dejé el teléfono y encendí un cigarrillo. El humo formaba volutas, se alejaba de mí y se escapaba por las puertas abiertas. Pensé que aquel era un lugar muy tranquilo. Era un sitio donde uno podía fumarse un cigarrillo y pensar en sus cosas. Hablando claramente, se podía pensar en el rostro obsesionante de Judith Harvey Rivers.

—¡Oh! ¡Es usted!

Una sombra se proyectó sobre las baldosas de la terraza. Larry Rivers se quedó mirándome. Sin el vaso en la mano no me resultaba familiar. Como no me apetecía seguir el tipo de conversación que él podía ofrecerme, no le contesté.

—¿Se va a quedar con el empleo? —preguntó.

Me quedé mirando su bello rostro, desfigurado por el gesto amargo que ofrecía su boca.

—¿El empleo?

—Claro el empleo. Mi ilustre y respetable padre le ha ofrecido un empleo, ¿verdad?

—¿Qué le hace pensar eso?

Estaba en plan fanfarrón y se echó pesadamente en un sillón, con una pierna colgando por uno de los brazos. Llevaba los pies descalzos y los tenía sucios.

—Me apuesto algo a que usted no es un vendedor. Mi viejo no le hubiera dejado pasar del porche. ¿Qué tipo de trabajo es?

A pesar de su postura derrengada y de su aspecto aburrido, me di cuenta de que realmente quería saberlo. Pensé en por qué sería tan importante para él.

—Si quieres saber por qué estoy aquí, te sugiero que se lo

preguntes a tu padre —le dije cuidadosamente.

—Vale. Oiga, ¿me puede dar uno de esos?

Señaló con un dedo mis cigarrillos. Me encogí de hombros, cogí el paquete de cigarrillos y se lo pasé. El sacó unas cerillas de cocina.

—Buena marca, ¿eh? Son más bien caros, ¿verdad?

—Yo soy un tipo más bien caro —contesté.

Se echó a reír con un ronquido sordo.

—Me lo creo, mi viejo sólo compra lo mejor. Y lo compra todo. Sobre todo a la gente. ¿Para qué le va a comprar?

No tenía objeto seguir discutiendo con él si iba a pasar los próximos días en la casa.

—Me llamo Preston —dije—. Soy una especie de agente experto en seguridad. Tu padre quiere que le ayude en un trabajo que está haciendo. Tú eres Larry, ¿verdad?

—Ha acertado. Descendiente de una noble casa. ¿Cree que esto es una casa noble? Yo le diría otra cosa. Así que es agente de seguridad, ¿eh? ¿Qué va a comprar ahora, el Fuerte Knox?

—Está considerando esa posibilidad —le repliqué—, pero antes quiere que compruebe si allí hay oro de verdad, no vaya a ser que le vendan un viejo caserón hecho con ladrillos de plástico.

Me miró fijamente, entonces la hosca expresión de su rostro fue desapareciendo y convirtiéndose en la sombra de una sonrisa. El cambio resultaba agradable.

—Y encima viene con bromas. Así que es un agente de seguridad, siempre he oído que eran tipos duros, que no tenían ni sentido del humor, ni mucha imaginación.

—Eso serán los agentes baratos —le aseguré—, pero tu padre sólo compra lo mejor.

Lo había estropeado. Al recordarle a su padre, su sonrisa desapareció y recuperó el gesto hosco de antes. Me levanté y salí a la terraza, la muchacha había dejado de leer y al parecer estaba dormida. Me puse a mirar el paisaje. Desde aquella altura las colinas parecían más grandes que desde el piso de arriba. Desde allí no se veía el depósito, pero en la distancia vi una bandada de pájaros que iban volando y planearon sobre el lugar donde yo sabía que estaba. Acabé el cigarrillo y volví a la casa. Larry había vuelto a desaparecer. A lo mejor había decidido lavarse los pies.

Rivers levantó la vista cuando llamé a la puerta.

—¿Ha hecho ya las llamadas?

—Sí, ahora tengo que volver a la ciudad. Por cierto acabo de hablar otra vez con su hijo.

Tenía el rostro inexpresivo.

—¿Seguía bebiendo?

—Ahora no. Pero me ha hecho recordar algo. Si voy a estar por

aquí unos días, será difícil mantenerlo en secreto, de cara a la familia. Tenemos que inventarnos algo, algo para justificar mi estancia aquí. Yo ya le he dicho que soy una especie de agente de seguridad.

—Tiene razón —asintió—. Hemos de buscar una explicación que le justifique, vamos a pensar en algo.

—Señor Rivers —empecé— hemos hablado acerca de la mujer, del cuadro y de la casa. Pero usted, por el momento, no ha mencionado nada sobre el peligro que corre el resto de la familia. ¿No cree que deberían tener algún tipo de protección?

—¿Peligro? ¿Qué peligro? Olivia no les haría daño. Si es que va a por alguien, es a por mí. Y lo dudo mucho, sabe. No, lo que le interesa es el retrato de Judith. Ese es su objetivo.

Yo no podía hacerme a la idea de que lo que creía era eso realmente, o simplemente no tenía las ideas claras. Así que moví la cabeza.

—No resultará —dije con decisión— no resultará, en absoluto. Tal vez usted no haya visto nunca un fuego, excepto en las noticias de sucesos. Yo lo he vivido de cerca, más de una vez. El fuego es muy rápido, señor Rivers, es más rápido de lo que la gente se imagina, a no ser que estén metidos en él. No empieza en un rincón de la habitación y la va quemando progresivamente. En un momento no hay nada, y en el siguiente todo está ardiendo. Es posible estar sólo a unos pocos metros de quien se está abrazando y no poder hacer ni un maldito movimiento para ayudarle. No estoy dramatizando. Lo he vivido y no es una experiencia que se olvide fácilmente. ¿Qué importa que conozcamos el objeto de la amenaza? Vaya a decirle a una llama de seis metros de altura cuál es su objetivo.

Había conseguido, al menos, que me escuchara.

—¿Sabe una cosa?, me alegro de que esté aquí. Y además veo que es usted la persona idónea. He sido muy egoísta pensando solamente en mí mismo, y le agradezco que me lo haya hecho ver. Es un problema tan particular, tan personal entre Olivia y yo... No se me había pasado por la cabeza que mi familia estuviera en peligro. No creo que esa fuera su intención, de eso estoy seguro. Usted se ha explicado y lo ha hecho bien. No importa lo que ella pretenda. Hay que decirles algo. Algo que les mantenga alerta, sin asustarles demasiado. ¿Qué me sugiere usted?

Me alegró comprobar que no se ponía terco.

—¿Qué tal un secuestro? —le indiqué—. Usted es un hombre muy rico, merecería la pena intentarlo, siendo usted el objetivo.

—Pues...

Se puso a considerarlo.

—¿Pero cómo habría podido enterarme de ese peligro? No creo que esa gente avise con antelación. En esos casos la sorpresa lo es

todo.

Esto era muy cierto para ponerse a discutirlo. Volví a intentarlo.

—Tal vez si fuera una amenaza general, sin mencionarle a usted, aludiendo simplemente a todos los tratantes en oro.

Me pareció que Rivers dudaba.

—Lo veo un poco forzado, ¿no cree? Pero me ha dado una idea. Yo soy o, mejor dicho era, miembro de un sindicato que imponía los precios de los metales preciosos en todo el mundo. Había gente de todas partes, Roma, París, Londres. Un grupo o dos de militantes de los sindicatos nos presionaron, hicieron mucho ruido hace unos años.

Me miró, como pidiéndome su opinión, yo asentí.

—Entonces ya está, pondremos al día este tema. Esa gente está intentando irrumpir de nuevo en el mundo. Nadie sabe dónde, ni quién será la víctima y por tanto todos ustedes se han puesto de acuerdo para tomar precauciones. ¿Qué tal suena?

—Bueno, no es que sea la historia más convincente que haya oído en mi vida. Pero está bien.

Le dejé y volví a salir a la luz del sol. En la puerta, me paré y miré las cortinas negras que había sobre la chimenea, disponiendo mi mente para ver a través de ellas el retrato escondido, moviendo la cabeza al ver mi propia locura. Pasé junto al plácido estanque v fui hacia abajo, hasta el coche.

—¡Eh!

Con la puerta entreabierta miré hacia atrás, Larry Rivers estaba en lo alto de las escaleras, mirando hacia abajo.

¿Qué tal si me lleva a la ciudad? Me están arreglando el coche y así podría recogerlo y traérmelo.

No me apetecía nada llevarle, pero no se me ocurría ninguna excusa.

Bajó a paso lento hasta donde yo estaba, haciéndome esperar. Vástago de una noble raza. ¿No era eso lo que había dicho? Vaya un vástago.

Cuando finalmente llegó al coche, se acomodó apoyando la cabeza en el respaldo. Durante el camino no hablamos ninguno de los dos. Larry llevaba los ojos cerrados, pero yo sabía que no estaba dormido. Cuando llegamos a las afueras de la ciudad, abrió un ojo y giró la cabeza hacia mí.

—¿Me deja treinta pavos? —me pidió.

—¿Por qué?

—Quiero comprar un par de cosas mientras estoy en la ciudad, —contestó.

Le miré, me había parecido que había en su voz cierto tono de súplica, y me pregunté por qué.

—No he querido decir que para qué quiere el dinero —le dije—, quiero decir que por qué me lo pide a mí, los bancos están abiertos.

Esto le hizo sonreír roncamente.

—¡Oh, hermano! —suspiró—. Ya le entiendo. Escuche, la única manera de obtener dinero de un banco es con una pequeña metralleta. Ya se ha encargado de ello mi querido padre, el del pelo blanco.

El tono de súplica de su voz había desaparecido, ahora sólo quedaba amargura. Igual que la última vez que había hablado de su padre. Bueno si su padre le controlaba el dinero, sus razones tendría.

—Creo que no Larry. Es mejor que lo hables con él.

Dio una especie de bufido, pero me di cuenta que esperaba esa contestación.

—Ustedes dos deberían casarse —me largó—. Formarían una pareja encantadora. Déjeme aquí.

«Aquí» era un cruce en un lugar bastante despejado junto al Ayuntamiento. Por allí cerca no había ningún taller de reparaciones. Pero, bueno, eso era cosa suya. Me acerqué al bordillo y se bajó.

—Le veré en casa.

No contestó, se metió las manos en los raídos bolsillos y se fue arrastrando el paso. Con el aspecto que tenía no sería extraño que le detuviera el primer policía que se cruzara con él.

Me dirigí a la oficina.

3

Cuando abrí la puerta de fuera, Florence Digby mantenía una animada charla con un hombre vacilante, alto, que era la viva imagen del descuido.

—Buenas, señorita Digby. Entra Sam.

Sam Thompson tenía un problema. Dotado de un ansia descomunal de beber, tenía que adaptar ésta a su falta de ingresos. Cualquier barman podría explicar sus antecedentes y la historia de su problema, cosa que tampoco es que sea privativa de Thompson, ni siquiera de mi pueblo. La solución siempre es la misma en cualquier lugar del mundo. Si no hay dinero no hay bebida. Por tanto, cada vez que Sam siente la necesidad de beber, tiene que buscarse un trabajo, lo cual resulta ser un método bastante aceptable para obtener el dinero necesario para pagar a esos insensibles camareros. El trabajo que mejor se le da, es el mío. O sea, un trabajo muy movido, siguiendo pistas, vigilando personas o edificios, recogiendo retazos de información. Cosas de este tipo. Si se hubiera dedicado sólo a esto, habría conseguido tener su propio despacho y su propia señorita Digby en poco tiempo.

—Siéntate Sam. Tenemos mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo.

Se plantó delante de mí y esperó.

—Mi cliente es un hombre llamado Rivers. Posee un cuadro muy valioso. Alguien quiere destruirlo y tenemos que evitarlo. Esto supone pasar una o dos noches a la intemperie en el exterior de su casa. Será mejor que te lleves un par de sacos de dormir para empezar.

Frunció el ceño.

—¡Oh, no! —protestó—. Al aire libre no. Escucha, soy un tipo de ciudad. Esos sitios me producen reuma.

—También te dará la pasta suficiente para pagarte un alambique para destilarte el alcohol tú solito. Así que escucha. Hay un médico, que se llama Hoskins, Franklin Hoskins. Florence te ampliará la información que tenemos de él, antes de que te vayas. Entérate de todo lo que puedas sobre él y de qué tipo de establecimiento dirige. Y arréglate, Sam, debería darte vergüenza ir así.

Nos reímos los dos.

—No, si siempre me avergüenza —me aseguró.

—Pero ¿cómo puede un hombre conservar su dignidad, cuando tiene que trabajar como ranchero eventual? ¿Cuándo empezamos?

—Ya hemos empezado. Aquí está la dirección —se la apunté en un trozo de papel—. Apostaría algo a que no tienes coche, ¿no es

cierto?

—Acabas de ganar la apuesta.

—Está bien, alquila uno. Dales el nombre de la señorita Digby como garantía. Tienes que estar delante de la casa después de las nueve, a las diez como muy tarde.

Se levantó.

—¿Va a ser un trabajo duro? Porque si lo es, tengo un amigo que me está vigilando cierto material.

Lo que quería decir era que tenía el revólver empeñado. Otra vez.

—¿Por cuánto ha sido ahora?

—Veinte.

Levanté las cejas sorprendido.

—¿Cómo dejas que se queden con eso por veinte dólares? Debe de valer...

—Sé lo que vale —interrumpió—, pero cuando lo llevo siempre le quito el percusor. Sin él, lo único que queda es chatarra. Es una forma de precaución muy particular. Lo hago por si el tipo de la casa de empeños tiene un fallo de memoria y le vende mi revólver a alguien.

Puse de mala gana dos billetes de diez dólares sobre la mesa. Tenía una norma con los tipos como Sam Thompson. No hay que dejarles nunca dinero cerca.

—¿Sam?

Movió el rostro fatigado, de un lado a otro.

—No te preocupes, Preston. No voy a desperdiciar la ocasión de comprarme mi propio alambique.

—Está bien, te veré más tarde en la casa.

Cuando se hubo ido, abrí un cajón y saqué un cuadernillo en donde tenía apuntados todos los teléfonos. El hombre con el que quería ponerme en contacto tenía un número que correspondía al barrio del Bulevar. Mientras marcaba las cifras, recordé la última conversación que tuve con Josh Holland. Había sido a las tres de la madrugada. Después de estar toda la noche jugando al ratón y al gato en la zona del Strip donde habíamos estado intentando pillar a un tipo que quería devolver una pieza de cerámica que se había extraviado. Para mí, una jarra sólo es una jarra. Contiene líquido y sirve para verterlo. Pero si tienes una jarra muy antigua; una jarra que sea del tiempo de los griegos, entonces no tienes exactamente una jarra. Lo que tienes es una pieza de cerámica, es una curiosidad, algo que vale mucho dinero. Realmente es algo extraño si se piensa detenidamente. Generalmente, las cosas de segunda mano no valen gran cosa en el mercado. Pero si son tan de segunda mano, que nadie se acuerda de quién fue su primer propietario, entonces resulta que se convierten en algo muy valioso. Sea como fuere, habían robado esa jarra de una colección particular y el propietario quería recuperarla. No le

importaba el dinero, ni siquiera le interesaba que cogieran al ladrón. Tenía un lugar vacío en una de sus vitrinas y quería rellenarlo. Eso era todo lo que le importaba. Yo me vi involucrado porque ese es mi trabajo. Holland vino conmigo porque él sabría si la jarra que nos ofrecían era la auténtica. Al final descubrimos al ladrón en un callejón sin salida en Vine. Resultó que el tipo no era un ladrón cualquiera, sino que era un perfecto conocedor del mundo del arte, y él y Holland lo descubrieron rápidamente; se sentaron los dos, haciéndose preguntas, mientras que yo esperaba sujetando la jarra. Cuando conseguí salir de allí, parecían dos camaradas. Desde entonces no le había vuelto a ver.

—Aquí New Holland. ¿En qué puedo servirle?

Contestó una voz de mujer dulce como el almíbar. Yo debería tener un contacto más asiduo Holland.

—¿Está por ahí el señor Holland —inquirí—. Soy un amigo suyo, Mark Preston.

—Un momento, señor Preston. Voy a ver si está disponible.

Fabuloso, pensé, nada de «espere momento», ni «vuelva a insistir». «Voy a ver si está disponible». Este es el tipo de conversación que se consigue cuando se puede pagar la cantidad de dinero que cuesta ir de compras a la Galería New Holland. Entonces oí su voz.

—Habla Joshua Holland. ¿Ha dicho que es Preston?

—Efectivamente —confirmé—. Trabajé con usted en el caso de la jarra ¿recuerda? De la colección Monty. Nos costó mucho dar con una de sus piezas.

Su voz se ablandó.

—¡Ah!, es ese Preston. Fue un caso emocionante, ¿verdad? Bueno, ¿cómo está?

Le dije que estaba bien, y que cómo estaba él, y él estaba bien y entonces fui al grano.

—Estoy seguro que podría volver a ayudarme, si quisiera. Esta vez no se trata de jarras. Ahora se trata de cuadros. ¿Significa algo para usted el nombre de Douglas Westley?

Hubo una pausa.

—Desde luego, pero no creo que debamos hablar de esto por teléfono. ¿Podemos yernos en algún sitio?

Aquello me pareció extraño.

—Bueno, no tengo mucho tiempo —vacilé—. Hay un sitio cerca de aquí. Un bar normal y corriente, llamado Mike's. ¿Lo conoce?

Sí, lo conocía y dijo que estaría allí dentro de quince minutos. Después colgué el teléfono y llamé a Florence. Entró, distante como siempre, y con su inseparable block.

—¿Se ha ido Thompson?

—Sí, ya le dije lo que había conseguido saber sobre el doctor Hoskins, que no es mucho; siento decirlo. Solamente que es un hombre muy cualificado, que dirige un establecimiento muy selecto, y que está extraordinariamente bien considerado.

Hice un signo de aprobación. Seguramente Florence esperaba encontrarse con un abortista de barrio, con una larga serie de condenas a sus espaldas.

—Bien, ¿se puso en contacto con Nueva York?

—Sí, lo hice, pero me temo que no fue muy positivo. Hablé largo rato con ese número, ahora pertenece a una empresa de construcción. La mujer con la que hablé lo sabía todo respecto a la gente del estudio fotográfico de Nathan. Eran famosos en el teatro y en el mundo de la publicidad. Pero todo el peso del negocio residía en la personalidad del señor Nathan. Cuando él murió la empresa se vino abajo. Ella no pudo proporcionarme ningún informe, ni indicarme a nadie con quien pudiera hablar del tema.

—Hmm.

Realmente esto no era muy importante. Simplemente me hubiera ayudado a completar la historia de Olivia Jayne Hart.

—Abra un expediente, señorita Digby, el cliente se llama Rivers.

Le dije lo poco que sabía de él, evitando contarle todo el drama. A pesar de su sobrio profesionalismo, Florence se preocupa mucho. Si llega a imaginarse mentalmente una escena en la que estuviéramos Thompson y yo discutiendo y con un lanzallamas en la mano, seguramente no pegaría ojo en toda la noche.

—¿Así que va a estar unos días fuera de la oficina?

—No creo —negué—. No hay razón para que estemos los dos sentados allí durante todo el día. Intentaré pasarme por aquí mañana.

—¿Podría darme el teléfono de la casa del señor Rivers? Por favor.

Cuando hubo apuntado todo, cerró el block.

—¿Esto es todo?

—Así es.

—Gracias No le he dicho nada antes porque no quería distraerle, pero ha habido una llamada telefónica extraña, hace algo más de una hora.

—¿Extraña?

—Llamó un hombre preguntando por un tal señor Preston, pero no estaba seguro de qué fuera ése su nombre, dijo que solamente le había visto una vez y no había cogido su número de teléfono.

—¿Qué quería?

—No hablamos mucho. Me pidió que le describiera físicamente.

—Y cuando le dijo que yo era alto, guapo y esbelto, ¿qué dijo?

Lanzó un resoplido.

—Bueno, no fueron esos los términos que empleé exactamente.

«Ya me lo imagino», pensé.

—Cuando le describí, dijo que debía de haberse equivocado de persona. El Preston que él buscaba era bastante más bajo y moreno.

Aquello no me importó, no es bueno para la propia imagen que haya muchos Prestons bajitos y morenos pululando por las calles.

—Bueno, ¿y así acabó todo?

Ella enrojeció levemente.

—No del todo, dijo que no importaba y que qué iba a hacer esta noche y todas las demás noches. Llegué a la conclusión de que estaba borracho.

Sonreí.

—Debió de haber hecho amistad con él. Podría haber conocido a ese otro Preston y yo podía haberle sobornado para que se cambiara el nombre. Bueno, no importa. No se lo tome muy a pecho. Y gracias por decírmelo.

Me fui a ver a Mike.

En la ciudad de donde procedo los edificios están uno junto al otro, a ambos lados de la calle, en todas las calles. Si hay un espacio vacío que mida más de metro y medio, rápidamente surge un tipo con media docena de banquetas y unas cuantas botellas. Luego cierra el espacio, el agujero, con unas tablas y una puerta estrecha, le compra a un primo suyo un delantal blanco y le pone al frente de las botellas. Luego escribe el nombre de su primo en la puerta. Steve, Butch, Eddie o como se llame. Y así, de repente, tenemos un bar. A continuación el tipo se va corriendo a buscar otro agujero, porque tiene un montón de primos. Este se llamaba Mike.

No era ni más pequeño ni más acogedor, ni más frío que sus cientos de parientes. Josh Holland estaba sentado al final de la barra limpiándose la nariz manchada de espuma. Me senté en una banqueta junto a él y nos dimos la mano.

—¿Qué va a tomar?

—Cerveza.

Aunque no me la pudiera beber, tendría la nariz limpia.

—¿A qué viene tanto misterio, Josh?

—¿Misterio?

—Sí. No quiso decírmelo por teléfono. ¿Qué pasa?

Eché una mirada por el bar que estaba casi vacío. Mike estaba al fondo, junto a la puerta, leyendo las apuestas en el periódico.

—Usted mencionó cierto nombre, que no tenemos por qué repetir aquí, Pero, créame, si anda detrás de algo relacionado con él quiere decir que tenemos algo muy importante entre manos. Hay pocos cuadros y por lo tanto tienen mucho valor y son muy caros,

muchísimo.

—¡Ah!

Ahora lo comprendía. Holland no me había entendido. Era lógico. ¿Cómo era posible que una persona de mi clase se interesara de repente en un pintor, a menos que hubiera pasado algo raro? Era interesante saber cómo se cotizaba la pintura de Westley.

—Ha habido un pequeño mal entendido, Josh —le expliqué—. Nadie ha robado ningún cuadro. Esto es una cosa personal. Lo que ha pasado es que he visto uno de sus retratos, y no me lo puedo quitar de la cabeza. Me doy cuenta de que es imposible comprarlo, pero me gustaría adquirir una reproducción. Ya sabe, igual que se pueden comprar reproducciones de Rembrant y de los demás pintores.

Holland dio un respingo.

—Sí, claro que lo sé. Demasiado bien. Algunas se pueden comprar con los cupones de los cereales del desayuno. Bueno, para empezar ya es algo. Al menos está lo suficientemente interesado como para hacer preguntas. Así empieza mucha gente, ya sabe. Dentro de un año o dos, le veremos por las salas de subasta. Ahora pensemos. ¿Copias de Westley? No tuvo una producción extensa, una docena de retratos o así.

—¿Todos eran retratos?

—Sí, una vez que se hubo situado. Al principio, pintaba paisajes y escenas campestres. Cosas de ese tipo. Y acuarelas. La mayoría eran bastante malas. Pero una vez que descubrió su punto fuerte no hubo forma de detenerle. Es un trabajo muy importante. ¿Cuál quiere ver?

—Es el de una mujer, solamente es un busto. Se llama Judith Harvey Rivers.

Casi vuelve a meter la nariz en la espuma. Esta vez, como estaba nervioso, sólo dio con la jarra de cristal contra la barra del bar. Mike levantó la cabeza del periódico al oír el ruido, vio que no iba a haber jaleo y siguió leyendo.

Holland siguió hablando, tratando de no parecer incrédulo.

—¿Ha visto el retrato de Rivers?

—Sí, esta misma tarde. ¿De qué se extraña?

Me miró muy seriamente.

—Lo que ocurre es esto. No estoy muy seguro del número, pero según la última relación de que tengo noticia no se les ha permitido ver el cuadro de Rivers a más de veinte personas, como mucho, en todo el mundo. Es su último cuadro. ¿Lo sabía? ¿Cómo se las arregló para verlo?

Me encogí de hombros tratando de digerir esta nueva información.

—No sabía que me había metido en algo raro. Bernard me llamó para que fuera a su casa, por cuestión de negocios. Cuando estaba allí

me enseñó el cuadro. Me quedé hechizado y quiero una copia.

Movió la cabeza asombrado.

—Extraordinario. Perdóneme, pero no me lo puedo creer. Mire, hay un hombre al que tiene que ver. Se llama Nigel Barrington. ¿Le conoce?

—No, no creo. ¿Quién es? ¿Por qué tengo que verle?

—El es o fue el último discípulo de Douglas Westley. Ciertamente es el hombre que más sabe de su obra. Tendrá mucho interés en hablar con usted sobre este tema.

Miré el reloj.

—No sé, Josh. Tengo un horario muy apretado.

—Sólo unos minutos. No está lejos y —añadió lanzándome un cebo—, si existe alguna posibilidad de conseguir una copia, Nigel es la única persona que puede informarle.

Eso me convenció.

—Está bien. No estaba bromeando con lo del tiempo. Realmente tengo que continuar con mi trabajo.

—Entonces, vamos.

4

Debía de haber imaginado que aquel lugar se llamaba *El lienzo roto*. No espera un encontrar tipos con nombres como Nigel Barrington en sitios llamados Mike's o Butch's. Eché un vistazo a la clientela. *El lienzo roto* no era un bar, aunque si se quería podía tomarse algo de beber. Era un club que ocupaba dos pisos encima de un salón de belleza. No tenía luz natural. Todas las paredes y ventanas estaban completamente cubiertas con grandes paños de tela de cortinas brillante, de unos colores que desentonaban. Naranja, negro, púrpura y verde. Luces indirectas que salían de detrás de las colgaduras iluminaban las estancias, para asegurar que no pasara demasiada luz a su través. Tal vez no sería de buen gusto que los clientes pudieran ver con quién estaban hablando. Aquí y allá había una especie de columnas llenas de algo que debía de ser aceite, y que dejaban pasar algo más de luz que ascendía a través de diferentes niveles de color, desapareciendo en la parte de arriba y volvía a surgir otra vez por abajo.

Había unas sillas de extrañas formas, tapizadas en cuero, unas eran negras, otras moradas, y estaban diseminadas por aquí y allá. .Miré a mi alrededor asombrado. Detrás de mí, Josh Holland ahogó una sonrisa.

—Acaba uno por acostumbrarse después de las cien primeras veces.

—Ni hablar, el recuerdo de este sitio se me quedará grabado para toda la vida. ¿Quiénes son todos éstos?

Señalé a mi alrededor a aquella gente que estaba charlando y riendo como si fuera una asamblea de palomas. Había hombres y mujeres, supongo. Cualquier visitante accidental no podría comprometerse a decir lo que eran.

Holland seguía hablando bajo.

—Estos son los figurantes del mundo del arte. Y cuando digo figurantes, estoy empleando el término que se usaba en Hollywood. En una escena suele haber dos o tres actores, ¿verdad?, y alrededor hay un montón de gente. Gentes de todo tipo, gladiadores, paisanos, gentuza, no importa. Lo único que hacen es irrumpir en la escena en busca de popularidad. Los que importan son los actores.

—Me deja perplejo.

—Este sitio es así —dijo—; son los meritorios, los que prometen, los que llegarán a ser algo. Hay escultores, ceramistas, arquitectos, pintores, de todo. Les gusta pensar que son los que están a la última, pero nunca hacen papeles principales. Eso en cuanto a los actores o en

este caso los artistas. La gente que está demasiado ocupada intentando hacerse un nombre, creando cosas nuevas, no puede gastar mucho tiempo charloteando. Pero tienen que tomarse un rato de descanso de vez en cuando. Este es un sitio donde vienen a refrescar su imaginación cansada, a que los admiren un poco y a tomar uno o dos tragos gratis, y volver después a trabajar en sus lienzos o en sus mármoles o en cualquier otra cosa.

Comprendí lo que quería decirme. Aunque hablaban sin cesar, ninguno prestaba atención a los demás. Todo eran cuchicheos y movimientos de cabeza, miradas rápidas por el local para asegurarse de que no se les escapaba nada. Entré allí tratando de participar en aquella inspección fugaz, pero nadie tardó mucho en decidir que sería seguro pasarme por alto.

—¿Dónde encaja nuestro hombre en todo esto? —pregunté.

—¿Nigel? Es un pintor de una clase nueva, no en cuanto a su estilo, sino en cuanto a su producción. Hace tres cuadros al año, todos por encargo y no necesita hacer más. Al señor Barrington no le queda tiempo para pasar hambre, ni para trabajar demasiado en su ático. En cuanto tiene garantizados los ingresos necesarios para vivir un año, el resto del tiempo lo dedica a dirigir este local.

—¿Es el propietario?

—El propietario, el presidente, el que se encarga de echar a los alborotadores y todo lo demás. Incluso vive aquí parte del tiempo. Tiene dos habitaciones arriba.

—O sea, que una parte del tiempo es artista y la otra hombre de negocios. Seguramente se pondrá el blusón de pintor encima de un simple traje gris.

—Josh, cariño. ¿Dónde has estado metido? ¿De dónde has sacado a tu delicioso amigo?

La nueva voz que escuché pertenecía a un personaje pequeño, que no medía mucho más de metro y medio de altura y que llevaba un traje verde de ante inmaculado. Llevaba el pelo rubio peinado hacia atrás, recogido con horquillas al estilo griego, y una cara cuidadosamente maquillada que podía tener cualquier edad entre los treinta y los cincuenta años.

—¡Oh, hola Phil! Este es un amigo mío, se llama Mark Preston.

—Divino —su voz sonó como un chirrido.

«¿Sería Phyllis o Philip? ¿Quién sabe?». Intenté sonreír nerviosamente.

—Resulta demasiado masculino. Es la única palabra que se me ocurre. Es fabuloso, y ¿con qué contribuye a este mundo tan, tan malvado, Mark Preston?

Miré fijamente aquellos ojos pintados de morado.

—Soy empleado de una funeraria —le dije muy serio.

Phil sonrió con inquietud.

—Estupendo, es demasiado grotesco; bueno —sentí un golpecillo en el brazo—, has venido al lugar adecuado, amor. Unos cuantos de éstos tendrían que estar ya bajo una losa.

Mi sonrisa fue espontánea. Uno no podía evitar sentirse atraído por aquel… ¿qué?

—Estamos buscando a Nigel. ¿Está por aquí? —preguntó Josh.

—¿Y cuándo no está? Creo que está en la habitación rosa, hablando con uno de esos terribles discípulos.

—Muy bien, te veré luego, Phil.

Cuando nos íbamos, Phil dijo:

—Cuidadito a ver cómo me vas a coger, soy muy frágil.

—¿Son así todos? —pregunté.

—Peor, la mayoría son peores. Phil es uno de los más sanos.

Ni aun así pude enterarme del sexo de mi nuevo amigo. Holland me llevó a otra habitación a través de una abertura que había en las cortinas. Era completamente rosa. Todo estaba entelado de rosa. Era como entrar en la habitación de una mujer. A un lado de la habitación había unos cuantos jóvenes vestidos con camisas y vaqueros arrugados. Eran tan normales que resultaban fuera de lugar. Dirigían su atención a un tipo alto y enjuto, que llevaba unas enormes gafas de concha y que tendría unos veinticinco años, llevaba una camisa de leñador y unos pantalones color caqui deslucidos, y debía de ser Barrington.

Holland le saludó con la mano. Las gafotas se volvieron en nuestra dirección y le devolvimos el saludo.

—Échate un trago Josh, haga usted lo mismo.

Su voz era agradable, sosegada, segura, y muy tranquilizadora después de oír tanto gorjeo. Josh se metió detrás de un pequeño mostrador.

—Ya ha oído lo que le ha dicho. ¿Qué va a tomar?

—¿Se puede tomar algo que no sea una «Dama Rosa»?

Se encogió de hombros.

—Personalmente yo prefiero seguir con la cerveza.

—Está bien.

Acabábamos de tomar el primer trago cuando el hombre rubio dejó su corte de admiradores y vino hacia nosotros. Me miró con interés. Holland nos presentó y nos dimos la mano.

—Preston —repitió—. Estoy seguro que he oído hablar de usted en algún sitio.

No pensaba ayudarle a refrescar su memoria. Holland interrumpió.

—Quería que se conocieran ustedes dos —dijo secamente—. Mark

está interesado en Douglas Westley.

Entonces me observó con más interés.

—¿En Douglas? ¿De verdad?

—Sí, he visto uno de sus cuadros y quiero saber si puedo conseguir una copia. Alguna reproducción, ¿sabe?

Sacudió la cabeza arriba y abajo.

—Bueno, no es imposible. Se han hecho algunas copias. ¿Cuál es en particular la que desea?

—Judith Harvey Rivers.

El efecto fue instantáneo. Barrington se puso blanco y se volvió hacia Holland.

—Llévatelo de aquí —le dijo tensamente—. ¿Cómo te atreves a hacerme esto?

Josh Holland intentó tranquilizarle rápidamente.

—Cálmate, Nigel. No comprendes. El ha visto el cuadro.

Aquella expresión desapareció del rostro de Barrington tan rápidamente como había aparecido.

—¿Que lo ha visto? ¿He oído bien? ¿Lo ha visto usted?

Asentí, tratando de imaginar por qué estaba tan excitado.

—Esta tarde —le confirmé—. Estaba en su casa y el señor Rivers me lo enseñó.

Se pasó una mano por la frente, como para quitarse los surcos que se le habían formado repentinamente.

—¿Se lo enseñó? —repitió—. ¿Por qué?

Era una reacción extraña y tan inesperada que casi se me escapa la verdad. Deteniéndome a tiempo, le dije:

—¿Por qué no podía hacerlo? Es suyo.

—Sí, pero...

No terminó la frase. En lugar de eso se quedó muy quieto, mirando al suelo. No sé lo que hubiera dado por saber lo que estaba pensando. Entonces volvió a hablar.

—Perdóneme por reaccionar de la forma en que lo he hecho. Usted no puede saber... las cosas. Y en cuanto a la reproducción, lo siento. No hay ninguna de ese retrato en particular. Debería echar un vistazo al resto de la obra de Douglas. Es digna de estudio, créame. Si le gusta alguna otra copia, haré lo que pueda por proporcionársela, será un placer.

Se le veía deseoso de compensar su extemporánea salida de tono, o de abandonar el tema de Judith Harvey Rivers. Lo que uno prefiriera.

—Bueno, podría ser —acepté—. Pero el impacto de lo que he visto esta tarde aún está dentro de mí. Francamente, no creo que mi mente esté dispuesta para considerar ahora otras alternativas.

Apareció en su rostro una sonrisa casi avergonzada.

—Estaba realmente impresionado, ¿verdad? Bueno, créame que comprendo lo que siente. Es una pintura infernal.

No sería esa la descripción que yo hubiera escogido, pero no era el momento de desafiarle.

—Por la forma en que habla —sugerí—, usted también ha debido ver el retrato.

Se quedó mirando fijamente a la distancia. Cuando habló, su voz sonó extrañamente distante.

—Oh, sí, sí, lo he visto.

Entonces intervino Holland.

—De hecho, ésta es una ocasión importante. No todos los días pueden encontrarse en la misma habitación dos personas que hayan visto personalmente el último Westley.

No íbamos a progresar nada.

—Ha sido un placer conocerle, pero ando un poco mal de tiempo —dije—. Gracias por la información. Puede que algún día le tome la palabra y venga por aquí.

—Yo también —Holland dejó su vaso—. Tengo una cita para cenar y mi mujer me ha prometido su marca especial de tormento si no aparezco. Ya te veré, Nigel.

Se dirigió a la salida.

—No te entretendré, Josh, no quiero que Moira aparezca aquí buscando guerra —dijo Barrington.

Entonces me puso la mano en el brazo.

—Mark, quisiera que pudiera quedarse unos minutos. Por favor.

Dudé.

—Bueno, quédese si quiere —susurró Holland—, pero lo de la cena no es broma. Todavía me quedan las huellas de nuestra última desavenencia. Siga en contacto conmigo, Preston.

Parecía estar decidido, Holland estaba ya a medio camino de la puerta y yo aún permanecía allí de pie.

—Mire, no voy a hacerle aquí un numerito para demostrarle que soy un hombre muy ocupado —le expliqué—. El hecho es que tengo que ver a un montón de gente antes de que se acabe el día.

—Seré lo más rápido que pueda. Aquí no podemos hablar, hay demasiada gente que no se sentirían realizados si no nos interrumpieran. Arriba tengo unas habitaciones privadas. Por aquí.

Seguramente sería una pérdida de tiempo Pero no podía dejar así a aquel tipo después de que Holland se hubiera molestado en llevarme allí. También había una remota posibilidad de que todo aquello fuera una gran farsa, eso de que no hubiera copias del cuadro de Judith. Eso es lo que estaba empezando a pensar. El retrato de Judith, tal vez Barrington me contaría una elaborada historia de por qué no podía

hablar libremente en presencia de Holland. Porque, de hecho, mire usted, Preston, sucede que yo sé dónde hay una copia. Nadie más lo sabe. Es la única que existe (siempre lo es). Es evidente que está usted tan interesado que creo que SÍ lo debo decir, pero el precio, me teme que es, bueno, astronómico.

Entonces me pondría nervioso y excitado sabiendo que existía una copia la única de su clase. En menos de una hora habría vendido el rancho, el coche e incluso una pulsera que me había dejado mi querida bisabuela.

Eso era lo que pensaba cuando subía la escalera de caracol metálica, que había en un rincón, siguiendo a Barrington.

—Eh, Nigel, ¿nos abandonas?

Uno de los jóvenes le llamó suplicante mientras los otros formaban un coro de silbidos. Tenía un pie en el primer escalón, se volvió y les dedicó una brillante sonrisa.

—Bueno, bueno, queridos míos. Esto es un pequeño asunto de negocios. El pobrecito Nigel tiene que mancharse las manos con este viejo asunto del sustento diario de vez en cuando, para poder mantenerse fuerte y activo para las cosas importantes de la vida. Y ya sabéis cuáles son.

Sonrió con obscenidad y se me revolvió el estómago. No así al club de admiradores. Creían que era grandioso.

—Vuelve pronto, cariño.

—¿Estás seguro subiendo por delante?, amor.

Y otras majaderías semejantes. Nigel subía moviéndose afectadamente, moviendo su trasero muy activamente. No podía imaginármelo. Hacía tan sólo unos minutos resultaba una persona normal. Ahora parecía que estaba actuando en la convención anual de homosexuales. Uno de los dos Nigel era un farsante. Pero ¿cuál?

Arriba había dos habitaciones, que eran privadas gracias a una puerta situada en lo alto de la escalera y que Nigel cerró firmemente cuando estuvimos dentro. Aquí no había nada rosa, ni ninguna colgadura. Simplemente muebles de madera normales, un sofá chesterfield grande, un equipo de alta fidelidad y una pequeña televisión. Lejos de estar adornada, la habitación resultaba austera. La otra habitación era una cocina.

—Siéntese, Mark, siéntese, no tardaré nada.

Me acomodé en una silla, que resultó ser más confortable de lo que parecía, y dediqué mi atención a observar la decoración de la habitación. Había un cuadro que representaba la figura de un hombre, tendría de treinta a cuarenta años, y un rostro hermoso y delgado, con un gesto obstinado en la boca. Tenía el pelo negro y revuelto sobre unos ojos azul pálido, que parecían taladrar al espectador. El conjunto resultaba obsesionante e impedía retirar de él los ojos para mirar a

cualquier otra parte.

Oí a Barrington moviéndose por la cocina. Luego cesó el ruido.

—Mark.

La voz venía de la puerta. Me excusé mentalmente del tipo del retrato y. me volví hacia donde provenía la voz.

Las armas de fuego tienen diferentes formas y tamaños, porque sirven para diferentes propósitos.

Esta tenía los bordes redondeados, lo que hacía que fuera un revólver. Era muy grande, por no decir enorme. Debía de ser del calibre 44 si no era del 45. Cualquiera que fuera su finalidad original, la presente estaba bien clara. Apuntaba a mi cabeza.

—Creo que hay cosas que ha olvidado decirme —exclamó Nigel.

5

Me quedé mirando el brillo opaco del cañón del revólver; sabía lo que aquel bicho podía hacerme estando a tan poca distancia. Miré, por encima del arma, al hombre que la empuñaba. Todo en él era de una frialdad implacable con un solo y determinado propósito. Si era ése el modo en que pensaba deshacerse de mí, creyendo que quería estafarle por el asunto del cuadro, era realmente original. Pero no tenía sentido.

—No lo entiendo —dije.

Estaba pensativo.

—Bueno, su reacción ya me explica algo que no sabía. En estos casos, hay a quien le da un ataque, otros se arrodillan suplicantes, a otros les da por sudar. Tienen que hacer algo. Pero usted no. Lo cual explica que no es la primera vez que ve un revólver.

Me encogí de hombros.

—Así que ya ha aprendido algo. Ahora vuelva a poner el obús en su caja de juguetes y podremos hablar.

Eso le desconcertó.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo —aseguré.

Eso era todo si no se incluía el hecho de que yo estaba terriblemente asustado.

—Tiene que ver las cosas desde mi punto de vista —le razoné—. ¿Por qué tiene que coger un revólver? ¿Para qué? Yo no le he insultado ni a usted ni a su familia. Tampoco he huido con su esposa. Yo no me he colado aquí, me ha traído usted. No tiene ninguna razón para matarme. Claro que siempre existe la posibilidad de que sea uno de esos maníacos homicidas que salen en los periódicos. Pero no lo creo. Josh Holland nunca me hubiera presentado a uno de esos.

Había estado balanceando el revólver. Entonces lo inclinó hacia un lado v se pasó la mano que le quedaba libre por la cara. Yo tuve mucho cuidado de no moverme. Ya que a pesar de mi tranquilo razonamiento no podía olvidar una regla de oro: el tipo que tiene el revólver es siempre el tipo que tiene, el revólver. De repente emitió un gruñido, una especie de ronco lamento.

—Debo de estar volviéndome loco.

No había respuesta para aquello y yo no me presté a ofrecérsela.

Entonces se fue, arrastando los pies hasta una silla que había frente a mí, y se desplomó en ella pesadamente con el enorme revólver colgando a pocos centímetros del suelo alfombrado. En la habitación sólo se oía el ruido de un viejo despertador de metal. Esperé. Finalmente levantó su rubia cabeza y echó una mirada a la

habitación.

—¿Qué sabe de mí?

—Nada —le aseguré—, siento herir su orgullo, pero nunca había oído hablar de usted hasta hace una hora. A lo mejor es usted famoso y todo eso, pero éste no es mi mundo. Sólo estoy aquí de visita.

Me escuchó atentamente.

—Bueno, pero Holland le trajo aquí, le ha debido decir algo.

Parecía que se sentía herido en su orgullo, pero tenía que haber algo más.

—En cuanto le dije lo que quería, me explicó que usted era el hombre al que tenía que ver. Eso fue todo. Ni una palabra más.

—Dios mío.

De repente se levantó. Yo me estiré en la silla. Como sólo había metro y medio entre nosotros dos, no podía hacer otra cosa. Su cara no expresaba lo que pensaba hacer a continuación.

—Tome.

Enderezó el brazo y el revólver surcó el espacio que había entre nosotros. Lo cogí agradecido. Estaba en lo cierto. Era del 45.

—Creo que lo mejor que puede hacer es llamar a la Policía. Hay un teléfono detrás de usted, sobre la mesa.

Me senté muy tieso, acariciando muy contento mi nuevo juguete.

—¿La Policía? —repetí—. ¿Para qué?

Volvió a sentarse se había venido abajo completamente.

—No sé —dijo vagamente—. Intento de asesinato, asalto con arma de fuego. Algo. Tiene que haber algo.

Me propuse seguirle la corriente. Estaba demasiado interesado en lo que saldría de allí, como para perder el tiempo llamando a la Policía.

—Es probable —dije, de acuerdo con él—. Pero no vamos a complicarnos con esto. Según yo lo veo usted ha cometido un error de apreciación. Si nos dedicamos a encerrar a toda la gente que hace esto. ¿Quién va a traernos la eche por la mañana?

Esto me hizo sonreír ligeramente.

—Qué extraño es usted. ¿Reacciona ;:empre así cuando alguien intenta matarle?

—No siempre. Pero generalmente conozco la razón. ¿Qué creía que era lo que iba a ocurrir? Pensaba que iba a robar en la caja fuerte, o algo así?

Se pasó la mano por el pelo, que ahora tenía húmedo y sin vida.

—Dudo que aquí haya más de cien dólares. ¿No le parece que debería decirme quién es usted?

—Ya hemos hablado de eso.

Hizo un gesto impaciente con el brazo.

—No me refiero solamente a su nombre, quiero decir, ¿quién es

usted? Ha visto el retrato que Westley hizo de la mujer de Rivers. Eso le coloca en una posición extraña.

Mi pensamiento reaccionó ante el hecho de oír describir a Judith como la mujer de Rivers. Incluso al hacerlo, sabía que era algo infantil.

—Sí, eso creo. Pero cuando la vi yo no tenía ni idea de que fuera tan importante. Yo creía que su marido simplemente estaba preocupado por el efecto que el sol podía producir en la pintura. Al parecer estaba equivocado.

—Todavía sigue sin decirme quién es usted.

Golpeó con los dedos el metal azul que tenía sobre las rodillas.

—Y usted todavía no me ha dicho por qué me puso esto delante de las narices. No quiero enfadarme, pero existe una cosa que se llama asalto a mano armada.

—Está bien.

Volvió a levantarse. Es muy desconcertante estar sentado en una habitación con un tipo que se sienta y se levanta continuamente como si fuera una marioneta.

—Le voy a decir por qué me comporté de esa manera. Pero primero voy a tomarme un trago. ¿Quiere usted tomar algo?

—Si va a volver a la cocina, ¿cómo voy a saber que no regresará con una Thompson?

—¿Una Thompson?

—Es una ametralladora —le expliqué.

—¡Oh! —y volvió a esbozar una pequeña sonrisa—. Las he quitado todas.

No tenía sitio para guardarlas. Hay whisky escocés.

—Un escocés me vendrá bien.

Volví a encontrarme mirando al retrato. El hombre me devolvía la mirada, con el mismo gesto de diversión ausente. Había participado en todo el espectáculo, en lo del revólver, en las amenazas. Era como si observara las tonterías que hace la gente sin darles importancia, con el mismo interés que los movimientos de las hormigas en el jardín. Se diría que tenía que haber demostrado cierto interés o satisfacción. Por lo menos algo que no fuera la fría mirada que me dirigía.

—Parece que le gusta el cuadro.

Barrington estaba delante de mí, con un vaso en la mano.

—Gracias.

Lo cogí, haciendo sonar el hielo.

—Creo que no nos llevaríamos bien —le dije—. Ese tipo es condenadamente silencioso.

Volvió a sentarse donde estaba antes. Tenía la esperanza de que mantuviera el rumbo algo mejor. Por ejemplo, durante un minuto por

lo menos.

—En parte, es acerca de él, de lo que quiero hablar, de Douglas.

—¿De Douglas? —repetí—. De Westley, está bien. ¿Quiere decirme que ese es Douglas Westley?

Asintió con la cabeza.

—Eso es lo que he dicho. Y ¿sabe?, usted está equivocado. Ustedes dos se hubieran llevado bien. La forma en que resolvió este asunto del revólver es exactamente la misma en que él hubiera reaccionado, exactamente igual. Estoy seguro de ello. Tal vez la conversación hubiera sido incluso la misma.

—Ya.

Me volví para mirar al hombre que había creído que era otra persona, no Westley; y supe que mi interlocutor tenía razón. Me hubiera gustado preguntarle más cosas sobre él, pero primero quería oír la historia de Barrington.

—Buen whisky —reconocí—. ¿Quiere que hablemos ahora?

—Está bien. Siento que nunca haya oído hablar de mí. Lo cual significa que tendré que contárselo yo mismo. Así que empezaremos con una negación. No estoy hablando sólo para impresionarle. Pero, si usted es comprensivo, sería una equivocación que yo me mostrara demasiado modesto. Como verá, la primera vez estaba usted en lo cierto. Soy famoso, en mi propio y pequeño mundo. Douglas Westley sólo tuvo tres discípulos. Fui yo quien se hizo famoso. Primero, como su descubrimiento más prometedor, y después como el incuestionable experto en su obra. Finalmente, y después de vivir durante años a su sombra, como un artista original, famoso por mis propios méritos. No como el discípulo que promete, ni como un segundo Westley, sino como el primer Barrington. Tardé mucho tiempo en conseguirlo.

Se detuvo un momento.

—¿Se arrepintió usted de haberlo hecho? —le pregunté—. ¿Está resentido contra él?

Señalé el cuadro con el vaso en la mano. El sonrió.

—¿Resentido contra él? ¿Douglas? ¡Oh no! Usted no tiene ni idea. Yo le quería.

Sin yo saberlo debí hacer algún gesto con la cara.

—No, en esto también está equivocado. No me refiero a la adoración de un alumno que sirve a su maestro. Yo hablo del respeto profundo, de la admiración y del afecto que un hombre puede tener por otro hombre, sin que exista nada de tipo sexual entre ellos. Si hubiera habido algo de eso. Douglas me hubiera arrancado las orejas.

—Debía de ser un diablo de hombre.

—Efectivamente —por un momento pareció perderse en sus propios pensamientos—. En cierto modo esto tiene que ver con lo que hice hace un momento. Es curioso, cómo se puede vivir pensando que

el pasado, pasado está, y entonces surge algo que te lo recuerda. Que hace que todo vuelva otra vez a la vida, tan actual como siempre. Eso es lo que pasó abajo, cuando Josh Holland dijo que usted había visto el retrato de ella. Todo volvió a mí.

Me ponía nervioso cuando se detenía en su relato, justo cuando iba a poder enterarme de algo.

—Todavía no lo entiendo —dije para estimularle—. Ver cuadros no creo que sea ningún crimen. No es ni siquiera un delito contra la sociedad. Si me equivoco, vamos a necesitar unas cárceles más grandes.

—Lo siento, estaba divagando. Antes que nada, tiene que conocerle —señaló al hombre de la pared—. Yo no sé qué es lo que hace falta para convertir a un hombre en un genio. Esta es una palabra que se usa demasiado, y a veces de forma equivoca. Cualquier individuo de tercera categoría que fracasa como artista, consigue salir en una columna de un periódico de provincias. Luego proclama públicamente todo lo que no sabe hacer, sólo que ahora ya es un experto y tiene la obligación de producir al menos una obra maestra al año, de lo contrario sus clientes piensan que no le han sacado partido a su dinero. Ya sabe cómo es ese juego. «El brillante y prometedor cerebro» y demás. Si hay unos cuantos críticos, los suficientes, que comparten el mismo punto de vista acerca de él, puede que empiece a ser posible, que realmente hayan descubierto algo. O más exactamente, a alguien. Hace muchos años le cerraron las puertas a Douglas Westley, y se fue. Le llamaban «el genio imperfecto».

Me miró esperando que yo recordara algo. Yo negué con la cabeza.

—¿Imperfecto? —pregunté—. ¿Eso por qué?

—Se dedicó a los retratos, que era su punto fuerte. Había intentado hacer muchas otras cosas. Pero éstas sólo demostraron que era un buen artesano, digno de confianza. Pero nada más. No era mejor que muchos otros, tal vez cientos. No había encontrado su camino. Cuando lo hizo, no se le pudo contener. Era descarado y mordaz. Sus cuadros brillaban como un cristal tallado.

—Pero con un defecto —insistí.

Barrington se encogió de hombros y tomó un trago de su bebida.

—La honestidad. Eso es lo que consideraban un defecto. Ninguno de nosotros es perfecto, como personas que somos. Siempre existe un aspecto de nuestra naturaleza, una característica, que hace que el hombre sea menos que perfecto. No importa quien sea. Puede ser un obispo, un presidente o cualquiera. Cuando Douglas producía un cuadro, siempre se le escapaba una alusión de este tipo. No podía evitarlo. Hay un montón de tipos que se dicen pintores que no producen absolutamente ningún cuadro. Todo lo que hacen es una

fotografía con pinceles y óleos. Una fotografía de estudio, muy cara. Con una iluminación perfecta y haciendo resaltar los rasgos más favorecedores.

—Bueno, pero eso es lo que quiere la gente. Nadie quiere aparecer en el va es un cuadro como si acabara de volver a casa después de tres días de juerga, al año.

Tenía ya el vaso vacío y lo dejó en la mesa haciendo como un molinete con la mano.

—Se está yendo al otro extremo. No quiero decir eso. Douglas pintaba como cualquier otro con su matiz de adulación y todo. De hecho como una fotografía. Pero era como si fotografiara el alma. Era como si la pintura traspasara la piel y se encontrara con el corazón. No reflejaba nada dramático. A veces no era nada más que un débil rasgo, un ligero toque de sombra en otro. Había que observarlo bien para encontrarlo. Pero sin duda estaba allí, en alguna parte.

La razón por la que estaba tan interesado era personal. Tenía que admitirlo, aunque me molestaba. Había algo que se me había escapado en el cuadro de Judith. Corregiré lo que he dicho, en el retrato de la mujer de Rivers. Pero, como me estaba explicando mi conferenciante, no era algo que saltara a la vista. Había que buscarlo. Estaba pensando cuándo podría volver a pedirle a Rivers que me enseñara el retrato otra vez.

—¿Y en cuanto al retrato de Judith Rivers? —le indiqué.

—¡Ah sí! Lo siento, otra vez estaba divagando. Es mi tema favorito, como habrá podido comprobar.

—He visto que tiene usted algo más que un interés pasajero —le dije.

Realmente era un tipo muy bien parecido cuando se reía.

—Douglas solía dejar que la gente creyera que era homosexual. ¿Lo sabía usted?

—No, nadie lo mencionó.

—Bueno, pues así era. Hay gente por ahí que parece darlo por supuesto. Incluso los más moralistas, también lo esperan. Acaba de ver, ahora mismo, a todos esos ahí abajo. Yo mismo tengo que hacer un poco de teatro, algunas veces.

—He conocido algunos actores de verdad que también lo hacían —le ayudé.

—Era parte del espectáculo. Douglas solía reírse de ello, cuando estábamos solos. Se había puesto un nombre a sí mismo. El marica imperfecto. Su defecto era que le gustaban las mujeres. «¿Que si me gustan?», repetía. Le volvían loco. Si no hubiera sido pintor le habrían nombrado el semental de América.

—Me imagino que no le resultaría fácil encontrar oportunidades, quiero decir si todo el mundo pensaba que se abrochaba los botones al

revés.

—Pues así era como lo hacía. Era ingenioso. Dejaba que ellas creyeran que le estaban reformando. ¿Cómo podían resistírsele? El les contaba cómo habían cambiado su vida. Cómo había desperdiciado su juventud. Nunca se había relacionado con mujeres que no le hubieran asqueado. Y de repente, allí estaba ella. Era la perfección de la que siempre había oído hablar, pero que no había encontrado nunca. Había perdido muchos años, y había estado muy solo. Créame, acaba de hablar de los actores. Ninguno podía compararsele una vez que llegaba a la cama. Todas caían como los bolos en la bolera. Para la mujer era prácticamente un deber sagrado, como verá. Era una oportunidad para hacer volver a esa pobre criatura al mundo heterosexual. Esto no tenía nada que ver con la típica escena de cama. Estaban recuperando un hombre en nombre de toda la femineidad. Algunas incluso trataban de enseñarle. ¡Dios mío!

No pude evitar reírme, no por la original técnica de Douglas Westley, sino por la admiración respetuosa que se desprendía de la voz del que una vez fuera su alumno.

—Realmente parece que había descubierto un nuevo método de resolver un problema muy antiguo.

—Cierto, era admirable cómo lo consiguió. Año tras año, sin fracasos. Lógicamente eso tenía que acabar alguna vez. Y el final fue esa mujer que le ha traído a usted aquí. Judith Harvey Rivers.

No le había entendido nada en absoluto. Lógicamente tenía que haber acabado con Judith. Hacía falta algo más que un tipo descarado con un pincel para impresionar a una mujer como aquella.

—Ella lo rechazó, ¿eh?

Los ojos de Barrington se abrieron negativa y admirativamente.

—¿Que le rechazó? —repitió—. Ella estaba loca por él. Atontada. Completamente loca. Por eso le mató.

6

La frialdad del revolver me helaba las manos. Eran unas manos que estaban tratando de decidir si me liaba a puñetazos con aquella cara estúpida y embustera. ¿Qué me estaba pasando?

Hablé con voz pastosa, cuando le dije:

—¿Que le mató? ¿He oído bien?

Por su rostro pude adivinar que se había dado cuenta rápidamente del cambio de actitud que se había producido en mí.

—Y ¿qué más? ¡Ah!, bueno, ya conozco la historia, lo que dijeron los periódicos. Que Douglas se suicidó y todo eso. Pero no es cierto. Fue ella. Ella le mató y luego, algo después, no pudo vivir con ese peso en su conciencia. Se fue a la Bahía y se estrelló. En cierto modo me defraudó. Pensaba esperar a que las cosas se calmaran. Y entonces iba a matar a aquella mujer yo mismo. Pero se me escapó.

Saqué la conclusión de que Barrington no estaba bien de la cabeza.

—Pero esa es una acusación terrible. ¿Qué piensa de eso la Policía?

Arrugó la nariz.

—¿La Policía? Nunca se lo dije. Lo que pasó fue lo siguiente. Cuando Westley fue asesinado, yo estaba fuera. Estaba lejos, en la Baja California, perdido por allí, intentando pintar una puesta de sol. En aquellas latitudes el crepúsculo hace cosas increíbles con los colores. Todo el mundo intenta captarlos alguna vez durante su carrera. Todavía no lo ha conseguido nadie y yo no fui una excepción. Pero allí es donde yo estaba; lejos de todo contacto. Cuando regresé todo había terminado. Los dos estaban muertos. Estuve borracho durante tres días. Borracho y dándole vueltas a la cabeza pensando en lo que iba a hacer. Al final decidí no decir nada, por el bien de Douglas.

Aquello me sonaba a falso.

—Eso no lo entiendo. ¿Cómo podía ayudarle su silencio?

Sacó un paquete de cigarrillos pequeños y encendió uno. No me ofreció ninguno. Me pareció que sabía lo que le iba a decir que hiciera con ellos.

—Como le dije antes, todo había terminado. Habían decidido hacerle un entierro decente. No rebuscaron en su vida, lo que no hubiera resultado muy difícil. Hicieron de él una especie de héroe, un genio que no podía vivir consigo mismo. Una pobre alma torturada que había fracasado como hombre. Un pintor excelente cuyas obras colgaban en las principales galerías de arte, y que hubiera sido una figura popular, a no ser por esa debilidad en su constitución. Todas las

grandes figuras del mundo del arte hablaron un poco de él, y hasta escribieron una pequeña esquela y así acabó todo. ¿Se imagina la reacción de toda esa gente y del mundo entero si se hubiera sabido que todo había sido un fraude? Incluso aunque yo consiguiera convencer a todo el mundo. ¿En qué lugar quedaría Douglas? El genio torturado que había sido asesinado por una mujer amargada. Había que haber vuelto a reconstruir su reputación. A la gente eso no le gusta. No le gusta volver a hacer declaraciones públicas. El resultado le habría perjudicado. Y yo no quería eso. No habría servido para nada. Nadie habría ganado nada. Y además la mujer ya estaba muerta.

—Hmm.

Como no me había incluido en el reparto de cigarrillos saqué mis Old Favourites y encendí uno. Me supo amargo como la historia de Barrington.

—Creo que se le ha olvidado algo —le dije—. Se la ha olvidado la parte esa que dice que tampoco ayudaría en nada a los que quedaban vivos.

—¿A los vivos? —arrugó la frente—. ¿A su marido? No me importaba en absoluto lo que le pasara.

Eso sí me lo creía. Pero aun así moví la cabeza.

—A su marido no, Nigel, a usted.

—¿A mí?

—Exacto. Usted estaba lanzado. Era un discípulo brillante, que ahora se podía valer por. sí mismo. Un hombre en esa posición tenía que haber sido un tarugo de primera para tomarle el pelo a todos aquellos cuya buena opinión le era tan necesaria. Y usted no es un tarugo.

Pero puede ser cualquier otra cosa, pensé para mí mismo.

—Tiene razón, naturalmente —levantó la cabeza—. En algún lugar de todo este lío, y en medio de mi noble propósito, estaba yo. Nada podía devolverle a Douglas la vida. Incluso no se podía añadir nada a su reputación, ni a su memoria. No se ganaba nada. Y, como usted dice, yo sí tenía una carrera que perder.

Se le notaba triste y lejano. Lleno de autocrítica. Acaricié el 45.

—Tampoco eso me sirve de explicación —le recordé.

Pero él había perdido ya el interés en la conversación. Había removido demasiado en el barro de su memoria. Con una voz cansada dijo:

—Cuando ya estuve tranquilo fui a su casa. Estaba seguro de que Rivers tenía que saber la verdad, sobre Douglas y su mujer, me refiero. Fuera lo que fuera Judith Rivers, no era una asesina. No hubiera sabido cómo cometer un asesinato y hacerlo parecer un suicidio. En cualquier caso, la gente que mata en un arrebato no se para a pensar en esas cosas. Lo único que saben es que están junto a un cadáver y no

están muy seguros de cómo ha ido a parar allí.

Eso tenía mucho más sentido de lo que la gente creía. Presté mucha atención.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué iba a hacer yo? En esta ciudad la sección de homicidios tiene una reputación muy alta. A esos tipos no se les engaña fácilmente y teniendo un muerto tan importante como Douglas, investigarían con gran cuidado. Descubrirían el asesinato en veinticuatro horas. Alguien lo hizo aparecer de otra manera. Y no fue Judith. Eso no lo hizo una mujer con un temperamento apasionado, llena de miedo y de remordimiento y todo lo que esa situación lleva consigo. No lo hizo otra persona. Algún bastardo frío y ajeno que pudo tratar el problema desde un punto de vista cínico y despegado. Alguien que podía pagar por lo que era necesario hacer. Ese alguien era su jefe, Bernard L. Rivers.

Pensé que si no le llevaba la contraria podría enterarme de algo.

—Así que fue a verle...

—Eso es.

Su rostro se ensombreció con el desagradable recuerdo.

—Ah sí, le vi. Estaba sentado detrás de su enorme escritorio, y me escuchó. Mostró tan escasa reacción a lo que le dije que cualquiera hubiera pensado que le estaba proponiendo que suscribiera un seguro. No me interrumpió ni una sola vez. Estaba allí sentado, mirándome. Todavía puedo ver su cara. Cuando acabé me hizo pedazos, como hacen los tipos en el laboratorio con un ratón muerto. ¿Sabe que ni siquiera levantó la voz? Me dijo que yo estaba preocupado y que eso era muy natural. Que mi amiguito homosexual había muerto y que yo me sentía igual que cualquier mujer cuando ha perdido a un hombre. Que Judith había sido la reina de la pureza del año y de todos los demás. Que mejor me iba con mi mente enferma y lo meditaba bien. Su esposa había muerto y él ya había sufrido bastante. Me dijo que si hacía algo que desacreditara su recuerdo, emplearía hasta el último dólar que le quedara en arruinarme. Y en cuanto al cuadro, que era el último que Rivers había pintado, que no podía ni verlo. Que esperaría algún tiempo para hacer algo al respecto. Si lo vendía en aquellas circunstancias o si algo le pasaba, atraería mucho más la atención del público de lo que lo haría normalmente, Los dos personajes principales relacionados con el cuadro acababan de morir. Así que no haría nada hasta que fuera el momento adecuado.

—Ya entiendo.

Intenté meditar sobre aquello durante algunos momentos, tratando de seguir su razonamiento.

—Y ahora, al venir yo aquí, usted dedujo que Rivers intenta hacerle saber, de esta manera, que va a vender el cuadro.

—O a destruirlo. Creo que más bien es eso lo que pretende.

Yo también lo creía, después de lo que me había dicho. Pero no me pareció una buena idea que él lo supiera.

—Creo que lo comprendo. Especialmente sabiendo que yo ando por ahí buscando una copia. Una persona que pretende desprenderse de un original, lógicamente andará buscando si hay alguna copia.

Barrington me escuchaba con su cabeza rubia echada hacia un lado.

—Todavía no me ha llevado la contraria —señaló.

Me levanté de la silla.

—Lo que pasó exactamente es lo que le conté al principio —le aseguré—. Soy solamente una persona que ha visto un cuadro bonito y que quiere una copia para él solo. Por toda contestación me encuentro con este asunto que me echa usted a la cara y con veinte minutos de reportaje policíaco. ¿Siempre es así de difícil comprar algo por aquí?

Aunque aún estaba temblando, esbozó una sonrisa.

—Lo siento. De verdad. Imagínese que desciendo de una larga línea de vendedores ambulantes de medicinas, de los que cuentan un chiste con cada botella. Pero aun así no tengo lo que busca. No hay ninguna copia.

Le di el revólver, echándole antes el seguro.

—Tome, lo necesitará cuando venga el próximo cliente.

Lo cogió mansamente, y lo puso sobre la mesa.

Fuimos hacia la puerta.

—No necesita acompañarme.

El momento de tensión había pasado y ambos estábamos ya relajados. Era una buena oportunidad para aporrear a un hombre. Volviéndome de repente, le miré a los ojos.

—¿Tiene algún recorte de periódico que yo pueda comprar?

Nada. Ni sorpresa, ni miedo. Ni siquiera ese repentino velo tras el que algunas personas suelen escudarse. Sólo asombro.

—¿Periódicos? ¿Quiere decir para hacer un collage o algo así? Eso no está en mi estilo, Mark. Ese tipo de arte no está en mi línea de trabajo. Pero puedo darle el nombre de un tipo.

—No, no se moleste. Era simplemente una idea pasajera.

Ya abajo, en la habitación rosa, el grupo de estudiantes dejó de cuchichear, lo suficiente como para analizarme cuidadosamente al pasar hacia la salida.

Me fui en el coche hasta las oficinas del periódico *Monkton City Globe*, sumido en mis pensamientos. Los redactores de noche estarían incorporándose a sus puestos en ese momento, preparados para afrontar la trampa invariable que les preparaban las largas horas de la oscuridad, de manera que el señor y la señora Monkton tuvieran

garantizada una mezcla ininterrumpida de ternura, horror, crimen y sexo, desastres y deportes y todo lo que se quiera. Todo bien ordenado y limpio, para leerlo durante el desayuno mientras se toman los cereales.

El redactor jefe de noche era un viejo amigo mío, se llamaba Shad Steiner, llevaba treinta años en el oficio que le había proporcionado todo tipo de premios, todos ellos bien merecidos. Pero no había cambiado, ni había dado muestras de ir a convertirse en el viejo profesional, esa figura paternal y afable que distribuye cucharaditas de sabiduría a los rostros jóvenes de los reporteros novatos. Sigue siendo el mismo hombre irascible, suspicaz, y que odia a todo el mundo, como cuando empezó. Esto era lo que le hacía ser, ante todo, un gran periodista, y lo que le mantenía arriba, en la cumbre, con los vencedores. Esto y uno o dos rasgos secundarios, como la honradez y la integridad y alguna que otra palabra pasada de moda que sólo se encuentra en algunos diccionarios muy antiguos.

Estaba de pie frente a una mesa de despacho llena de montones de papeles apilados a diferentes alturas.

La calva que le aumentaba rápidamente en lo alto de la cabeza le brillaba con un sudor prematuro, como si temiera por anticipado a las fatigas que se le avecinaban inevitablemente. Notó que había alguien detrás de él, pero no se molestó en comprobar quien era, antes de decir:

—Algún día, no voy a molestarme en volver a casa después del trabajo. Voy a quedarme aquí y voy a hacer también el turno de día. Así les enseñaré a esos holgazanes cómo se dirige un periódico. Especialmente les voy a demostrar cómo hay que dejar el material para cuando llegue el redactor jefe de noche. Quiero decir, mire toda esta basura. ¿Es normal que un redactor se encuentre todo este jaleo en su mesa cuando se incorpora al trabajo? ¿No cree usted, que el orgullo de un hombre debiera obligarle a dejar el despacho con lo que los políticos llaman un simulacro de orden? Lo dejan todo por medio y ya está; me pondré a ello cuando pueda.

Señaló, con un grueso dedo, de uña mordida, a los montones de papeles, de una forma algo vaga. Hablé con voz ansiosa.

—Déjeme intentarlo, jefe. Deme una oportunidad, déjeme hacer una prueba. Algún día seré un gran periodista. Como usted, señor Steiner.

Se enderezó, volviéndose.

—Oiga, usted... ¡Oh! qué divertido. Eres Preston, ¿verdad? Y necesitas un empleo. Lo siento. Ya tengo gente para cubrir los sucesos.

—Hola Sad, las cosas van como siempre, ¿no?

Se estaba quitando la chaqueta y la puso de cualquier manera en una percha que había en la pared.

—Las cosas, como siempre, se interrumpen cada vez que aparece un vago que deambula por la calle. Esto es la oficina de un periódico, no es una cocina de caridad donde se sirve sopa. Si necesitas que te den comida de balde vete a la calle Crane y...

—Ya conozco ese sitio. He investigado por allí, así que ya sé dónde encontrarte cuando se den cuenta en el periódico de qué clase de tipo eres y te larguen.

—Entonces, luego nos encontraremos; ahora si me lo permites, sólo por unos cuantos años... ¿O es que quieres algo?

Me apoyé en un rincón, junto a un retrato de un Steiner más joven, en él se le veía estrechando la mano a un presidente anterior.

—Casi nada —le aseguré—. Sólo quiere echar una miradita a los viejos archivos. Nada que pueda preocuparte.

—Así que me pides un favor —dijo triunfante—, y no me digas de qué tengo que preocuparme. Ya me preocupo yo solito, ¿sabes cuándo me siento más preocupado? Cuando algún detective privado de lujo viene a fisgonear en mis archivos, y me dice que no pasa nada. Entonces es cuando me preocupo. Eres muy capaz de ir a descubrir el crimen del siglo y no decírselo ni siquiera a un viejo camarada que ha sido como un padre para ti durante todos estos años. ¿Es así como me lo agradeces?

—Shad, si hay alguna noticia, la tendrás. No estoy seguro de que haya nada. Solamente se trata de algo que pasó hace unos cuantos años y que me ayudará a comprender lo que está ocurriendo ahora.

Abrió un cajón donde guardaba los lápices azules de subrayar, sacó uno de ellos y se puso a mordisquear la punta.

—¿De qué se trata todo este asunto tan aburrido del que no tengo que preocuparme?

—Trágica muerte de una belleza de la alta sociedad. El mar se cobra una nueva víctima. Se llamaba Judith Harvey Rivers.

Pensé que si le hablaba en términos de titulares de periódico, le sería más fácil seguirme.

—¡Ah! es eso —recordó—. Su viejo se llamaba Rivers, una especie de rey de los lingotes de oro.

—Eso —confirmé—. A decir verdad se trata simplemente de un interés pasajero. Acababan de hacerle un retrato cuando murió. Se lo había hecho nada menos que Douglas Westley. Eso hace que el cuadro tenga un valor incalculable. Y esta es la parte que me interesa. Tal vez haya algo relacionado con un seguro. Ya te dije que era algo aburrido.

Las arrugas de su rostro, que parecían esculpidas, se acentuaron aún más.

—Bellezas de la alta sociedad, pintores famosos, muerte repentina, ¿todo eso te resulta aburrido? Tuve yo razón al no darte trabajo aquí. Nunca serás un buen reportero. ¿Para ti que es lo que

resulta interesante? ¿Tal vez la tercera guerra mundial?

El problema con un tipo como Steiner es que siempre está dispuesto a olfatear una noticia y tiene la tinta preparada para correrle por las venas.

—Son noticias del pasado —le recordé—. No hay nada excitante en desempolvar viejos cadáveres. Lo que busco puede ocupar seis líneas en la página diez, si es que lo hace, hablando en términos periodísticos.

—Ahora va y me compone la edición del periódico él solito. —Echó la Cabeza hacia atrás, como si estuviera implorándole protección al gran Editor del cielo.

—Bueno, tendré que fiarme de tu palabra. Tengo que seguir con las páginas que faltan. No obstante voy a darte una oportunidad.

Ahora me tocaba a mí mostrarme suspicaz.

—¿Una oportunidad?

La calva le relucía cada vez que moña la cabeza arriba y abajo.

—Aquí hay alguien que puede proporcionarte algunos datos. Debe de estar acabando ahora su trabajo. Está en el turno de día, pero no creo que tenga inconveniente en concederte unos minutos.

Cogió el teléfono y marcó.

—¿Mike? Soy Steiner. No, todavía no. El departamento de basuras de la ciudad me ha volcado un camión sobre la mesa. Voy a buscar una pala, tiene que estar debajo de todo esto. Seguro, cuando lo encuentre. Escucha, aquí hay un tipo con un…

Con voz monótona, le contó al invisible Mike lo que yo quería.

—… probablemente no tendrá ninguna importancia, pero nunca se sabe. Este Preston ya nos ha proporcionado una o dos noticias. Si no te importa concederle unos minutos… Ya, gracias, Mike. Es un favor. Lo mismo digo.

Colgó el teléfono.

—Has tenido suerte. Está en el cuarto cubículo a la izquierda; es el redactor de los ecos de sociedad. Su nombre es Mike Blair. Creo que os llevaréis bien.

Había algo de burla en aquellos ojos escondidos. Supuse que se trataba de algo curioso referente a ese Mike Blair. Procuré que no se me notara esta sospecha en la voz.

—Te estoy muy agradecido, Shad. Si sale algo de esto, procuraré que lo sepas.

—Está bien. De todos modos, estoy seguro de que Mike Blair vela por los intereses del periódico.

Extrañado, recorrí el corredor hasta la cuarta puerta y llamé. Entré y me encontré frente a unos enormes ojos color avellana, enmarcados en una cabellera del color de la noche del trópico. Sus labios rojos se abrieron esbozando una sonrisa mientras decía:

—¿Señor Preston? Soy Mike Blair.

7

Se levantó para estrecharme la mano. Era alta. Mediría uno setenta, o setenta y cinco. Me cuadré y me puse rígido para que viera que yo era más alto. Este movimiento no le pasó inadvertido.

—Lo normal es estrecharse la mano firme pero brevemente, y luego soltarla. No tengo ninguna intención de regalársela.

Hablaba de la mano que yo sostenía con cariño. Me eché a reír no muy convencido y la solté con desgana.

—Es una afición que tengo —le expliqué—. Le sorprendería saber cuántas manos he conseguido de esta manera.

Fue una sonrisa delicada, pero que añadía una atracción más a aquella piel morena y casi aceitunada.

—Siéntese, por favor, señor Preston.

—Mark, por favor —casi le supliqué—. Si usted fuera un hombre le llamaría Mike. El hecho de que usted sea una de las de la, otra clase no debe interponerse en nuestro camino. Mike y Mark. Suena bien, ¿no cree?

—Suena horrible —me aseguró gravemente—. Como si fuera una escena de un viejo vodevil. Además, ¿cómo llamaríamos a los niños?

Era un momento oportuno para cambiar de tema.

—Señorita Blair...

—Creí que nos habíamos puesto de acuerdo en lo de Mike.

—Entonces, Mike. Shad Steiner ya le habrá hablado por encima de lo que estoy buscando. ¿Recuerda algo sobre el tema?

Cruzó las manos bajo la barbilla.

—Shad me habló, como usted dice, de pasada acerca de lo que quiere. Lo que no me dijo es por qué el famoso señor Preston está interesado en ello.

Su tono no era en absoluto burlesco.

—¿Famoso? ¿Qué quiere decir con eso?

—Es el único superviviente, bueno casi, del famoso tiroteo de Monkton Corral. Yo diría que eso es ser un tipo famoso.

—Tiroteo en... ¡ah! usted se refiere a lo que pasó en los terrenos del ferrocarril. No creí que leyera las páginas de sucesos.

—Con avidez —me aseguró—. Bueno, ¿por qué tiene usted tanto interés?

Hice un gesto de rechazo.

—No interprete las cosas como no son. Los periodistas tienen tendencia a fantasear de vez en cuando. Créame, el trabajo de un investigador privado es, la mayoría de las veces, muy aburrido. Como ahora.

No tuve el efecto que yo esperaba.

—No le entretendré mucho tiempo en estos parajes tan aburridos.

Ahora estaba jugando conmigo. Sus ojos me lo decían.

—Sabe que no quería decir lo que he dicho, que mi intención era otra. El hecho es que esto es una investigación rutinaria. La última obra que hizo Douglas Westley fue un retrato de Judith Harvey Rivers, que también murió. Estoy interesado en ambos personajes. Me gustaría ver los titulares de entonces y enterarme de lo que pueda, de lo que no llegó al público. Eso es todo, créame.

—Ya, ya. Bueno, entonces ha acudido a la chica apropiada. Acababa de incorporarme al periódico cuando sucedió todo eso. Me pareció una buena oportunidad investigar aquello desde el punto de vista femenino. Me refiero principalmente a la muerte de la mujer de Rivers, naturalmente. Cosas como dónde se compraba la ropa, y cuántas joyas solía llevar, ese tipo de cosas. Llegué a saber muchos detalles sobre su persona.

Dejó de hablar; yo no sabía si estaba agrupando sus pensamientos o esperando a que le hiciera alguna pregunta.

—¿Le gustaba ella?

Aquello se me escapó sin intención y recibió la respuesta que merecía. Mike Blair arqueó las cejas interrogativamente.

—¿Que si me gustaba? ¿Qué especie de pregunta es esta? Nunca llegué a conocerla.

Pero yo ya me había recobrado. Hubo un momento en el que estuve a punto de explicarle que para mí era muy importante lo que la gente pensaba sobre Judith. Que estaba ávido de recibir toda clase de información que pudiera completar la idea que yo tenía de ella, que apoyara todas las buenas cualidades que reflejaba su cara. Quería desembarazarme de las horribles acusaciones que había lanzado Nigel Barrington con todo ese cuento de que la pintura reflejaba un defecto del carácter, si se estudiaba el cuadro de cerca. No quería oír esas tonterías. Sólo quería oír cosas buenas, que confirmaran la opinión que estaba deseoso de oír. Mike me observaba asombrada.

—No, claro que no la conoció. Pero lo único que yo quiero es tener una idea general. ¿De qué lado estaría ella? ¿Con los buenos o con los malos?

Abrió una caja de madera de sándalo que había sobre la mesa y me la ofreció. Estaba llena de cigarros negros y gruesos. Cogí uno cuidadosamente y lo olfateé suspicaz. Mike tomó un pesado encendedor de mesa y me lo ofreció.

—Deje de mirarlos con recelo. Son de fiar, tienen marihuana por un lado y opio por el otro.

Sonreí sumisamente y acerqué el cigarro a la llama. Ella también encendió su cigarro y echó la cabeza hacia atrás para expulsar el

humo. Era un viejo truco artístico que servía para atraer la atención, que era lo que ella pretendía. Mi atención fue debidamente atraída.

—¿Que si me gustaba? —parecía que se lo preguntaba a sí misma —. ¿De qué lado estaría? Yo diría que con los buenos. Ya sabe, y si no lo sabe por lo menos comprenderá que una mujer rica se enfrenta con un montón de hostilidad encubierta al principio. La mujer de la calle puede ser libertina, o estar de mal humor, o ser propensa a los gritos y la gente no le dará importancia. Y cuando digo gente me refiero a las otras mujeres.

Me miró directamente.

—¡Oh! claro. Muchas mujeres son gente. He conocido a bastantes.

—Seguro. Esta es la señorita Mujer de la Calle. A la señora de la Colina Noble no se le permiten tantas licencias. El dinero le impone unas condiciones. Para que la consideren entre los buenos tiene que ser muchísimo mejor que casi todos los demás.

Esta Mike Blair me estaba gustando. Era una mujer con buen sentido, eso era evidente; capaz de clasificar a Judith Harvey Rivers correctamente. Era una buena persona. Pero no había terminado.

—Lo fue hasta la época en que murió. Entonces perdió muchos puntos, para mí por lo menos.

—Esto último no lo entiendo.

—No tenía por qué ir por la bahía conduciendo como una loca. Debería haber pensado en algo más que en su propia vida, pero no le preocupó demasiado. Esa mujer estaba embarazada de tres meses.

—¡Ah!

No era mucho decir, ni una contribución muy inteligente, pero era todo lo que yo podía expresar mientras digería esta nueva información.

—Esto influiría en su opinión, naturalmente.

—Claro.

Sabía que estaba insistiendo demasiado, demostrando demasiado interés en lo que yo calificaba como información previa. Ya era hora de cambiar de tema.

—Y ¿qué hay del otro caso? El pintor Westley. ¿Dedicó algún tiempo a obtener información sobre él?

Aquella boca provocativa, sonrió con desdén.

—No, no había nada que me interesara. Mis lectores no se vuelven locos por los pintores homosexuales.

—No, ya lo veo. Bueno, muchas gracias Mike. Especialmente por haberse quedado después de la hora.

Inclinó su perfecta cabeza en señal de respuesta.

—Ha sido un placer. De todas formas, no hubiera podido evitar la tentación de conocer personalmente al famoso pistolero. Ahora, realmente tengo, que irme. A esta hora normalmente me reúno con un

grupo de amigos para tomar rápidamente una copa antes de irme a casa.

Una copa, y luego a casa. Era un panorama de lo más tentador, a primera vista. Pero tendría que ser cualquier otra noche.

—En cualquier otro momento le habría suplicado que me llevara con usted. Esta noche tengo que trabajar, la noche entera. ¿Podría bajar al archivo y echarle un vistazo rápido a los informes de estos dos antes de irme?

Ella se encogió de hombros.

—Baje usted solo, seguro que sabe dónde está.

Nos levantamos y apagamos nuestros cigarros al mismo tiempo. Me gustaba estar cerca de ella.

—¿Podría llamarla alguna vez?

—Nuestro teléfono está en la guía. Debajo de donde vienen periódicos y revistas. Llama muchísima gente.

¡Caramba!

—Podría darle en exclusiva las confesiones de un pistolero.

Se ablandó un poco, lo suficiente para dedicarme una ligera sonrisa, por lo menos.

—Bueno ya veremos. Después de todo por intentarlo que no quede.

Cuando llegó a la puerta giró a la derecha para salir. Yo me fui hacia la izquierda, hacia las escaleras para bajar al enorme archivo conocido como «la morgue». Antes de bajar, eché una mirada para contemplar la esbelta figura que se alejaba de mí, pero desapareció en seguida.

Aparté mi mente de los vivos y concentré mi atención en los muertos. El informe de Judith Harvey Rivers era breve. Aparte de los reportajes sobre su muerte, los que se referían a su carrera artística se reducían a unas pocas líneas solamente; lo cual era comprensible. En mi pueblo para que te consideren un artista tienes que ser famoso en la pequeña pantalla. Haber interpretado a Shakespeare en el teatro durante cinco temporadas, no lleva a ninguna parte. No se puede comparar con una aparición semanal en la pequeña pantalla haciendo el papel de un cargador duro en la serie del Sheriff Thompson. Ni siquiera con un anuncio de una marca de jabón cualquiera. A no ser que trabaje en televisión, solamente hay otros dos lugares para la gente que se llaman a sí mismo actores. El teatro burlesco y la calle. Sin embargo, lo leí con gran cuidado Era como si los recortes de los periódicos, que estaban amarillentos, me dieran la oportunidad de acercarme a ella de conocerla. Las fotografías no le hacían justicia. Eran simples imágenes en blanco y negro de una bella mujer. No había manera de adivinar en ellas el radiante calor que se proyectaba

desde detrás de aquellas persianas metálicas de Rivers Bend.

Tampoco me gustaba el estilo en que estaba escrito el reportaje. Era del tipo insulso y sin emoción. No incluía nada más que unos cuantos hechos sombríos, expuestos en rígidas columnas. No mencionaba el aspecto humano que cualquier estúpido habría sabido que era esencial para comprender apropiadamente a la mujer que había muerto. Pero me bebí cada una de las palabras que estaban allí escritas.

Cuando fui a guardar aquellos artículos vi un apéndice del informe siguiente que me llamó la atención. Rivers, Lawrence. Tenía dos apartados. Uno era un informe de una sanción por conducir en estado de embriaguez. Larry Rivers fue multado con cincuenta dólares y una amonestación. El otro me hizo dar un respingo. Había un proceso de paternidad contra él, interpuesto por una muchacha llamada Patti Dean, de 18 años. Era una estudiante compañera suya en la Escuela de Arte Monkton. Parecía ser el típico lío; se había removido mucho barro, sin que le salpicara demasiado. La muchacha había perdido el caso. Este informe estaba fechado aproximadamente hacia un año.

Siguiendo un impulso, fisgoneé para ver si había algo más sobre Dean, Patti. Había una carpeta donde se repetían los datos del proceso. Pero había también una fotografía reciente de una muchacha joven y sonriente saludando al hombre de la cámara. El titular decía «La sonriente ganadora nos abandona». Al parecer la joven había conseguido una beca especial para ir a investigar durante un año el arte azteca. No se hacía ninguna referencia a ningún niño, ni al proceso referente a Larry Rivers. Era una beca nueva, se decía, establecida gracias a la generosidad de la gigantesca empresa Metales Transcontinentales. Y el único metal que yo conocía y que . lera relación con los aztecas era el oro.

Me aconsejé a mí mismo que no debía ponerme tan dramático buscando lejanas conexiones. Seguí mirando, busqué en la sección sobre las empresas industriales. Encontré la Transcontinental, que era exactamente lo que decía el *Globe*, que era: Una organización gigantesca, para decirlo delicadamente. Los miembros de la directiva eran personas de las que suelen aparecer en el *Quién es quién*. Y allí mismo entre los Quienes que eran algo, estaba nada menos que mi viejo amigo, Bernard L. Rivers.

Me puse a discutir conmigo mismo.

«Será una coincidencia. Seguramente este tipo figura en el comité de dirección de la mitad de las empresas de la Costa.»

«Tal vez. Pero si nos fijamos en las personas que ganaron esas becas, ¿cuántas encontraríamos que estuvieran mezcladas en desagradables procesos en los que se hallaban involucrados familiares

de los miembros del consejo de dirección?»

«Sabes que no puedo contestarte a eso.»

«Es cierto que no puedes. Y aquí hay otra pregunta a la que tampoco puedes contestar. ¿Si tú estuvieras en el consejo de administración no te ocuparías de que a las personas que atacan a tu familia no se Íes concediera ninguna beca?»

«A lo mejor él ni se enteró. Trabaja en tantas cosas... No puede estar en todo, ni cuidar todos los detalles rutinarios.»

«De acuerdo, pero esto no era un asunto rutinario. Esto era algo totalmente nuevo. Aquí lo pone bien claro. Todo el mundo se interesaría en saber cómo resultaría y quién iba a ser el feliz vencedor.»

Tenía el asunto dándome vueltas en la cabeza. Por mucho que lo intenté, no podía quitarme la idea de que se habían deshecho de la chica. Bernard L. Rivers era un hombre al que le gustaba que todo estuviera en regla, eso lo sabía yo muy bien. Hasta donde llegaría, era lo que nadie sabía. Pero la muchacha había estado involucrada en un proceso contra su hijo. Había habido un escándalo público. Y ahora la muchacha estaba convenientemente alejada.

Ya era hora de dejarse de teorías y de volver a los hechos. Hechos como el informe de Douglas Westley.

Durante los tres o cuatro años anteriores a su muerte, había tenido bastante fama. Había varias fotografías que me confirmaban en el excepcional valor de la pintura que había visto colgando en la pared de la casa de Nigel Barrington. Al parecer Westley había sabido mantenerse en el favor de la prensa. Su aspecto artístico resultaba realzado mientras pasaban ligeramente por alto su vida privada.

A pesar de eso había referencias a su modo de vestir, su amaneramiento y el tipo de muebles que tenía en su apartamento dejaban poco lugar para la duda en lo referente a su homosexualidad. Si Barrington había dicho la verdad, su antiguo maestro había hecho un buen trabajo de camuflaje.

La verdad, suspiré cerrando las carpetas. Si todo el mundo dijera la verdad, me quedaría inmediatamente sin trabajo.

El suicidio del artista había sido un caso muy claro. Se disparó un tiro en el pecho, tenía incluso las típicas quemaduras producidas por la pólvora. Vi que en el juicio, el oficial encargado del caso había sido el Detective de tercer grado Schultz. Schultzie era uno de los oficiales de John Rourke, de la Brigada de Homicidios. Era un policía fiable e inteligente y muy capacitado para reconocer la diferencia entre un suicidio y un asesinato.

Cerré el cajón y miré el reloj. Era la hora de volver a casa.

8

En mi camino hacia la casa, pasé por la carretera de servicio sin asfaltar reservada para los camiones, y vi un cartel que decía «Depósito Municipal». Recordé cómo me había llamado la atención aquella relumbrante extensión de agua cuando estuve observando el panorama desde la casa de Rivers. Aunque el depósito estaba bastante cerca, mirándolo campo a través, la carretera que conducía hasta allí estaba a varios kilómetros, debido a las curvas de la autopista.

Cuando llegué a la última curva, la que dejaba Rivers Bend a la vista, vi un Lincoln aparcado en la acera. Apoyado en el capó estaba Sam Thompson.

Me coloqué detrás de él, paré el coche y salí.

—Estaba esperándote —me dijo a modo de innecesario saludo—. Hace buena tarde, ¿verdad?

—Creí que habíamos quedado en encontrarnos en la casa.

—Sí, bueno, pero me da un poco de vergüenza de la gente extraña. No me gusta conocer gente nueva. Además quería hablar contigo. ¿Tienes una colilla?

Como le conocía bien ya venía preparado para esto. Cuando acaben de confeccionar la lista de los grandes gorrones de cigarrillos de la historia, Sam Thompson estará entre los primeros. Le di un paquete nuevo.

—Quédatelo. ¿De qué me querías hablar?

Se colocó un pitillo en la boca y empezó a buscarse cerillas por los bolsillos. Suspiré y le alargué mi mechero. Lo cogió, encendió y ya se lo iba a guardar en el bolsillo; le di unos golpecitos en el brazo y me lo devolvió.

—Quería hablar de tu amigo, el doctor Franklyn Hoskins. Es un hombre muy interesante.

—¿Y bien?

—Bueno, es lo que dice ser. Su título no es de ninguna universidad de barrio. Tiene un título oficial de la Facultad de Medicina, hizo un curso de interno en uno de los grandes hospitales de Nueva York.

—¿Nueva York? —le interrumpí—. ¿Estás seguro de eso?

Thompson pareció sentirse ofendido.

—Venga, Preston, este no es mi primer trabajo. Claro que estoy seguro. De cualquier forma lo estaba haciendo estupendamente y entonces debió de ocurrir algo. Y no me preguntes qué fue lo que pasó, porque no lo sé. Sea lo que fuere tuvo que abandonar Nueva York, y se vino aquí. Abrió su propio sanatorio para gente de las que

dicen que padecen trastornos nerviosos. Así es como lo llaman si puedes pagar la factura. Cuando no puedes pagarla lo llaman de otras maneras. De cualquier forma quiere decir que el paciente que va allí está como una chota.

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—No estoy muy seguro. No hace mucho, bueno digamos unos tres años, más o menos.

La decisión del doctor Hoskins de establecerse en nuestro gran estado parecía coincidir más o menos con el traslado de la familia Rivers.

—¿Has averiguado qué tipo de trastornos nerviosos sufrían esos pacientes? Quiero decir si son adictos a las drogas, alcohólicos o algo así.

Thompson movió su rostro irregular de un lado a otro.

—No, no son de esos. Por lo que yo sé, son gentes a las que les faltan dos o tres tornillos. Mujeres en su mayoría con trastornos emocionales graves, como le llaman a eso. Para mí es que están locas.

Pensé que podía pasar perfectamente de las filosofías baratas de Sam.

—¿Es muy grande el sanatorio que dirige? Quiero decir, ¿cuántas pacientes puede alojar al mismo tiempo?

—No muchas, seis; puede que ocho. Me imagino que deben pagar un riñón, ¿no? Quiero decir para poder mantener un sitio así, hace falta casi la misma cantidad de personal.

A mí se me había ocurrido lo mismo.

—Es cierto. Pero a lo mejor tiene otros pacientes. Pacientes externos. ¿Sabes si pasa consulta en algún sitio?

—Bueno, esa es una de las cosas que lo hacen más interesante. Practicó durante mucho tiempo. Pero luego lo echó todo por tierra. Parece que su amigo no puede estar alejado de los caballos. Pasa más tiempo con las revistas especializadas en las carreras que con los libros de medicina. No creo que les cause ninguna preocupación a los corredores de apuestas, a juzgar por el sitio que dirige.

—Entonces, ¿lo has visto?

—Bueno me di una vueltecita por allí. Ya sabes cómo suelen ser esos sitios por regla general. Todo suele estar limpio y brillante de forma que hay que ir mirando por donde uno pisa. El sanatorio de Hoskins no es así. Ya no. Aún puede verse lo que debió ser. Ahora es un sitio descuidado, ¿sabes lo que quiero decir? Nadie se preocupa de cortar el césped, la hierba crece por el camino, entre las baldosas, y al edificio le hace falta una mano de pintura. Cosas así.

Un sanatorio descuidado, o cualquier otro sitio que lo esté, revela que la gente que trabaja allí también tiende a descuidarse. Se descuidan los detalles, y los programas de trabajo van retrasados. No

se puede confiar en que la gente desempeñe el trabajo por el que se les paga. Por ejemplo, cuidar de Olivia Jayne Hart.

—¿Has comprobado su crédito bancario?

Volvió a lanzarme aquella mirada suya afligida.

—No me han dado esta insignia de aspirante a pistolero por nada, ¿sabes? Claro que lo comprobé. Y hay algo curioso. El crédito personal de Hoskins es muy flojo, por decirlo de la manera más agradable. Y sin embargo —se paró para comprobar el efecto de sus palabras—, la situación económica del sanatorio es boyante. ¿Cómo se explica eso?

Como me lo explicaba yo no era cosa de contárselo a Sam Thompson, ni a cualquier otro. Todavía no.

—Me dijiste que esa era una de las cosas que le hacían interesante. Háblame de las demás.

—Empezó a beber hace un par de meses. No hace falta que te diga, Preston, que cuando un hombre se dedica a los caballitos y éstos empiezan a darle coces, muchos hombres se dan a la bebida. Es la historia más antigua del mundo. Eso y las mujeres.

Esa era otra pregunta que estaba a punto de hacerle.

—Sí, ¿qué hay de las mujeres? ¿Está casado, ese Hoskins?

—Que yo sepa no. Puede que alguna vez lo estuviera, allá en Nueva York, pero no he sido capaz de averiguarlo. Olvidas que solamente he tenido unas pocas horas para hacer averiguaciones.

Levanté una mano, antes de que empezara a protestar.

—Tienes mucha razón, Sam, te pido demasiado. Has conseguido mucho, demasiado en muy poco tiempo. Es mejor que nos vayamos hacia la casa. ¿Has sacado el revólver de la casa de empeño?

Lo tocó con los dedos.

—Está otra vez en su sitio —me confirmó.

Sabía que mi próxima pregunta no le iba a gustar.

—¿Está cargado esta vez?

Se le puso la cara triste y frunció el ceño.

—Vamos, Preston, todo el mundo puede cometer una equivocación.

—Una es lo más que te puedo permitir.

Hacía un año o dos había habido un malentendido por culpa de una cantidad de dinero que faltó de un banco. Uno de los ciudadanos que estaba involucrado en este malentendido empezó a disparar con un revólver. Sam Thompson se metió también en el jaleo enfrentándose con aquel tipo, porque él también tenía un revólver. Sólo que en su caso se le había olvidado cargarlo. Recibió un tiro en el cuello y otro en un costado, y estuvo cuatro días entre la vida y la muerte hasta que consiguieron salvarle.

—¿Y los sacos de dormir?

Asintió y luego refunfuñó.

—Odio ya este trabajo.

—Piensa en el dinero que supone. Ayuda a concentrar la mente.

Habíamos ido caminando por la carretera mientras hablábamos. Al dar media vuelta para regresar a los coches, tuve una idea.

—Vamos a poner todo el equipo en mi coche e iremos juntos en él. Dejaremos aquí el Lincoln. Cuando sea de noche, acércalo a la casa sin luces. Llévalo lo más cerca que puedas y apárcalo donde no pueda verse.

Se encogió de hombros, y pareció confuso.

—Como quieras. ¿Qué es lo que pretendes?

—Ni siquiera yo lo sé. Pero si tenemos un segundo coche, eso es algo que nosotros sabemos, pero no lo sabe nadie más. Podría proporcionarnos una ventaja, si la necesitáramos.

Metimos sus cosas en el Chevrolet y fuimos hacia Rivers Bend. Todavía no estaba demasiado oscuro, pero ya se habían encendido algunas luces. El aire estaba muy pesado debido al calor que había hecho durante el día, y por ello podía adivinarse que el día siguiente volvería a ser igualmente caluroso.

Kathryn Nolan estaba sentada en una silla blanca de la terraza. Se había quitado la ropa del trabajo y llevaba puesto un traje color esmeralda que brillaba con la luz de los rayos de sol poniente. Thompson se aclaró la garganta significativamente. Comprendí lo que quería decir.

—¡Ah, señor Preston! Ya le daba por perdido.

En cierto modo su voz carecía del calor que a mí me gustaba oír cuando trataba con mujeres atractivas.

—¿Perdido? —repetí sin necesidad.

—Sí, el señor Rivers me dijo que esperara a que usted llegara antes de irme a casa.

—Siento haberla retenido. No lo sabía.

Entonces sonrió y algo de su frialdad desapareció.

—No me haga caso. Estoy un poco violenta porque tengo gente esperándome. Bueno, en la cocina hay comida por si tienen hambre. Me temo que Pedro y Ana ya se han ido a casa.

No dijo que a ciertas personas se les podía permitir hacerlo, pero era lo que estaba pensando.

—Entonces, ¿quién estará en la casa? —le pregunté—. Quiero decir, quién va a permanecer aquí toda la noche.

—Creo que toda la familia. Larry está fuera de momento, pero no dijo nada de que se fuera a quedar a dormir por ahí.

—¿Suele hacerlo algunas veces?

La señorita Nolan me miró fijamente.

—No sabría decirle. Yo soy una secretaria particular, señor

Preston. No forma parte. de mi trabajo verificar los movimientos de la familia.

—No, naturalmente que no lo es. Y Linda Lee ¿está por ahí?

—Está fuera, en casa de unos vecinos. Unos jóvenes daban una fiesta. Y sabe Dios a qué hora acabarán.

—Está bien, así que sólo está el señor Rivers y nosotros. Oh, debía haberle presentado a mi acompañante, el señor Sam Thompson. Kathryn Nolan.

Sam murmuró algo y ella le saludó amistosamente.

—El señor Rivers está trabajando en su estudio. Según dice, acostumbra a quedarse trabajando hasta medianoche o más tarde aún. Así que me parece que el señor Thompson y usted se quedan a cargo de la casa.

Y no vayan a ensuciarla, parecía querer decir entre líneas. Se levantó alisándose el vestido. Podía imaginarme lo que Thompson estaba pensando. Yo también pensaba lo mismo.

—Es una pena que tenga usted tanta prisa en irse —le dije.

—Sí, pero estaré aquí por la mañana, sobre las ocho y media. ¿Le importaría decirme qué significa todo esto?

—¿Qué le ha dicho el señor Rivers?

—Nada.

Musité una disculpa.

—Bueno, me temo que él es el jefe. La veré por la mañana, señorita Kathryn.

Sonrió suavemente.

—¿Kathryn? Nadie me llama así. Para mis amigos soy Kate. Puede llamarme señorita Nolan.

Aquello me puso en mi sitio.

Al pasar junto a Thompson dijo.

—Buenas noches, señor Thomas.

Y eso le puso en su sitio a él.

La elegante figura desapareció por las escaleras. Thompson dio un respingo.

—Menudo conquistador de mujeres estás hecho —dijo en son de burla.

—¿Qué esperas que pueda pensar una muchacha cuando me ve acompañado por un vagabundo como tú? Hay una cosa que llaman culpabilidad por asociación, ya sabes.

—También hay una cosa que se llama la patada en el trasero. Y eso es lo que esa «llámeme señorita Nolan» acaba de darte.

Se oyó el ruido de un motor al arrancar en la oscuridad. Se produjo un destello repentino de luz y se oyeron los neumáticos chirriando sobre la grava. Después el sonido fue perdiéndose en la distancia.

—Será mejor que entremos en la casa.

Di una vuelta con él, explicándole la distribución de las habitaciones. Cerramos todas las ventanas y echamos la llave a todas las puertas exteriores. En la parte de arriba dejé dos luces encendidas para dar la impresión de que había gente por allí. Ahora ya estaba muy oscuro.

—Es mejor que vayamos a ver al señor Rivers para que te vea la cara. Si se encuentra con un extraño a medianoche puede darle un golpe con una palanca o algo parecido.

—Está bien.

Llamé a la puerta del estudio, y abrí. Rivers estaba firmemente plantado detrás del escritorio contemplando cómo nos aproximábamos.

—Pensé que debía conocer a mi socio Sam Thompson, señor Rivers. Creo que eso evitará cualquier malentendido que pudiera surgir durante la noche.

Rivers observó a mi tambaleante compañero y asintió.

—Buenas noches —dijo—. Espero que no me necesitarán para nada. Realmente tengo aquí mucho trabajo que hacer.

Señaló un montón de papeles.

—Trataremos de no molestarle —le prometí y añadí señalando las puertas dobles—. ¿Le importaría cerrar esas puertas cuando vaya a acostarse. No quisiera ponérselo demasiado fácil, si es que se le ocurre venir a hacernos una visita.

Rivers asintió con seriedad.

—Naturalmente, me encargaré de ello. Buenas noches.

Volvimos a encontrarnos fuera de la habitación.

—Es amable, ¿verdad?

—No es que seamos exactamente sus huéspedes —le recordé—. ¿Qué esperabas? Estamos aquí trabajando y eso es todo.

—No me importaría empezar a trabajar por la cocina. Algunas provisiones tenían un aspecto estupendo.

—Ve por delante. De momento no podemos hacer nada más que esperar. Voy a meterme en uno de los sacos y a echar una cabezada en el cuarto de estar, una o dos horas. Llámame a las dos de la mañana.

Desapareció en dirección a la cocina. Llevé mis mantas a un rincón del confortable y enorme salón. Hacía demasiado calor para taparse. Arrastré una otomana hasta donde podía verse el área pavimentada de la parte trasera de la casa y me tumbé, empleando los cojines como almohada.

Hay algunas personas que pueden dormir en cualquier sitio. Yo soy una de ellas.

9

Una parodia del rostro de Judith Harvey Rivers me miraba obscenamente desde el lienzo de casi tres metros. Frente a ella un hombre con un abrigo blanco corría arriba y abajo dando golpes febrilmente con un pincel de casi una cuarta. La sangre brotaba de los labios de la mujer, era la sangre de una carne viva que sujetaba en la mano extendida. Rivers gritó con voz ronca «¡No!, no está lo suficientemente bien hecho, tiene que estar bien hecho». Otro hombre le gritaba a él «¿Lo quiere bien hecho? ¿Qué le parece esto?» El lienzo se desgarró y un cuerpo salió proyectado a través de él. Era una masa hinchada y putrefacta que debió ser alguna vez una mujer. El pintor enfurecido se volvió, y en sus manos no había ningún pincel. Tenía una enorme jeringuilla. No tenía cara, sólo tiras de una carne ennegrecida enrolladas sobre su cráneo, sonriendo diabólicamente al tiempo que dirigía la aguja hacia mis ojos helados.

—¡Eh!

De repente, recuperé el uso de los brazos y los lancé contra él.

—Por Dios santo, Preston.

Fijé la mirada turbiamente. A un metro de mí estaba Larry Rivers sentado en el suelo frotándose un hombro.

—¡Qué!

Todos los demás se habían ido. El muchacho luchaba por levantarse empleando un lenguaje que no tenía derecho a conocer. Bajé los pies al suelo frotándome los ojos. Según mi reloj era la una y veinte de la madrugada.

—¿Qué ha pasado?

Sabía perfectamente lo que había pasado, pero estaba dándome tiempo para despertarme por completo.

—Lo que ha pasado es usted —dijo agriamente—. ¿Acostumbra a aporrear a todo el que le despierta?

—¿He hecho eso? Lo siento, de verdad. Pero estaba soñando algo terrible, alguien iba a matarme.

Su hermosa cara aún estaba malhumorada.

—Siga con esas costumbres —sugirió— y no tendrá problemas para encontrar voluntarios.

—Ya le he dicho que lo siento —le dije secamente—. No pretendía romperle las venas. Por cierto, ¿qué quiere?

—La puerta del estudio está cerrada. Estoy preocupado por el viejo.

Aún se notaba resentimiento en su voz, pero era evidente que estaba preocupado.

—¿Cerrada? Bueno probablemente es que no quiere que la gente ande fisgoneando lo que hace.

Larry movió la cabeza con impaciencia.

—No me entiende. No se ha ido a acostar. Tiene que estar en ese estudio y no contesta.

Esto me despejó por completo.

—¿Dónde está Thompson?

—¿Quién?

—Thompson. El hombre que trabaja conmigo.

Me dirigió una mirada de incomprensión.

—No sé nada de ningún hombre. No había nadie por ahí cuando llegué a casa. Bueno, ¿qué hacemos?

Me levanté, completamente despierto.

—Vamos.

El vestíbulo que había junto al estudio estaba a oscuras. Pulsé bruscamente el interruptor. Nada. La puerta no se abría. Golpeé con fuerza.

—Abra, señor Rivers. Soy yo, Preston.

Silencio.

—¿Hay otra llave? —pregunté.

—No, que yo sepa. Será mejor romperla.

—¿Romperla? —dije desdeñosamente—. Usted ve demasiadas películas de policías y ladrones. Estas viviendas no son baratas. Esta puerta es de madera maciza, y el marco igual. Si intenta romperla lo único que se romperá será el hombro.

—Eso ya me lo ha hecho usted —me soltó—. Bueno entonces ¿qué podemos hacer?

Sólo podía contestarle una cosa. Si actuaba con demasiada precipitación, Rivers podría decirme algo. Pero no tenía tiempo para discutir conmigo mismo.

—Póngase a un lado —le ordené.

Apenas le dio tiempo a abrir la boca cuando saqué mi treinta y ocho. Quité el seguro y apunté a la cerradura. El revólver sonó como un cañón en el vestíbulo cerrado. Esta vez el picaporte de oro saltó, y yo entré con gran ímpetu, con tanto ímpetu que casi le piso la cabeza a Rivers. Estaba tendido en el suelo, con una mano extendida hacia la puerta. Las luces estaban encendidas.

Me arrodillé junto al cuerpo y le palpé el corazón. Latía ligeramente por lo que supe que no estaba muerto. Todavía no. No tenía sangre en la espalda. Le incorporé buscando alguna herida frontal. No lo podía comprender.

—¿Está muerto?

La voz de Larry, que se hallaba junto a mí, estaba llena de

ansiedad. No sé si porque su padre estaba muerto, o por si estaba vivo. No podría decirlo.

—No —repuse brevemente—. ¿Tenía alguna lesión de corazón?

—No, que yo sepa.

—Necesitamos un médico. ¿Sabe a quién llamar?

—Sí.

—Llámele, no importa la hora que sea. Dígale que es cuestión de vida o muerte.

El joven sabía que no era momento para ponerse a discutir. Fue hacia el aparato de oro que había en el escritorio y lo cogió. Yo me quedé allí de pie, mirando al hombre que estaba tendido en la alfombra. No tenía sangre ni señal ninguna de violencia. En el color del rostro no se veían señales de haber sufrido ninguna convulsión. Mientras Larry esperaba a que cogieran el teléfono en el otro extremo, yo estaba dando vueltas por el despacho, sintiéndome inútil. Intenté abrir la puerta de cristales dobles, pero estaba cerrada. Pero allí había estado alguien más. Alguien que había cerrado la puerta del estudio desde fuera. Pero ¿quién? y ¿dónde estaba Thompson? Entonces me fijé en la jarra del agua. Aun sabiendo que sería seguramente una pérdida de tiempo, eché un poco en un vaso y la olí. Nada. Dejé el vaso sobre la mesa. Entonces cambié de opinión, lo volví a coger y di un sorbo. Sin tragar nada. Me enjuagué la boca con el agua. Ya iba a darme por vencido, sintiéndome bastante ridículo, cuando empezó a arderme un lado de la boca, después el otro y escupí el líquido. Larry había empezado a hablar con alguien. Me miró extrañado cuando escupí, y aún se extrañó más cuando le quité el teléfono.

—Doctor, es veneno. No sabe, ni huele, ¿qué hago? ¿Que quién soy yo? ¿Y eso qué demonios importa ahora? Me llamo Preston, y su paciente puede que esté muriéndose en este momento. ¿Qué hago? En la jarra de agua. Sí. Lo hice. Me quemó la boca. Está bien. ¿Llamo a una ambulancia o algo? ¿Va a venir? Ya, ya. No pierda el tiempo, doctor. Aquí no hay nadie cualificado para hacer frente a esto.

Colgué el teléfono.

—Larry, a su padre le han envenenado. El médico aún tardará unos veinte minutos en llegar aquí. Así que estamos los dos solos; tenemos que levantarle, hacerle devolver y conseguir que ande. ¿Comprende?

Larry era todo oídos. Había temido que se viniera abajo.

—Entendido. ¿Cómo podemos hacerle devolver?

—Con mostaza, vamos a buscarla lo primero.

Estábamos muy ocupados, demasiado ocupados para pensar en otra cosa que no fuera el inmediato trabajo físico que teníamos que hacer. Todo el que no haya tenido que poner de pie a una persona que mide un metro ochenta y ocho y está tumbado inconscientemente en

el suelo como un peso muerto, se ha perdido una experiencia interesante y bastante desagradable también.

Después de conseguir que devolviera, le sacamos de la casa medio a rastras para que respirara aire puro. Su respiración era muy lenta.

—¡Ande! —le grité—. ¡Camine perezoso bastardo, Rivers, camine!

Había leído en algún sitio que para penetrar en una mente inconsciente, es conveniente una mezcla de autoritarismo irritado con unos cuantos insultos, y yo no le privé a Rivers de ninguna de las dos cosas. Larry después de mirarme asombrado, debió de comprender lo que pretendía. Incluso se unió a mí, especialmente en cuanto a los insultos se refería. Alguna de las cosas que dijo me hicieron pensar si saldría por ahí de copas con los sargentos instructores del cuerpo de marina.

Aquello empezó a dar resultado, Rivers intentó primero mover una pierna, luego la otra. Yo me burlaba de sus esfuerzos en alto, lo suficientemente alto como para que se viera atacado en su hombría, y que esto le forzara a dar algún tipo de respuesta.

—Parece que da resultado.

La voz de su hijo no ocultaba que se sentía aliviado. Le guiñé un ojo. No se sentía más aliviado que yo.

—Sólo acaba de empezar —le contesté—. Que siga andando.

Aún estábamos con él cuando la luz de unos faros amarillos se proyectó sobre el césped, iluminando lo que hubiera parecido una extraña escena si el doctor no hubiera sabido de qué se trataba. Cerró la portezuela de un golpe y vino corriendo hacia nosotros.

—Buen trabajo —dijo una voz quebradiza—. Manténgalo derecho, mientras le pongo una inyección.

El médico se agachó, abrió su maletín negro enredando en su interior. Observé cómo le remangaba una manga de la camisa y le introducía una fina aguja.

—Usted debe de ser Preston. Mi nombre es Hoskins.

Tenía el acento típico de Nueva Inglaterra. Miré por primera vez a aquel siquiatra que apostaba en las carreras. Tenía una complexión normal, y el pelo moreno rizado sobre un rostro agraciado pero que en ese momento sólo expresaba preocupación.

—¿Cómo va? —pregunté.

—Menos mal que estaba usted aquí —musitó retirando la aguja —. ¡Oh Larry! no he querido ofenderte. Lo que he querido decir es que esto es un trabajo que requiere dos hombres. Nunca hubieras podido levantar a tu padre tú solo.

—Ya sé lo que quiere decir.

La voz de Larry era fría. Era evidente que no le gustaba el doctor Hoskins. Pensé si eso quería decir algo, pero decidí que siempre estaba

buscándole a todo una explicación siniestra. En la Constitución no se dice que todo el mundo tenga que querer a todos los demás.

A partir de ese momento, fuimos simples enfermeros. Hicimos todo lo que Hoskins nos indicó durante la media hora siguiente. Luego después de ese tiempo y ya ayudados por el propio paciente, conseguimos llevar a Rivers a la cama.

—Estaré por ahí abajo por si me necesita, doctor.

Murmuró algo sin mirar a su alrededor.

—Creo que me quedaré un rato por aquí —dijo Larry.

Asentí con la cabeza y salí de la habitación. Con toda aquella excitación y como lo que más prisa corría era mantener a Rivers vivo, no había podido buscar a Sam Thompson. Al principio pensé que se habría quedado dormido en su puesto, pero al ver que no había aparecido a pesar de todo el jaleo que se había organizado, empecé a pensar de una manera muy diferente.

Antes de nada busqué por la casa. No encontré a Thompson, pero descubrí otra cosa. La luz del estudio se proyectaba en el oscuro vestíbulo y hacía relucir algo. Era la llave de la puerta. Cualquiera que fuera el que la había cerrado había tirado la llave allí sin más. Probablemente se había visto interrumpido por la llegada de Larry. O tal vez habría sido el propio Larry. No, no creo. No, eso no tendría sentido. Lo que se intentaba era que Rivers no pudiera salir para recibir ningún tipo de ayuda exterior. Si Larry hubiera tenido esa intención no hubiera ido rápidamente a despertarme, ya que eso habría echado por tierra sus intenciones.

No había rastro de Sam por ningún sitio cercano a la casa. Aquello se estaba convirtiendo en un gran misterio, hasta que me acordé del Lincoln. Tal vez se habría ido hasta el coche y habría decidido echarse una pequeña siesta en el asiento trasero. Eso explicaría por qué no le había afectado todo el jaleo que se había producido en la casa. Nadie está de muy buen humor a las dos y media de la madrugada y yo no soy ninguna excepción. Cuando llegué hasta donde estaba aparcado el coche, no estaba dispuesto a recibir excusas.

Thompson no me ofreció ninguna. Estaba tirado sobre la hierba boca abajo, junto a la carretera. La forma en que estaba tirado de bruces demostraba que no había adoptado aquella postura por comodidad. Le puse la mano en la nuca y encontré que tenía un chichón del tamaño de un huevo. Me llevó unos dos minutos poder levantarlo.

—¿Qué te ha pasado, Sam?

Se sentó y se incorporó, echando maldiciones con gran soltura. En lo alto, la pálida luz de la luna se filtraba a través de las delicadas nubes que pasaban veloces proyectando en el suelo unas sombras que

aterrizaban, se alargaban y desaparecían. En un momento podías verlas, y al siguiente desaparecían. Cada roca, cada arbusto, se convertía en un objeto sospechoso, un posible escondrijo para cualquier calamidad no identificada. Yo no paraba de mirar a mi alrededor para evitar cualquier sorpresa desagradable. ¿De qué tipo?

—Sam.

—Ya te he oído, —gruñó—. Mi cabeza.

—¿Has visto quién lo hizo?

—No, debía de estar escondido detrás del coche. Simplemente no lo sé. En un momento dado yo estaba abriendo las puertas del coche y al siguiente sólo oía músicas celestiales.

—¿Crees que podrás andar?

Aquella noche ya había cubierto mi cupo de transportar gente. Cuando consiguió ponerse en pie, tambaleante, le conté lo del intento de asesinato de Rivers.

—¿Veneno? —repitió—. Parece que no pega. ¿Sabes lo que quiero decir? Estamos todos preparados para afrontar un asalto a base de cócteles Molotof, es decir, un ataque desde fuera intentando colarse en la casa. Pero, ¿veneno? ¿Una jarra de agua? Eso es algo que ya está dentro. Parece que no pega.

Esta idea también me estaba dando vueltas a mí en la cabeza. Volvimos a la casa en silencio. Sam pensaba en su cabeza dolorida y yo tenía otras cosas en que pensar. Cuando atravesamos la puerta que estaba abierta, Hoskins bajaba las escaleras hablando con Larry en voz baja.

—¿Cómo está el enfermo? —dije a modo de saludo.

—Ahora está dormido. Ustedes dos seguramente le han salvado la vida.

—Aquí le traigo otro paciente más, doctor, a mi amigo le han golpeado.

Para ser justos, el médico pequeñajo no protestó; fue hacia Thompson, se puso detrás de él y le palpó la cabeza cuidadosamente.

—Ahh —dijo Sam, o algo así.

—Tiene un buen chichón. Le han golpeado con mucha fuerza, señor...

—Thompson, Sam Thompson.

—Señor Thompson —Hoskins se puso a hurgar nuevamente en su maletín—. Humedezca este trozo de tela, échele de esto —«esto» era una botella pequeña— y frótese sobre esa zona. No le aliviará mucho, pero por lo menos podrá decir que ha recibido atención médica.

Sam sonrió tristemente, y se fue tambaleándose a hacer lo que le había dicho. Hoskins se volvió hacia Larry.

—¿Podríamos tomar un poco de café?

Era evidente que Larry estaba deseando hacer algo útil.

—Claro, voy a moler un poco. ¿Quiere usted también, señor Preston?

Al parecer ahora yo era el señor Preston.

—Está bien, de acuerdo —asentí.

—Vámonos, al estudio.

Fui caminando junto al doctor, ocupado con mis pensamientos. Uno de ellos y no el menor era cómo le había explicado Larry al médico mi presencia allí. Yo sabía muchas cosas de Hoskins, pero ¿cuánto sabía él de mí?

Una vez dentro del estudio, puso el maletín que servía para tantas cosas sobre el escritorio y se sentó en una silla. Yo hice lo mismo. Me miró estudiándome con una mirada profesional.

—Bueno, señor Preston, al parecer usted y yo tenemos mucho que hablar.

Mientras uno está esperando a ver con qué cartas va a jugar el adversario, resulta una buena idea montar un pequeño numerito intentando localizar los cigarrillos, seleccionando uno de ellos y poniéndose a echar mucho humo.

—Adelante, doctor, le escucho.

—Muy bien —juntó las puntas de los dedos tamborileando levemente—. Antes de nada, hablemos de la situación legal en este caso. El señor Rivers es mi paciente y yo tengo un deber para con él. Eso es lo primero y principal. Ya he cumplido con eso. Estoy satisfecho de haber hecho lo que he podido. Pero también tengo una deuda con la comunidad.

Parecía estar esperando a que le prestara mi colaboración, pero yo todavía no había oído lo suficiente.

—¿La comunidad? —repetí con cara de desconcierto.

—Claro, la comunidad. Estoy tan seguro como usted de que la ley ha sido transgredida aquí esta noche. Se ha contravenido abiertamente el código penal. Por muchas libertades que disfrutemos, no estamos autorizados a suicidarnos.

Ahora mi desconcierto fue auténtico.

—¿Suicidio?

10

Al parecer estaba poniendo a prueba su paciencia. Emitió una especie de chasquido con la boca, y se movió impaciente en la silla.

—Es evidente, ¿no? El estaba allí solo, a altas horas de la madrugada. Nadie le obligó a tomar ese veneno, fuera el que fuese. Las circunstancias son muy típicas: un hombre solo en su despacho pasada la media noche. Si usted no hubiera reaccionado de la forma en que lo hizo, él se habría salido con la suya. Veremos a ver si se lo agradece cuando se despierte. El punto en cuestión es si tengo que informar de esto o no. Por cierto, Barney Rivers es amigo mío.

Barney, reflexioné. Un hombre debía estar muy próximo al Bernard L. Rivers que yo había conocido antes, para poder llamarle Barney. Yo iba a tener que mantener una conversación con él. Cautelosamente.

—Doctor, creo que no está enterado de todos los hechos —empecé.

—Creo que sí —me interrumpió—. Por lo menos de todos los datos importantes. El hijo de Barney me contó con todo detalle lo que había pasado aquí.

Esto aclaraba las cosas. Larry no tenía por qué saber lo de la llave.

—Pero él no lo sabe todo. El creyó, al igual que yo lo hice, que la puerta estaba cerrada por dentro. Cuando descubrimos a su padre allí tirado, no era momento para fijarnos en detalles.

—¿Y? —se inclinó hacia adelante con interés.

—Cuando estaba buscando a mi compañero Thompson, después de haber llevado a Rivers a su habitación, encontré la llave de la puerta —señalé a través de la puerta abierta—. Estaba caída en el suelo del vestíbulo. Esa puerta estaba cerrada por fuera, doctor.

Estaba realmente hecho un lío.

—Pero eso quiere decir...

—Claro, quiere decir que usted y yo tenemos que hablar, como usted ha dicho. Pero no sobre el suicidio, doctor, lo que tenemos ante nosotros es un intento de asesinato.

—¡Dios mío!

Se inclinó y, cogiendo su maletín, se puso a rebuscar en su interior. Cuando sacó la mano sostenía una pequeña botella.

—Coñac —me dijo—. Lo llevo para cuando alguien se desmaya. Y para los casos de intento de asesinato. ¿Quiere un poco?

—¿Por qué no?

El coñac me produjo un reconfortante calor en mi interior. El doctor se tomó rápidamente un segundo trago, ofreciéndomelo esta

vez con cierta desgana. Yo lo rehusé.

—No lo entiendo —murmuró—,. Todos sabemos que este hombre no es un santo. Cualquiera puede perder los nervios con él, igual que con cualquier otro hombre. Con un revólver, o una navaja quizá, pero ¿con veneno?

Parecía que estaba esperando que yo le diera alguna explicación, pero no se me ocurría ninguna. Era una buena oportunidad para que me hablara de sí mismo. Lo que siempre era un buen sistema para que la gente se calmara.

—Le recuerdo que acaba de decir «o lo que fuera». Estaba hablando de venenos, ¿qué quiso decir con eso?

—Quise decir que no sé lo que era. No tenía olor ni color, y prácticamente era insípido hasta pasado un rato, cuando ya era demasiado tarde. Usted lo dijo, podía ser una de varias cosas. Yo analizaría una muestra del contenido de la jarra. Será relativamente fácil determinarlo. ¿Por qué lo dice?

—En cuanto sepamos lo que es, nos ayudará a identificar a quien lo puso allí.

Como explicación para mí era suficiente. Pero no para él.

—¿Cómo es eso?

Le miré de soslayo para asegurarme de que no me estaba tomando el pelo. A esas horas de la mañana no estaba yo para bromas.
.

—Por la posibilidad de acceso a ellos —contesté—. Al ser médico, estará tan acostumbrado a manejar venenos que para usted son algo habitual. Para el resto de nosotros, veneno es una palabra desagradable. Algo que hay que mantener en la parte más alta de la estantería para que los niños no se lo beban por equivocación. Los que podemos comprar, siempre tienen un color oscuro y se identifican claramente. Si yo voy a un farmacéutico y le pido una dosis letal de algún veneno que no tenga ni color ni sabor, para ayudar a mi pobre tía que está enferma del corazón, mandaría a buscar inmediatamente al vigilante nocturno.

Asintió, pero aún no estaba convencido.

—Sí, sí. Ya lo entiendo. Pero hay mucha gente que trabaja entre venenos, como algo habitual. Tiendas de pinturas y muchos otros sitios.

—Cierto —confirme—. Me ha comprendido perfectamente. Una vez que se haya identificado como la fórmula YZ o lo que sea, sabremos el tipo de sitio en donde podemos encontrarla. Es muy pequeño el número de personas que tienen acceso a esa jarra de agua. La conexión por tanto debe ser evidente.

—¡Ah! —sonrió—. Sí, eso es exactamente. Es usted un hombre interesante, señor Preston. Para empezar usted estaba aquí, en la casa,

de madrugada. Luego resulta que lleva un arma lo suficientemente potente como para volar una puerta cerrada con llave. Luego se muestra completamente sereno al manejar todo el asunto de Rivers, con la posible consecuencia de que él pudo salvar la vida. Ahora me suelta una conferencia sobre el empleo de los venenos en el campo de la criminología. Perdóneme si le parezco entrometido, pero su imagen no se adapta a la de alguien que sólo pasaba por aquí.

—¿Quiere usted decir que quién demonios soy?

Puso cara de súplica y se tomó lo que le quedaba de brandy. Después esperó.

—Soy un agente de seguridad. Estoy aquí para asesorar al señor Rivers sobre la seguridad de la casa.

—Ah, bueno, en cierto modo eso le proporciona cierta posición legal en la casa. Pero eso no me sirve de ayuda para el problema que tengo acerca de informar de lo que pasó aquí.

—¿Por qué no lo deja hasta mañana por la mañana? —le sugerí —. Al fin y al cabo realmente sólo están involucrados las personas de la familia. O al menos eso parece. Tanto si es una víctima como si no lo es, el señor Rivers tendrá muchas cosas que decir, si se despierta y se encuentra que toda su familia está sometida al tercer grado.

Se puso a considerar esto, mirando el vaso que estaba casi vacío.

—Más o menos lo que yo estaba pensando —convino conmigo—. Están Larry, Linda Lee. ¿Por cierto, dónde está Linda?

—En una fiesta. Probablemente traerán lo que queda de ella en cualquier momento.

—Esta chica lo que necesita es..., bueno, no importa. Así que están esos dos, luego Pedro y Ana, no podemos dejarlos fuera de esto. Y está también la señorita Dolan, la secretaria.

—Nolan —corregí.

—Nolan. ¿No es así? Está bien. Tenemos que enterarnos, lógicamente, si hubo algún visitante y creo que eso será todo.

—Usted nunca podrá ser policía, doctor.

—¿Qué?

Señalé mi propio pecho viril.

—Estoy yo también.

—Usted, bueno, sí, eso creo. Técnicamente, sí.

—Y Livvy —grité de repente.

Se estremeció en su silla durante una milésima de segundo. Eso fue suficiente para mí. Después dijo inquisitivamente.

—¿Livvy?

—No habrá podido olvidar tan pronto a nuestra querida Livvy — le dije en son de burla—. Olivia Jayne Hart. La ha tenido guardada con llave durante los últimos dos años. Se escapó hace sólo dos días. Va a tener que vigilar su memoria.

El vaso hizo un ruido cristalino cuando lo dejó sobre la mesa.

—Al parecer, tendré que volver a preguntarle quién es usted, señor Preston.

—Ya se lo he dicho, trabajo en cosas de seguridad. Livvy dijo que iba a quemar la casa. El señor Rivers decía que no creía que llegara a hacerlo. Yo estoy aquí para ver si puedo evitar que lo haga.

—Ya entiendo —se llevó la mano al nudo de la corbata que tenía deshecho—. No sé lo que Barney Rivers le habrá contado sobre esta joven, pero he de decirle que se trata de una personalidad muy trastornada. Está gravemente perturbada. No es responsable de sus actos. No puede tener nada que ver con este asunto del veneno.

—Yo también me inclino por esa posibilidad —le contesté—. Pero no podemos excluirla de este asunto. Por lo menos cuando hablemos con la Policía.

Se levantó de repente, y fue hacia un armario que había al otro lado de la habitación y abrió la puerta. La luz lanzó un destello repentino sobre la impresionante hilera de botellas que allí había. Cogió una de ellas, se la llevó hasta su silla y se echó cuatro dedos de un líquido que parecía whisky. Nadie me invitó a la fiesta. Entonces se llevó el vaso a los labios y se lo bebió de un trago como si fuera agua. Se quedó completamente quieto durante un momento. Luego movió la cabeza al tiempo que un violento temblor sacudía todo su cuerpo, empezando por la cara y siguiendo luego hacia abajo. El hombre que volvió a ocupar su sitio frente a mí, era ahora un hombre confiado y sonriente con ojos alegres y brillantes.

—Sí, sí, claro, la Policía. Bueno, como sabe nadie ganará nada si metemos a Olivia en esto. Estoy seguro que el señor Rivers estará de acuerdo. No querrá que las autoridades se dediquen a perseguir a esa pobre chica. ¿Por qué no esperamos simplemente hasta que podamos hablar con él?

Y así quedó el asunto, exactamente así. O por lo menos eso pensaba él. Sonreí entre dientes.

—Es usted muy divertido —le dije—. Cree que es así de fácil, ¿verdad? Cree que lo único que hay que hacer es largarle todo el problema a Rivers. Al fin y al cabo, este es su espectáculo y él es el productor y el que tiene el dinero. El nos da a cada uno un papel. Tu dirás esto y yo diré lo otro. Quiero decir que cree realmente que eso va a ser así, ¿verdad?

—Como usted lo dice no, claro que no. Pero tiene que tener en cuenta los deseos del señor Rivers.

Todavía no se había dado cuenta de lo que yo me proponía.

—Yo no le miento a la Policía. Ni por usted, ni por Rivers, ni por nadie. Si la Policía está metida en esto, lo estará hasta el fondo. Será

mejor que se acostumbre a esta idea, doctor, a menos que naturalmente...

Me callé para obtener el efecto que deseaba y lo obtuve.

—Bueno, siga —dijo con ansiedad—. ¿A menos que...?

—A menos que decidamos que es mejor dejar a todo el mundo fuera —concluí.

Eso le dejó cavilando.

—Parece que es usted un hombre de ideas contrapuestas —dijo quisquillosamente—. Una vez insiste en contárselo a la Policía y la vez siguiente no quiere decir nada en absoluto. Tal vez me lo explicará más tarde.

Para mí estaba todo muy claro. Así que de todas formas se lo expliqué.

—No me está prestando atención —le dije—. Cuando venga la Policía, no tengo ninguna intención de engañarlos. Pero no está entre mis deseos ir corriendo a llamarlos voluntariamente. Si uno se mete en algo tiene que meterse completamente, hasta el fondo, y si está fuera, quedarse completamente fuera. ¿Lo ve ahora más claro?

—No demasiado, pero tendré que conformarme por ahora. Entonces ¿quedamos en no hacer nada al respecto hasta mañana?

—A menos que quiera contarme muchas más cosas sobre la señorita Hart —le sugerí sin convicción..

Su sonrisa no tenía nada de alentadora.

—Tengo la intención de no decirle nada, hasta que el señor Rivers tome parte en la conversación. De hecho voy a dormir un poco durante el resto de la noche. Le sugiero que haga lo mismo.

—¿Va a irse a casa?

—No merece la pena. Me acomodaré en un sillón en la habitación de Rivers; podría necesitar algo. Nunca se puede estar seguro

Se fue y me dejó allí sentado.

Oí voces que venían de fuera, entonces Sam Thompson entró arrastrando los pies.

—¿Qué tal la cabeza?

—Como cualquier cabeza que haya sido aplastada por un tren. Terrible.

Sam es muy claro, se le ve venir. Cuando empieza a quejarse es cuando uno puede saber que todo va bien. En mi reloj faltaban dos minutos para las cuatro de la mañana.

—Son las cuatro —le dije—. ¿Crees que puedes aguantar el resto de la noche? Tengo que echarme un sueñecito. Mañana tengo mucho que hacer. Tú, si quieres, puedes dormir todo el día.

—Supongo —dijo de mala gana—. Por cierto, los chichones se cobran a parte. ¿No te lo había dicho?

—No seas memo. Vas a vivir. No te alejes mucho de esta

habitación, Sam. Puede que haya huellas en la jarra.

Le dejé allí sentado palpándose aún el chichón. Al pasar junto a la chimenea, miré hacia las cortinas negras de terciopelo. Tal vez podría decirle a Rivers que me dejara echar otro vistazo al retrato de Judith antes de terminar mi trabajo.

Oí el chirrido de los frenos de un coche que llegaba ante la casa, seguido del estruendo organizado por un impacto de metal y de cristales rotos. En tres zancadas llegué a la puerta y salí al porche, llevando el 38 duro y tranquilizador en la mano.

—¡Oh!, si es Dick Tracy. ¡Hola Dick Tracy! ¿Vienes a rescatar a esta pobrecita?

Un coche deportivo pequeño y potente estaba empotrado en los primeros peldaños de la escalera de piedra. Lynda Lee Rivers estaba apoyada en el coche, con la luna reverberando en el pelo rubio que enmarcaba su rostro. Llevaba un vestido rojo brillante, sin hombreras ni espalda y con muy poco más de lo restante. Me saludó moviendo su bolso de noche con gesto de reproche.

—Ni siquiera me ha preguntado si estaba herida.

Me sentí ridículo, de repente el revólver se convirtió en una carga para mí, lo guardé y le grité:

—¿Está herida?

—¡Ah!

Cerró la puerta del conductor de un golpe. Un trozo de cristal de un faro salió disparado y se estrelló rompiéndose contra la escalera. Lynda Lee se irguió cuidadosamente y empezó a subir con paso incierto los escalones, con el gesto huraño y atento de los que están un poco bebidos.

—No le importo nada, señor Tracy.

—Preston —le corregí.

Cuando estuvo a mi altura se paró y se dedicó a observarme con gran cuidado, incluso me pasó los dedos por la cara.

—Preston, ¿eh? Eres bastante atractivo.

—Y tú estás algo borracha —le dije con brutalidad—. Vete a la cama.

—Humm, fabuloso. ¿Vienes conmigo?

—Cuando dé de comer a los cerdos. ¡A la cama!

Dio un paso atrás y siguió observándome. Luego hizo una pirueta, o algo que empezó así. Se paró, y tuvo que hacer varios movimientos para enfocarme otra vez.

—Sólo tengo dieciocho años, ¿sabe? —me confesó—. Hay quien cree que parezco mayor. Mucho más mayor, ¿usted qué opina?

—Creo que tienes diecisiete años y que te comportas como una niña de diez años maleducada. ¡Vete!

Dio una pequeña patada, haciendo que temblara todo su cuerpo. Pude darme cuenta de por qué la gente decía que parecía mayor. Traté de imaginarme dónde había pasado la noche y con quién, si pensaban que era mucho más mayor, y la habían tratado como si lo fuera. Bueno, eso no era problema mío.

Hice un movimiento amenazante y ella saltó hacia atrás emitiendo un pequeño gemido.

—Está bien, me voy.

Entró en casa, atravesando la puerta al segundo intento. Me acerqué a ver los desperfectos del coche. No tenía nada que no pudiera arreglarse con dos días de trabajo y varios cientos de dólares. La luz de la luna era demasiado débil para que pudiera leer el nombre que ponía en el registro del coche. Saqué mi linterna y leí «N. Barrington». Así que la hija del rey del oro jugaba con el amiguito Nigel. Aquello no me gustó. Tampoco me gustó que él permitiera que ella viniera conduciendo en aquel estado, con aquella borrachera. Podía darse por satisfecho con que ella no se hubiera estrellado junto con el coche.

Thompson estaba delante de la casa, esperándome.

—Pensé que podrías necesitar mi ayuda —me dijo.

—Era sólo la Cenicienta intentando llegar a casa antes del amanecer —le expliqué.

—¡Ah, ah! —murmuró—. Estás pensando en Drácula, ¿eh? La Cenicienta tiene el turno anterior. De todas formas ha dejado la carroza hecha una pena. ¿Está bien la chica?

—Creo que sí, se ha ido a la cama. Te veré luego, Sam.

Le dejé contemplando los desperfectos y me interné en la oscuridad del vestíbulo. Aún podría aprovechar lo que quedaba de la noche. Me quité los zapatos a patadas y me acosté en el sofá, palpando para encontrar los cojines.

En su lugar encontré carne. Carne viva y calentita, sobre mí, a mi alrededor, retorciéndose y apretándose contra mí. Lynda Lee Rivers, estaba tan desnuda como el día en que nació, pero había crecido bastante desde entonces. Intenté quitármela de encima, pero el problema consistía en que allá donde ponía las manos había más partes de ella. Sus propias manos estaban por todas partes, palpándome y acercándome a ella. Los labios rojos se apretaban con fuerza sobre los míos, y sus piernas me tenían atrapado.

Cuando pude liberar la boca murmuré apresuradamente:

—Cariño, escucha, cariño.

Dejó de retorcerse un momento.

—¿Cariño? —repitió—. Bueno, algo es algo.

Al dejarme libre la boca empezó a morderme la oreja. Le acaricié la espalda para darle a conocer mis intenciones.

—Este sitio donde estamos está demasiado concurrido. De todas formas no soy muy bueno dentro de casa —susurré apresuradamente —. Me va mejor la hierba.

Me puso las manos a ambos lados de la cabeza y se incorporó para ponerse a mi altura, lo suficiente como para mirarme a la cara. Le bailaban los ojos.

—¿La hierba? ¿Necesitas hierba? Bueno, entonces ¿qué estamos haciendo aquí?

Nos levantamos juntos, y se apretó contra mí en un intenso abrazo. Estaba empezando a disfrutar de aquello. Lo cual quería decir que era el momento de moverse. La levanté en mis brazos, se echó a reír alborozada rodeándome el cuello con los brazos.

—Te va la hierba, ¿eh? —me repetía en el oído—. Imagínate, esto va a ser algo grande.

—Después de esta noche —le aseguré poniendo la voz ronca—, ya no será lo mismo cuando vuelva a pasar sobre la hierba.

Pasé por el camino empedrado para dirigirme al prado.

—Aquí vale, aquí mismo —dijo con ansia.

—No, tengo pensado el sitio exacto. Bésame y cierra los ojos.

Lo hizo y yo la besé con una mezcla de placer y de remordimiento. Dimos algunos pasos más y separé la cabeza.

—Aquí es querida. Hemos llegado.

No tuve que lanzarla muy lejos. Sólo a un metro o así para que no se golpeara con la escalerilla. Se estrelló contra el agua de la piscina como una marejada, de repente lanzó un grito de rabia que acabó con una estela de burbujas y empezó a toser.

—Asqueroso bastardo —balbuceó, tragando agua—. Voy a...

Me agaché y le empujé la cabeza para volver a hundirla en el agua. Cuando la dejé salir, estaba jadeando e intentaba respirar.

—Cuando salga de aquí...

Le di otro remojón. Esta vez ya casi no podía hablar. Intentó darme un puñetazo, pero el golpe no hubiera matado a un mosquito.

—Es la última vez —le aseguré—. Tenemos que dejar de vernos de esta manera.

Esta vez cuando salió del agua estaba demasiado agotada para gritar. En su lugar estaba llorando. Llorando como una niña pequeña.

—Ahora vas a envolverte en una toalla, y te vas a ir a la cama como una niña buena, y nadie va a volver a oírte en toda la noche. ¿De acuerdo?

Asintió, sollozando. Le di una de las enormes toallas de playa que había en una silla, y la sujetó para que saliera del agua. Sin palabras se arropó con ella y se fue hacia la casa.

Volví al sofá. La única carne que allí había era la mía. Me resultó menos cariñosa.

11

Algo me rozó la oreja. Me lo sacudí con dedos débiles, sin efecto. Volvió a rozarme.

—Café.

Abrí un ojo. La luz del sol me deslumbró, dañándome la pupila. Volví a intentarlo, haciéndome sombra con la mano.

Lynda Lee estaba sentada a unos metros de mí, observándome. Ahora ya no era Irma. Hoy representaba a Rebeca en la granja de Sunnybrook. Su hermoso pelo dorado y brillante estaba peinado hacia atrás y recogido en una cola de caballo. Su hermosa cara estaba aún más hermosa, pues la llevaba simplemente lavada. Vestía una blusa de corte austero, metida en unos pantalones vaqueros descoloridos. Estaba descalza. Me di cuenta de que tenía tanto sueño como yo, pero estaba lozana como una campesina. No hacía falta que nadie me dijera el aspecto que tenía yo.

Salía humo de la taza que tenía en la mano.

—Café —repitió.

Me incorporé hasta ponerme en una posición aceptable.

—¿Qué hora es?

—Beba esto, ahora se lo diré.

Lo cogí y me quemé los dedos, gruñí, agarré el asa, y me lo llevé a la boca. Era fuerte y estaba caliente.

—Está bueno.

Me miré el reloj, pensando por qué no lo habría hecho antes. Eran las siete y veinte.

—Quiero hablar con usted para agradecerle lo de anoche.

Es imposible tener aspecto de inocencia a esas horas de la mañana. Yo lo hice lo mejor que pude.

—¿Por qué? ¿Qué pasó anoche? —pregunté.

Unos ojos dulces y grises sostuvieron mi mirada.

—Sabe perfectamente bien lo que pasó. Me comporté como una cortesana de tercera categoría en una orgía del imperio romano. Usted optó por no seguirme la corriente. Gracias, Mark.

¿Estaba soñando? «Mark». Me puse a pensar en la conversación que habíamos sostenido anteriormente y no pude recordar que yo hubiera mencionado mi nombre.

—¿Mark? —quise desafiarla—. ¿De dónde se ha sacado eso?

—Me lo ha dicho el señor Thompson, hemos estado hablando en la cocina. Es muy simpático.

Hablando con cierta petulancia, le pregunté.

—¿Cómo es eso de que a él le llame señor Thompson, y a mí

Mark? ¿Qué hay de malo con señor Preston?

—Nada que yo sepa. Yo diría que está usted muy bien, es estupendo. Pero después de todo, nos hemos acostado juntos, nos hemos dado un baño a medianoche, y todo eso. Yo diría que llamarle señor resulta un poco serio, si tenemos en cuenta todas estas circunstancias. ¿No le parece?

Tenía una sonrisa contagiosa, incluso a aquella hora de la mañana. Sonreí ahogadamente mientras trataba de encontrar un cigarrillo. El paquete se había caído al suelo. Me puse a fumar y me sentí relajado; expulsando el humo, estuve contemplando aquel ser tan hermoso un buen rato, intentando establecer una relación entre ella y los acontecimientos de la noche anterior.

—¿Siempre se comporta de esa forma?

Bajó los ojos, y sus mejillas se colorearon ligeramente. La noche anterior sólo había sido peligrosa, de esta manera resultaba explosiva.

—No, no suelo hacerlo —tenía una voz dulce—. De hecho si usted hubiera reaccionado de otra forma, se hubiera encontrado con una sorpresa.

—Yo no he… es decir… Yo no.

—Está bien no hace falta que siga —le dije con amabilidad—. Que le sirva de lección porque esta vez he sido yo, pero la próxima no lo seré.

—Sí, no sé lo que me pasó. No acostumbro a beber, ¿sabe? Sólo bebo un vaso de vino de vez en cuando. Tal vez fuera por eso. Esa debió de ser la causa, ¿no cree?

«Ya estaba bien de confesiones», pensé. Puse la taza vacía en el suelo y le pregunté:

—¿Qué hay entre usted y Barrington?

Eso la hizo volver a la realidad.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

Hice un gesto como señalando al mundo exterior.

—He reconocido el coche —mentí.

—¡Cielos! sí. ¿Qué voy a hacer si mi padre también lo reconoce? No puede ver a Nigel.

—¡Oh! ¿y eso por qué? ¿Es que se pelearon?

Me respondió con un tono de amargura.

—Mi padre no puede ver a nadie que demuestre un poco de interés por su querida hija, perfecta y blanca como un lirio. Cree que todo el mundo anda detrás de su dinero. Estoy harta de él y de su maldito dinero.

—Debería quitarse las bolsas de dinero de los ojos y mirarla bien. El dinero no es lo que se le viene a uno a la mente.

—Usted es muy amable. Pero él es así. Y odia a Nigel más que a todos los demás.

—Todavía no me ha dicho por qué.

—A causa de Judith, era la segunda mujer de mi padre. ¿O ya lo sabía?

Judith ahora estaba ya completamente despierta. Esta muchacha podría ponerle vida al retrato del vestíbulo. Ella la había visto andar, la había visto reírse. Había hablado con ella. Intentando que mi voz pareciera normal, le pregunté:

—¿Cómo era ella?

—¿Judith? ¡Oh! era fabulosa. Yo nunca llegué a conocer a mi madre, ¿sabe? Murió en un accidente cuando yo era un bebé. En un incendio.

—Sí, lo sé. Fue algo terrible.

Lynda Lee hizo un gesto de asentimiento.

—Así fue. Pero la mayoría de la gente parece no comprender que si no has conocido a tu madre, no puedes notar el mismo sentimiento de pérdida. Esto parece que suena fatal, ¿verdad?

Recapacité antes de contestar.

—No, no lo creo. Creo que puedo entenderlo. Me parece que lo que quiere decirme es que no le sentó mal que viniera Judith a ocupar su puesto.

—¡Oh!, sí, lo ha comprendido —exclamó—. Sólo que a veces, me siento desleal, debido a esto. No, no me sentó mal. Todo lo contrario. Sólo pensaba en que iba a haber otra mujer en la casa, con la que podría hablar y confiar en ella. Y ella era todo lo que podía haber esperado una muchacha.

O un hombre, pensé. Especialmente un hombre.

—Me gustaría saber algo de ella.

Pero no le dije cuánto.

—¿De Judith? Era ardiente, estaba llena de vida, era muy divertida, se interesaba por todo, era una buena amiga. Podía desempeñar muchos personajes. El de gran actriz era uno de ellos. Judith sabía organizar una cena perfectamente, teniendo a todos los hombres pendientes de ella para encenderle el cigarro, o acercarle un cojín. Con los pobrecitos hombres actuaba un poco. Incluso a las demás mujeres no les importaba. En otras ocasiones era la perfecta ama de casa. Podía hacerlo todo, limpiar el polvo, sacar brillo, cocinar, cualquier cosa. Solía decir que una mujer que no supiera hacer las cosas de la casa sólo era una mujer a medias. A mí también me obligaba a hacerlo. Yo siempre había sido una inútil para las tareas domésticas. Pero ella era mi ejemplo, estaba allí. Si una mujer como Judith podía remangarse las mangas y hacerlo, yo también podría.

Se detuvo, seguramente para recobrar el aliento.

—El café estaba muy bueno. Generalmente suele ser una bebida horrible —dije.

La cola de caballo dio una especie de brinco cuando movió la cabeza.

—Únicamente hay que molestarse un poco. No tiene ningún truco. Judith me enseñó a hacerlo. Tiene que probar un día de estos uno de mis suflés.

—Lo estoy deseando. Debió de ser una mujer estupenda. ¿Qué cree usted que le pasó? Quiero decir eso de coger el barco y navegar de esa manera. ¿Era una persona muy impulsiva?

—Creo que sí lo era, por lo menos a veces. En los deportes al aire libre era grandiosa. Sabía nadar, navegar, montar a caballo, lo intentaba todo.

—¿Montar a caballo?

—Teníamos entonces unos cuantos. Esta zona es fenomenal para cabalgar, ¿sabe? Después de que... después de lo que pasó, mi padre se deshizo de ellos. Se deshizo de todas las cosas que le recordaban a ella.

—Es comprensible. Pero si no quería que se la recordaran, ¿por qué conservó el cuadro? Quiero decir de la forma que lo conserva, en esa posición preeminente, hace que todo el mundo la recuerde.

Levantó un pie y se puso a observarse los dedos.

—Tendría que conocerle bien para comprenderlo. A mí me tuvo desconcertada durante algún tiempo, hasta que lo comprendí. Parecía que no tenía sentido. Se había esforzado tanto en deshacerse de sus vestidos y de sus joyas. Hasta un vulgar pañuelo le sacaba de quicio, y sin embargo, como usted dice, ahí estaba el cuadro. ¿Le conoce usted mucho?

—No lo conozco muy bien. Exactamente le he visto hoy por primera vez, mejor dicho ayer.

Volvió a mover la cola de caballo.

—Es una persona muy metódica y a veces muy despegada. No puede resistir ver las cosas fuera de su sitio, o que estén desordenadas. Las cosas de la casa y las relativas a los negocios, incluso las cosas de la gente.

—No debe ser muy fácil convivir con él —le sugerí.

—¿Convivir con él? —dio un pequeño bufido—. Realmente no le conoce. Se puede vivir a su alrededor, junto a él, en la vecindad, si quiere. Pero con él, no.

Era un tema escabroso. Pero no pensaba abandonarlo.

—Sin embargo, Judith sabía manejarle.

—Supongo que así sería. Yo no era lo suficientemente mayor para observar su relación como hombre y mujer. Estaba demasiado ocupada en hacerme mayor, y mi propia vida me absorbía.

—Aún sigue sin explicarme su teoría de por qué cree que conserva el cuadro. Dijo que era muy metódico.

—¡Ah, bueno!, todo lo que puedo decirle es lo que yo imaginé. El retrato sólo se la recuerda cuando él quiere que así sea. La mayoría de las veces, sólo son unas cortinas en la pared. Nadie sabe cómo se maneja el panel de control. Por tanto, no existe ninguna posibilidad de que se la encuentre así de repente. Cuando él decide que es el momento de recordar, y sólo entonces, se pone delante del retrato y actúa como un ingeniero aeroespacial y se pone a mirarla. Luego vuelve a guardarla detrás de las persianas. Esto es como un lejano rincón de su mente y sólo lo abre para observarlo cuando lo necesita.

Ausente, despegado y también frío.

—Esa es una teoría un poco rastrera —le dije.

—No es sólo mía —me contestó poniéndose a la defensiva—. Larry está de acuerdo conmigo. En cierto modo la elaboramos entre los dos.

—¿En qué está Larry de acuerdo?

Ambos nos volvimos hacia la puerta. Larry estaba allí, rascándose la cabeza sin peinar y con un aspecto tan fresco como el de un huevo que llevase tres días frito. Supuse que habría estado toda la noche despierto, cuidando a su padre. A su frío y lejano padre.

—¿Qué es todo eso en lo que yo estoy de acuerdo?

Lynda repitió lo que había estado diciendo del cuadro de la pared. El la escuchaba pero me miraba a mí.

Cuando acabó de hablar dijo descuidadamente.

—¡Ah!, eso. Debe saber que mi hermanita pequeña y yo no nos ponemos de acuerdo muy a menudo, así que cuando lo estamos, es todo un acontecimiento. Tiene razón en lo que dice del viejo miserable y de su tesoro secreto. ¿Le ha dicho también que no lo mira nunca si hay alguien cerca? Yo mismo sólo lo he visto dos veces y vivo aquí. Hubo un tiempo en que intenté descifrar el manejo de ese invento electrónico para jugar con el cuadro como él lo hace. Pero nunca pude lograrlo. Mi materia gris no tiene inclinaciones científicas.

—¡Ah! —se burló su hermana—. Una vez hasta montaste todo un número cambiando una lámpara.

—Mi inteligencia es del tipo artístico —le dijo con orgullo—. No soy un mecánico. ¿Eso de la taza era café?

—En la cocina queda algo —dije—. ¿Está todavía dormido su padre?

—Mm, —murmuró—. Aquello de allí arriba es como el ruido de una película de guerra. Por un lado el viejo está roncando de tal forma que parece la artillería pesada. Y por el otro, el doctor Hoskins como una ametralladora ligera.

—¿El doctor Hoskins? —dijo Lynda con voz alarmada—. ¿Qué está haciendo aquí?

Larry me miró. Me di cuenta de que la muchacha no había tenido ocasión de enterarse de lo que había sucedido durante la noche.

—El doctor vino de visita —le dije—. Pero como se quedó hablando hasta muy tarde decidió pasar aquí la noche, en vez de volver a su casa.

El joven me dirigió una mirada aprobando lo que había dicho.

—Creo que voy a tomar un poco de ese café. ¿Quiere otra taza?

Señaló la taza vacía. Era un detalle. Estábamos del mismo lado.

—Está bien.

Cuando salió, Lynda sacudió la cabeza.

—No hacía falta que hiciera eso.

—¿Hacer el qué?

Mi sorpresa era auténtica.

—Encubrir al doctor de esa manera. Seguramente se emborracharía, ¿verdad? No estaría sereno para conducir, por eso tuvo que quedarse aquí. Juraría que mi padre se enfadó.

—¿Por qué tenía que enfadarse?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, yo diría que eso no tiene nada que ver con él. Eran muy buenos amigos, pero últimamente discuten con frecuencia por lo de la bebida. He oído como mi padre le gritaba un par de veces.

—Los amigos suelen preocuparse mutuamente de lo que les pasa —le recordé—. ¿Qué hay de malo en ello?

—¡Oh! nada, nada en absoluto. Mi padre se preocupa por la responsabilidad que tiene como médico. Responsabilidad por la vida de los demás, y ese tipo de cosas.

—Me parece muy lógico.

Fuimos interrumpidos por Larry. Llegó corriendo y se dirigió a un aparato de radio que había en un rincón, lo enchufó.

—«Hasta ahora ha sido imposible dar con el paradero del director, el doctor Franklin Hoskins. Si este doctor está escuchando este boletín de noticias le rogamos que se ponga en contacto con la Policía inmediatamente, en el cuartel general de Policía de Monkton City o en cualquier comisaría local.»

«Anoche en la apasionante final del campeonato estatal…»

La emisión se interrumpió, ambos nos quedamos mirando a Larry Rivers.

—El sanatorio se incendió anoche.

12

Lynda gimió:

—¡Oh, Dios mío, toda esa gente!

—Están bien, nena. El fuego empezó en algún lugar fuera de la casa. Sacaron a todo el mundo a tiempo. Sólo han encontrado un cuerpo, por lo menos eso dicen las noticias, pero nadie sabe de quién es. Dicen que tal vez será de algún vagabundo, que se metió allí para pasar la noche. Y a lo mejor fue él quien provocó el incendio con algún cigarrillo.

El muchacho había dicho «él». Por tanto no había sido el cuerpo de Olivia Jayne Hart el que habían encontrado. El día antes ella había amenazado a Rivers con provocar un incendio. El supuso, al igual que yo, que ella se refería a la casa de Rivers. Sólo que ambos nos habíamos equivocado. Ahora nos enfrentábamos con un caso de piromancia o algo peor. Teníamos también un cadáver, y esto lo convertía en un asesinato.

Un asesinato implica policías. Hombres rudos y despiertos, expertos en homicidios. No eran del tipo de gente fácil de engañar ni tampoco de las personas con las que uno debe enfrentarse estando medio dormido. Miré a los dos jóvenes.

—Voy a tener que pedirles que colaboren conmigo —les dije—. No me hagan muchas preguntas. ¡Solamente quiero que tengan en cuenta que estoy velando por los intereses de la familia. Larry vaya a despertar a su padre y a Hoskins y que se levanten. No se pongan a discutir. Dígales que la Policía estará aquí dentro de media hora.

—¿Media hora? —repitió confusamente—. ¿Cómo lo sabe?

—Porque dentro de quince minutos, a lo sumo, voy a llamarles.

Salió corriendo.

—Lynda, tomaremos el suflé en cualquier otro momento. Lo que necesitamos ahora mismo es desayunar. Bastante. ¿Puede encargarse de ello?

—Usted manda —se levantó rápidamente—. ¿Por qué va a llamar a la Policía?

—Un hombre ha muerto. Ya ha oído la radio. Fuera o no un mendigo, sigue siendo un hombre y está muerto. La Policía querrá hacer un montón de preguntas. El doctor Hoskins tiene que estar en condiciones de poder hablar con ellos. Su padre querrá ayudarle en lo que pueda, se lo aseguro.

Se mordió el labio.

—Sí, sí, ya lo veo. Me pondré a ello.

Me quedé solo, y me dirigí a las puertas del jardín. Apoyado en el

marco de la puerta me puse a contemplar el día. Mi mente era un conjunto confuso de retazos de información demasiado amorfos y desparramados como para merecer el nombre de pensamientos.

—Parece que hemos acudido al fuego que no era.

La voz de Thompson supuso una interrupción intempestiva. Yo necesitaba realmente unos minutos para encontrarme conmigo mismo.

—Eso parece —repuse en un tono que no tenía nada de amistoso.

Pero a Thompson no se lo quita uno de encima fácilmente.

—Además parece que nos enfrentamos con un enorme lío de crímenes, que no parece que tenga relación con esto.

Aquello me obligó a prestarle atención. Me volví para mirarle. El me observó imperturbable.

—Sigue.

—Bueno, aquí estamos tú y yo, preparados con nuestros pequeños extintores; sólo que aquí nadie necesita bomberos. Lo que hemos conseguido ha sido un intento de asesinato y un golpe en la cabeza. Es decir, a alguno de nosotros le han golpeado en la cabeza. Mientras tanto, en el sanatorio, el tipo ese anda jugando con sus cerillas. Crees que alguien ha intentado equivocarnos, ¿verdad, capitán?

Irritado di una especie de bufido.

—Ya no sé qué demonios pensar —admití—. Pero en una cosa tienes razón. Realmente estamos en el rincón equivocado de la ciudad.

—No necesariamente —objetó—. Si no hubiera usted estado jugando a las niñeras nuestro jefe tal vez estaría muerto y entonces a ver quién nos iba a pagar.

Aún podía forzar una pequeña sonrisa ante aquella salida.

—Tendrá que venir la Policía, Sam.

—Ya, ya lo sé. Me lo acaba de decir la muchacha. Digo una cosa, ¿es esta chica la misma que apareció a media noche dando tumbos?

—La misma —le confirmé—. Más o menos. Pero ella no importa ahora. Tenemos que hablar de qué clase de cuento le metemos a la Policía.

Como Sam llevaba demasiado tiempo sin dormir, pensaba con lentitud.

—¿Cuento? ¿Por qué necesitamos contarles un cuento? Nosotros no vamos por ahí incendiando casas. Nosotros no estamos mezclados en esto y probarlo no nos costará más de cinco minutos, si el tiempo está de nuestra parte. No lo entiendo.

Pude controlar mi impaciencia.

—Así es, pero esta vez se trata de policías de verdad. Sam, se meterán en todo. Vienen aquí a desempeñar un trabajo normal. Le harán un interrogatorio de rutina al doctor Hoskins que ha pasado la noche aquí, en casa de un amigo. ¿Y qué se encuentran? Dos tipos como nosotros. Querrán saber por qué. Qué estamos haciendo aquí.

¿Acaso hemos venido a hablar de nuestro último embarque con nuestro amigo el magnate? No me parece muy apropiado.

—Ya te voy entendiendo. Les diremos que estamos aquí para prevenir el fuego, que alguien intentaba hacer volar al magnate y todo lo demás. Esto les interesará mucho, es verdad. Tenemos que inventarnos un cuento.

Algunas personas tardan todavía más en comprender. En ese momento, volvió Larry y saludó a Sam.

—Tengo a los dos en la biblioteca —anunció—. Va a haber consejo de guerra antes de que llegue la Policía. ¿Les importa venir conmigo?

Salimos detrás de él, pasando bajo el cuadro de Judith, y aunque sabía que estaba bien guardado, no pude evitar lanzarle una mirada secreta, por si acaso. Me llegó de repente el olor a tocino frito que provenía de la dirección en que se hallaba la cocina, y el estómago me produjo un gruñido.

En el estudio, Rivers estaba de nuevo instalado detrás del escritorio. Estaba pálido pero guardaba la compostura mientras observaba cómo íbamos entrando. Hoskins estaba hundido en una silla a un lado. Estaba mucho más pálido, y tenía un aspecto fatal. De hecho, daba pena verlo. Gesticulaba, se retorcía las manos, hacía extraños movimientos con el cuello. Tenía el aspecto de alguien que acaba de salir de una borrachera.

—Entren señores. Ahora que estamos todos reunidos, podemos discutir la situación antes de que llegue la Policía.

—¿Estamos todos? —pregunté—. ¿Qué hay de su hija?

—No hay ninguna necesidad de meterla en esto —me dijo tranquilamente—. Sólo serviría para preocuparla y asustarla sin motivo.

Bueno, la verdad es que era su hija, a lo mejor tenía razón.

—¿Cómo se encuentra señor Rivers?

Apoyó los brazos en la mesa delante de él y me miró con los puños apretados.

—Bastante flojo, pero por lo demás estoy bien. Me han dicho que anoche me salvó la vida, señor Preston. Parece que no es lo más adecuado darle simplemente las gracias, pero eso es lo único que puedo decir.

Murmuré algo sobre que había hecho lo que debía.

—Para mí fue estupendo que estuviera aquí para hacerlo. Lo que hice fue una gran equivocación y tengo suerte de estar vivo.

—¿Una equivocación? —sabía lo absurdo que aquello parecía.

—Sí, acostumbro a limpiar los artículos de oro que hay en esta habitación personalmente. Es un trabajo especial. Si se deja a los

demás que lo hagan, lo único que hacen es arañar la superficie, y así en pocos años el oro que se tenía se convierte en la mitad de grueso. Por eso lo hago yo mismo. De alguna manera, el líquido especial con el que lo estaba haciendo cayó en el agua que iba a beber. No tengo excusa por semejante estupidez. Si Larry no hubiera sospechado y usted no hubiera hecho lo que hizo, hubiera pagado muy caro este error.

Error. El veneno estaba en la jarra del agua. Eso lo sabía yo. La puerta estaba cerrada. La llave estaba fuera al otro lado de la puerta, en el vestíbulo. También sabía yo eso. Así que Rivers había decidido correr un tupido velo sobre el asunto. No había habido intento de asesinato, y en ese caso no había que decirle nada a la Policía. No hacía falta inventarse historias falsas para explicar nuestra presencia allí, nada. ¿Por qué puede querer un hombre ocultar el hecho de que alguien haya intentado matarle? Yo también sabía la causa de esto último. Porque estaba convencido de que había sido Olivia. De alguna forma se había introducido en la casa y había echado aquello en la jarra. Aún insistía en encontrarla él a su manera. Suspiré profundamente.

—No puede salirse con la suya en este asunto —le dije llanamente —. Eso no fue un error, alguien le puso veneno, y los dos sabemos quién lo hizo.

—Señor Preston, sea lo que fuere lo que usted piensa, cualquiera que sea la teoría que se ha formado, le aseguro que eso es exactamente lo que pasó. El doctor Hoskins confirmará la evidencia necesaria para probar el hecho de que me bebí el líquido por accidente. ¿No es así, Frank?

Pero Hoskins no le prestaba atención. Estaba como ausente mirando al suelo, tragándoselo todo, con los puños apretados.

—Frank.

La voz de Rivers era seca y autoritaria. El hombre silencioso le miró con expresión vacía.

—Oh, sí —murmuró—. Estoy de acuerdo, Barney. Absolutamente.

Era seguro que no había oído nada de lo que Rivers le había dicho. Pero estaba claro que el famoso doctor hubiera estado de acuerdo con cualquier cosa.

Entonces Rivers dio un puñetazo en la mesa.

—Por el amor de Dios, hombre, tranquilízate. Vas a tener que responder a un montón de preguntas dentro de un rato. ¿Qué impresión crees que vas a causar? Espabílate.

—Necesita un trago, señor Rivers.

Era la primera vez que Sam había hablado. Rivers dirigió hacia él su mirada, y le miró irritado.

—¿Un trago? Por eso está en este estado. Necesita café y algo de

alimento, nada de porquerías.

Thompson no quería discutir. Me miró.

—Sam tiene razón —dije de acuerdo con él—. Usted también tiene razón señor Rivers, pero su remedio dará resultado a más largo plazo, semanas, tal vez meses. Ahora no tenemos ni siquiera horas para intentarlo. Es muy poco tiempo y Sam tiene razón. Este hombre necesita un trago fuerte. Déjeme que se lo demuestre.

Fui hacia donde tenía guardadas las bebidas alcohólicas, llené medio vaso de escocés puro y lo llevé hasta el hombre que estaba temblando. Como no me fiaba del temblor de sus manos, le llevé el vaso a los labios, lo sorbió ansiosamente, bebiéndoselo a grandes tragos. Había más de cuatro dedos en el vaso. En menos de diez segundos ya se lo había bebido. Hoskins sacudió la cabeza, sudando violentamente. Emitió algunos sonidos raros y se tapó la cara con las manos. Después de algunos segundos más, echó la cabeza hacia atrás, pasándose los dedos por el pelo.

—Lo siento Barney, no he podido contenerme.

Su voz era normal, controlada. El calor volvió a sus mejillas. Rivers me miró extrañado. Yo me encogí de hombros. El hombre del escritorio dijo:

—Hablando del accidente de la noche pasada, al señor Preston no le parece que haya sido tal accidente.

—¿Que no ha sido un accidente? —repitió Hoskins—. ¡Qué tontería! Te he advertido una docena de veces por tener ese potingue donde cualquiera podía cogerlo y bebérselo por accidente. Pero a ti no se te puede decir nada. Así que en cuanto el señor Preston me dijo por teléfono lo que pasaba, me di cuenta en seguida de que por fin había sucedido. Eres un hombre con suerte, Barney. No te lo mereces. Deberías hacerle un pequeño regalo al señor Preston como muestra de gratitud. Algo que no sea muy aparatoso, como el edificio de las Naciones Unidas, por ejemplo.

Emitió una risita por su pequeña broma. El buen médico que quita importancia a las cosas y se ríe de su forma genial de pasar sobre los demás mortales inferiores. Le hubiera podido estrangular.

—Y así será como se lo digamos a la Policía —dije sencillamente.

—¿Decírselo? Ño hace falta que nadie diga nada en absoluto, señor Preston —Rivers me dirigió una mirada fría—. Ha sido un pequeño accidente doméstico. Estoy seguro de que nuestra Policía tiene ya bastante trabajo para dedicarse a informar cada vez que un ciudadano se hace un corte en el cuarto de baño.

—¡Oh, por supuesto! —aseguró Hoskins—. Estos de la Policía son unos tipos que están muy ocupados. Yo los respeto muchísimo. No tenemos por qué entretenerles.

Me di cuenta de que estaba vencido. Si pensaban adoptar esa

línea de conducta, yo no tendría ningún porvenir llevándoles la contraria. Y tanto si me parecía bien como si no, Rivers era mi cliente.

—Entonces está bien. Debe tener más cuidado, señor Rivers.

Los ojos que me miraban demostraron su triunfo.

—Puede confiar en ello. Y ahora voy a pedirles a usted y a su socio que abandonen la casa durante unas horas. El doctor Hoskins se quedará aquí conmigo y la Policía vendrá a verle. Ya somos aquí bastantes para resolver cualquier situación que pueda presentarse. Sería una complicación innecesaria para ustedes tener que explicar su presencia aquí. Los policías son tremendamente inquisitivos y querrían saber quiénes son ustedes. Este asunto del fuego es muy enojoso. Y como es lógico el doctor tiene que hacer una declaración. Pero no veo ninguna razón para que tengamos que mezclar a la Policía en nuestros pequeños problemas domésticos.

¿Qué fue lo que había dicho Lynda Lee? Frío y ausente. O algo por el estilo. Así era en efecto. Sabiendo que me había tocado la parte más débil de la discusión, volví a insistir una vez más.

—Señor Rivers, el sanatorio ardió la noche pasada. La misma noche que Olivia le había prometido provocar un incendio y fue su propia prisión, perdón, hospital, lo que ardió. El lugar donde había estado confinada durante estos últimos años. Un sitio que ella no tenía ninguna razón para apreciar. No pretenderá decir seriamente que no fue ella quien lo hizo.

Aquello no le gustó.

—Yo no pretendo nada. Pero tampoco voy a sacar conclusiones. ¿Qué sé yo del fuego y de sus causas? Eso es un trabajo de profesionales. De investigadores, de oficiales de Policía. Estoy seguro que dedicarán sus mayores esfuerzos para descubrirlo.

—Usted podrá ayudarles —insistí—. Podría decirles que hay una mujer, cuyas facultades mentales están perturbadas, que se ha escapado de allí y le amenazó con organizar un incendio. No creerá de verdad eso que dice de que no fue ella quien lo hizo.

Fue Hoskins quien me respondió.

—No hay duda de ello. Y siento que la describa como una loca. Parece que se la imagina con los ojos extraviados, como si fuera una bruja chillona, una especie de hechicera medieval con una inclinación malsana a la piromanía. Olivia no es así en absoluto. Es una persona de lo más encantadora e inteligente, la mayoría del tierno. Una persona que se preocupa mucho por los demás. Es cierto, no obstante, que su personalidad está perturbada y por eso es mi paciente. Pero el mero hecho de causar daño y sufrimiento a los demás, y me estoy refiriendo a los demás pacientes, por no mencionar al personal de la clínica, sería algo absolutamente repugnante para ella. Incluso en sus

peores momentos. Es completamente inaceptable. Sea quien fuere el causante de este desastre, desde luego no fue obra suya. Eso está fuera de duda.

La convicción con la que habló no estaba producida por el alcohol. Tampoco se trataba de apoyar a su jefe. Estaba escuchando el veredicto de un hombre lo suficientemente cualificado como para saberlo. Aún estaba hablando cuando Rivers volvió al ataque, para sacarle partido en beneficio propio.

—La situación no ha cambiado desde que usted y yo hablamos por primera vez. Se trata de un asunto personal entre la señorita Hart y yo. Es mi casa la que está amenazada, y como un resultado posible de ello, la gente que aquí vivimos. Este otro asunto es algo lamentable pero no tiene ninguna relación con esto. No más que pueda tenerlo un choque de trenes o cualquier otro desastre. Lo único que pasa es que éste ha tenido lugar demasiado cerca de aquí. Ayer dejé bien claro que la Policía no debía ser mezclada en esto. Nada ha cambiado.

Sabía que iba a tener que aceptarlo. De momento, me dije a mí mismo. Cualquier cosa que Olivia hubiera hecho o dejado de hacer en el sanatorio, lo había hecho solamente debido a su relación con Rivers. No iba a prender toda la ciudad. Su próxima parada podía ser esta casa. Si le decía a la Policía lo que sospechaba vigilarían la casa y la cogerían, les haría un favor y yo sería José el Bueno. Pero no me habían contratado para eso. Me habían contratado para hacer lo que Rivers quisiera y si no lo hacía, no comía. Yo podía detener a esa joven igual de bien que los hombres de la Ley, y al mismo tiempo haría lo que me habían pagado por hacer.

Rivers observaba la lucha que mantenía conmigo mismo.

—Está bien, será mejor que nos vayamos. Llamaré dentro de unas horas para comprobar si puedo volver ya —dije.

Se rió con aquella fina sonrisa, tan particular. Me reuní con Thompson y salimos seguidos de Larry.

—Llévate los trastos en tu coche, Sam. Quiero hablar un poco con Larry.

Se alejó arrastrando los pies. El muchacho caminaba a mi lado, esperando.

—Al parecer anoche nos equivocamos —empecé.

Sacudió la cabeza con auténtico desconcierto.

—Eso creo —acordó conmigo—. Estuve bastante preocupado en aquel momento. Tal vez saqué una conclusión equivocada.

—¿Eso cree?

—No lo sé —confesó—. Pero, demonios, el viejo debe saber lo que pasó. Después de todo él fue el que casi se muere, y también hay algo más.

Le miré intensamente.

—¿Algo más?

—Seguro, es evidente. ¿Quién podía querer hacerlo? Quiero decir que este lugar no será la estación de Monkton, pero tampoco está completamente desierto. Los extraños no pueden entrar y salir sin ser vistos y esto sólo nos deja a las personas que no son extrañas, ¿no es así? Las personas que ya estaban aquí.

Yo no estaba completamente de acuerdo en que los extraños no pudieran entrar o salir sin ser vistos. Era difícil pero no imposible. Pero no tenía ganas de discutir.

—Está bien, hablemos acerca de esas personas. Están usted y su hermana.

—No culpables —sonrió.

—¿Los criados?

—El viejo Pedro y Ana sólo son una pareja de viejos muy agradables. Quiero decir que está perdiendo el tiempo con esto.

Esto sólo dejaba una posibilidad.

—La señorita Nolan, ¿entonces?

—¡Oh, venga hombre! Eso sería ridículo, ¿verdad?

—Ridículo, ¿por qué?

—Porque si Kate fuera a matar al viejo tendría el suficiente sentido común como para esperar hasta que hubiera heredado su dinero.

—¿El dinero? —repetí sin llegar a entender.

Dejó de andar y me miró a la cara.

—No sabe de lo que estoy hablando, ¿verdad?

—Será mejor que me lo diga —le sugerí.

—Es sobre Kate y el viejo. Van a casarse dentro de dos meses.

Bueno, bueno. En este mundo no acaba uno nunca de aprender.

—No, no lo sabía —admití.

—Esto lo explica todo. Así que como verá, no es el momento adecuado para que nuestra Kate se cargue al novio.

—Supongo que no.

Había algo en su forma de decir «Nuestra Kate» que me sugirió otra pregunta.

—¿Qué opinan de eso Lynda y usted?

—Ya nos hemos hecho a la idea. Al principio nos molestó, en cierto modo. Pensábamos que era desleal con Judith. Pero cuando uno se sienta y piensa en ello, se puede comprender su punto de vista. Quiero decir que nosotros podemos pensar que tiene cientos de años, pero no es así. Tiene cuarenta y seis. Probablemente vivirá aún otros treinta años o quizá más. Es un montón de tiempo para esperar que un hombre se quede sentado en casa, tratando de ser leal.

Esa era una reflexión que yo no hubiera esperado viniendo de una persona de su edad. Mi opinión sobre él subió varios puntos.

—Supongo que usted quería a Judith.

—¡Ah! —suspiró y comenzó a andar de nuevo—. Era de lo mejor. No me importa decírselo, señor Preston. Yo mismo estuve enamorado de ella. Cosas de chiquillo. Entonces sólo tenía dieciocho años, pero hubiera hecho cualquier cosa por ella.

—¿Dieciocho? —pregunté. Estaba intentando adaptar mi escala de tiempo.

—Cuando la conocí por primera vez, quiero decir. Yo tenía veinte años cuando... cuando pasó todo. Durante una temporada estuve como loco. Ahora ha pasado mucho tiempo. Es algo pasado. Ahora vamos a tener a Kate. Y no me interprete mal. Kate está muy bien. Pero no es Judith, simplemente.

Fuera de la casa, Thompson me hacía señas.

—Será mejor que nos vayamos —dije—. Volveré dentro de unas horas. Luego le veré.

—Tal vez. Puede que hoy éste fuera algún tiempo.

—Bueno, lo veré en otro momento.

El sol de la mañana estaba haciéndose más fuerte cuando volví conduciendo a la ciudad.

13

Volví a Parkside a arreglarme un poco. Frank, el vigilante de día, me miró al pasar y me dijo:

—Buenos días, señor Preston.

Puso demasiado énfasis al decir «buenos» y había algo detrás de su amplia sonrisa de lo que no quise ocuparme. Cuando llegué al apartamento me miré en el espejo y pude comprender por qué lo había dicho. Parecía un marinero después de una escala de veinticuatro horas en un puerto cualquiera.

Al cabo de treinta minutos había mejorado bastante, no tanto como me hubiera gustado, pero por lo menos esperaba no atraer más miradas burlonas.

Cogí el teléfono, marqué un número y estuve escuchando, brr-brr-brr, durante algún tiempo, hasta que una voz dijo:

—Aquí el *Monkton City Globe*, buenos días.

—Con el redactor de ecos de sociedad, señorita Blair.

Escuché más ruidos y luego una voz fría.

—Soy la señorita Blair, ¿con quién hablo, por favor?

Me alegré de estar bien arreglado, lo cual es algo ridículo si se tiene en cuenta que estábamos hablando por teléfono.

—Soy Mark Preston. Buenos días, Mike.

El problema del teléfono es que no se pueden observar las reacciones de los rostros. Esta vez la reacción de su voz fue impersonal.

—Ah, hola. Espero que dejara los archivos en su sitio.

—Recogidos y ordenados —le aseguré—. Creo que debo devolverle el favor. ¿Dijo la verdad ayer, cuando me contó que era una lectora asidua de la sección de sucesos?

—Desde luego —por el tono de voz comprendí que sentía curiosidad—. ¿Por qué?

—Va a haber una boda. Bernard L. Rivers el marido de la mujer que murió en el accidente va a volver a casarse con una tal señorita Kathryn Nolan, su secretaria, ¿lo sabía?

—No; es una información que merece la pena, gracias Mark. Pero no veo aún qué relación puede tener.

—¿Supongo que le gustaría hacerle una entrevista a la novia? Hablar de la ropa, de sus planes para la luna de miel y cosas de ese estilo?

—Sí, ¿y?…

—Hágalo ahora en este mismo momento. Vaya a casa de Rivers, y llévese un fotógrafo. Como por casualidad, va a encontrarse con una

historia completamente diferente. Será una noticia de primera página y además en exclusiva. Especialmente exclusiva. Pero tiene que ser ahora mismo.

—¿No estará intentando llevar a una chica por el mal camino? —dijo vacilante.

—Aprovecharé cualquier oportunidad que se me presente para hacerlo. Pero no ahora. El periódico probablemente la nombrará Persona Importante. Lo único que tiene que hacer es no perder tiempo. Y hay otra cosa más.

—Le escucho.

—Olvide lo que le he dicho. Usted está en esto porque es algo relacionado con la moda. Ha sido pura coincidencia el que usted pasara por allí. A mí ni siquiera me conoce. ¿Es un trato?

Hizo un ruidito agradable.

—No del todo. Si esto resulta ser lo que empieza a parecer, estaré en deuda con usted. Y soy una muchacha que paga sus deudas. *Ciao*.

—Buena suerte.

No me dejó tiempo para pedirle más detalles sobre la situación de esa deuda. Podía hacer pues lo que quisiera y me gustaba lo que iba a hacer con ella.

Me di una vuelta por la oficina. Florence Digby debió sorprenderse al verme, pero no dio señales de ello.

—Tiene el correo sobre la mesa, señor Preston. No hay nada que no pueda esperar.

—Gracias. ¿Ha habido alguna llamada?

Sacó su cuaderno y empezó a leérmelas. Eran las llamadas de rutina que se habían producido mientras yo estaba fuera. Florence era una experta en seleccionar las noticias y yo no podía tener quejas al respecto.

—Y hay otra más. Señor Preston, puede llamar al señor Joshua Holland cuando lo crea conveniente.

La manera de decírmelo me indicó que para Florence el señor Holland estaba muy bien, que era del tipo de los que preferiría que tratásemos en la oficina y no de las clases sociales que normalmente encontramos. La señorita Digby trata de darle al lugar una cierta dignidad, y aunque el crimen es mi profesión, ella prefiere que sea cometido en niveles sociales selectos. Si siguiéramos sus gustos, el cadáver estaría siempre en la biblioteca.

—Le llamaré dentro de unos pocos minutos. ¿Hay algún periódico por aquí?

—Sí, muchos. —Me hizo un escueto resumen—. Supongo que ya se habrá enterado de que la clínica privada del doctor Hoskins se ha incendiado esta noche.

—Lo he oído en la radio —le confirmé.

—Es muy extraño que haya sucedido a las pocas horas de que hiciéramos averiguaciones acerca del doctor.

—Es realmente extraño —dije, de acuerdo con ella—. Pero no me mire, no sé más sobre ello de lo que usted pueda saber.

Me fui a mi despacho y cerré la puerta. Ella me había dicho que no hacía falta que leyera el correo y yo no necesito que me animen a no hacerlo. Los periódicos ya eran otro tema. Me senté a leerlos, buscando cualquier mínima referencia del incendio. No había nada importante, sólo mucho periodismo imaginativo, elaborado a partir de un escueto núcleo de información que no me añadió nada que yo ya no supiera. Hice una lista de las personas que habían estado de servicio en ese momento, a las dos de la madrugada. El incendio se había originado en el edificio de la administración, que estaba separado del edificio de los médicos y del perteneciente a los residentes. No habían identificado al hombre que encontraron muerto, pero parecía casi seguro que era algún infortunado vagabundo que se había metido allí para cobijarse durante la noche. Me entretuve pensando que tal vez había sido el mismo Hoskins el que había prendido fuego al lugar. El negocio iba mal, igual que el propio médico. Habría sido una gran tentación cobrar el dinero del seguro y terminar con aquello. La verdad es que no me había dado la impresión de que fuera un pirómano, pero esta idea no resulta muy profesional. ¿Qué quería decir, eso de parecer un pirómano? Es igual que si decimos de un tipo que parece un asesino. Cualquiera que tenga la fuerza suficiente para apretar un gatillo puede parecer un asesino. Del mismo modo cualquiera que pueda encender una cerilla puede provocar un incendio. Los niños lo hacen todos los días.

Desvié los ojos a la sección de las carreras y me di cuenta de que ya había terminado de leer. Con pena, dejé los periódicos a un lado y llamé a Holland por teléfono.

—¿Josh?, soy Preston —le anuncié—. ¿Qué hay?

—¡Ah, hola! He tenido una curiosa conversación telefónica sobre ti. Espero haber hecho bien.

—Tendría que haberla oído para poder decírtelo.

—Naturalmente. Bueno, tú tenías mucho interés en obtener una copia del retrato de Westley. Me han dicho que existe una.

Abrí los ojos enormemente.

—Esas son unas noticias estupendas. ¿Podrías conseguirla para mí?

Su voz se volvió más cauta.

—Déjame que te cuente lo que pasó. ¿Te acuerdas de aquel tipejo llamado Phil?

¿Tipejo? Entonces resulta que era un tío.

—No estaba seguro si era hombre o mujer.

—Ese mismo. Es un chismoso tremendo, como pudiste darte cuenta. No le importa escuchar las conversaciones de los demás.

—Y…

—Te oyó que le preguntabas a Nigel Barrington sobre el retrato de Judith Rivers. Nigel negó que hubiera ninguna copia. Pero Phil dice que hay una. Que él la ha visto. Subió una vez al apartamento de Nigel. Este había dejado la puerta abierta, lo cual no es corriente, y vio a Nigel sentado allí, contemplando el retrato de una mujer. Por su descripción, debe ser esa. En caso contrario estás tras la pista de un Westley inédito, con lo que ya tendrías garantizado un sitio en la futura historia del arte.

—¿Un Westley inédito? —repetí—. ¿Es eso posible?

Rió brevemente.

—Siempre es posible. Pero este tipo de rumores no empiezan a circular hasta que el pintor lleva muerto unos cincuenta años. Personalmente lo dudo mucho. No estamos refiriéndonos a ninguna figura romántica que haya muerto allá en Europa, solo en una buhardilla, hace trescientos años. Este es Westley, un hombre de la segunda mitad del siglo veinte, plenamente documentado. Hubiera tenido problemas hasta para comprar un cepillo de dientes sin ser reconocido, o sea que como para que hubiera pintado un retrato desconocido en secreto. Yo no apostaría todo mi dinero. Creo que se trata de una copia. Me pareció que debería hacértelo saber.

—Tienes razón, gracias.

—Tuve que prometerle al joven veinte dólares.

—Yo se los daré. ¿Hay algo más que yo deba saber?

Charlamos durante unos minutos más y luego colgué. ¡Una copia del retrato de Rivers! Tenía que verla, tocarla. Y, a menos que alguien se propusiera evitarlo, estaba decidido a que fuera mía. Así que Barrington me lo había ocultado. Esto no me sorprendió. Es algo que la gente hace continuamente. Pero lo que me extrañaba era el porqué. Todo lo que tenía que haber hecho era decirme que tenía una copia pero que no estaba en venta. Aquello me habría parado los pies. De esta forma, lo complicaba todo más.

Le dije a Florence que estaría con Rivers Bendo dentro de pocas horas, y me fui del despacho.

En *El lienzo roto*, estaban reunidos los pichoncitos variopintos para celebrar su gorgojeo matutino. El pequeño Phil no estaba a la vista. Estaría probablemente por ahí, gastándose los veinte dólares, mis veinte dólares, antes de que los otros tipos se enterasen de que los tenía.

Nigel estaba apoyado en el mostrador, hablando en voz baja con un tipo rechoncho que llevaba una cola de caballo. Junto a él había

un vaso alto que tenía dos dedos de líquido en el fondo, y todo lo demás casi lleno de una cosecha de frutos. A lo mejor a eso es a lo que algunos se refieren cuando dicen que se toman una copa para comer.

Si le agradó verme, lo disimuló muy bien.

—Hola —su voz sonó aburrida y desinteresada.

—¿Qué hay? ¿Puede dedicarme unos minutos?

—Es una hora muy mala —objetó.

Yo asentí.

—Ya lo veo. Estoy seguro de que no le privaré de la compañía de sus encantadores amigos por mucho tiempo.

Se encogió de hombros ligeramente fastidiado.

—Échale un ojo a las cosas, querido Adrián. Asegúrate de que pueden pagar antes de servirles ninguna bebida. Especialmente con los que están en el banco del rincón. Quiero decir que son de los que no tienen ni un centavo, son muy aburridos.

«Adrián querido» asintió y casi mete la cola de caballo en un vaso lleno de un líquido verde. Nigel salió de detrás del mostrador.

—¿Y bien?

—Arriba estaremos mejor.

Hizo un ruido que parecía un cloqueo de contrariedad y empezó a subir. Sin embargo, a pesar de que estaba claramente contrariado, parecía que tenía otra cosa en la mente. No sé si yo me lo estaría inventando, o que simplemente me lo hacía suponer aquel ligero encorvamiento de sus hombros.

Una vez arriba, me condujo a la habitación donde habíamos estado el día anterior y cerró la puerta. Era evidente que aquel hombre se encontraba bajo el efecto de algún tipo de presión y su rostro lo demostraba. La última vez que le había visto me pareció que debía tener unos veinticinco años, pero ahora veía claramente que me había equivocado, estaba más cerca de los treinta. El retrato de Westley se interpuso entre nosotros mientras estábamos allí de pie, mirándonos el uno al otro. Me ponía nervioso el darme cuenta de que no movería un dedo aunque empezáramos a despedazarnos.

—Dijo que iba a ser breve, espero que cumpla su palabra.

Señalé el cuadro con un dedo.

—Debía habérselo preguntado antes. ¿Ese cuadro es un autorretrato o lo hizo usted?

No esperaba aquella pregunta, pero no le molestó e incluso esbozó una media sonrisa.

—Es una pregunta muy halagadora. De hecho lo pinté yo, y estoy verdaderamente orgulloso de ello. Incluso ha habido algunos expertos que han pensado que era obra de Douglas.

—¿Le importa que lo mire más de cerca?

Sin esperar a que me contestara me levanté y me puse a mirar el

lienzo. Pero lo que estaba observando eran los bordes. Quité el cuadro de la pared y me volví.

—Eh, oiga, espere un...

—La luz del día seguramente le dará un aspecto distinto a la cara.

Puse el cuadro sobre la mesa, donde el sol entraba a raudales, iluminándola. Seguramente Barrington debía pensar que yo estaba loco. Yo deseaba que se equivocara. Tomando aliento profundamente pasé los dedos por debajo del marco tallado y haciendo presión. El marco empezó a ceder.

—¡Quieto!

Se abalanzó hacia mí, y me puso una mano en el brazo.

—¿Qué está haciendo, por Dios? Va a rasgar el cuadro. ¿Está usted loco?

Quité las manos y me aparté.

—Eso era lo que me preocupaba. No sabía exactamente cómo estaba sujeto, podía haber roto el lienzo y no quiero hacer eso.

—¿Y ahora qué?

—Pero sí se puede levantar, Nigel. Usted sabe cómo hay que hacerlo. Tal vez será mejor que lo haga usted o ¿debo seguir yo?

Crucé los dedos rezando para que lo que me había dicho Josh Holland fuera cierto.

Iba a protestar, pero vio que yo no estaba dispuesto a discutir. Con desgana pasó los dedos por los lados del cuadro, haciéndolos correr arriba y abajo con mano experta, ejerciendo presión. El trocito que yo había conseguido desprender se hizo aún mayor. Me dirigió una última mirada.

—Tiene que desprenderse.

Me sentía excitado en ese momento. El rostro de Douglas Westley quedó separado, sin romperse, del marco de un centímetro de grosor al que estaba sujeto. Debajo apareció otra pintura. Era el retrato de una mujer con el sol reflejándose en su radiante pelo rubio.

14

Volví a contemplar la cara de Judith, hipnotizado, de la misma forma que lo había estado la última vez, cuando me miró desde la altura de su fortaleza en Rivers Bend. Entonces me di cuenta de que había estado equivocado. Desde esta nueva perspectiva, su expresión parecía diferente. Más astuta. No era igual que como yo la recordaba. Deseé que la pintura estuviera colgada en la pared, de forma que lo que parecía una nueva expresión se suavizara otra vez con el juego de las sombras de la habitación.

—Así que lo sabe.

Nigel aún sostenía el otro lienzo. Durante algunos segundos me había olvidado incluso de que él estaba allí. Su rostro era una extraña mezcla de desafío, resignación, tristeza y quién sabe qué más cosas. Me parecía que estaba haciendo un mundo del hecho de haber sido descubierto en una pequeña mentira. Al fin y al cabo, si no me había querido decir que tenía una copia del retrato de Judith no había ninguna ley que le obligara a ello.

Le ignoré y volví a observar el rostro, lamentando de nuevo el hecho de estar viéndola desde un ángulo distinto.

—¿Cómo lo descubrió?

Había tensión en su voz, y era evidente que se estaba poniendo nervioso. Achaqué lo que le pasaba a su temperamento artístico.

—¡Importa mucho? —repuse.

Con temperamento o no, depositó cuidadosamente el cuadro de Westley en una posición segura. Después se dejó caer en una silla con el rostro ceniciento.

—¿Importar? —repitió—. No, supongo que no. Realmente no. En cierto modo, creo que es una especie de descanso el que ya haya terminado todo.

Si quería contarme un cuento acerca de la reproducción, yo estaba más que dispuesto a escucharle. Hubiera oído a todo aquel que quisiera hablarme sobre Judith Harvey Rivers. Así que me senté frente a él y me puse un cigarrillo en los labios.

—¿Quiere contármelo desde su punto de vista particular?

Se encogió de hombros con desesperación.

—¿Qué puede importar mi punto de vista?

—Bueno, supongo que debe tener alguno.

Ya me estaba enfadando con tantas evasivas por un asunto tan sencillo.

—Sí, tiene razón. Es mejor que tenga alguno. Si se lo dejo a la imaginación calenturienta de ese frío bastardo me veré envuelto en

una lucha a muerte dentro de nada.

Sobre el dorso de la mano me cayó una brasa del cigarrillo encendido, pero no me atreví a quitar la mano. Había dicho «frío bastardo» y «lucha a muerte»; mi mente se debatía tratando de encontrar palabras que no me comprometieran.

—Ahora parece que está pensando con más claridad —dije con gran cuidado—. Usted tiene que tener su propia versión.

Decidí que no estaba mal. Cuando no se sabe de qué va una conversación lo mejor que se puede hacer es quedarse uno callado. Y si no, decir algo que no desvíe el curso de la conversación; me miró de una manera extraña.

—Es usted una persona muy rara. ¿No debería estar apuntándome con un revólver y llamando a gritos a la Policía?

—Seguramente, pero me he dado cuenta de que eso pone a la gente muy nerviosa. Les molesta. A mí, personalmente, me gusta más una charla tranquila; resulta más sedante.

Estaba intentando caldear el ambiente en mi propio beneficio. Hizo un ruido que parecía el cloqueo de una gallina; de verdad, era una especie de ruido desesperado y violento, que parecía realmente un cloqueo.

—Se lo dije antes, me recuerda usted un poco a Douglas. Si él estuviera sentado aquí diría: «¿Por qué no nos tomamos una buena taza de café y charlamos del asunto.»

Bajé la cabeza.

—¿Por qué no aceptamos su consejo? Sin el café.

El mero hecho de pensar en Nigel en aquella cocina donde guardaba el cuarenta y cinco, no me atraía en absoluto. El agitó los brazos.

—¿Por dónde empezamos?

Señalé el cuadro de Judith que estaba sobre la mesa.

—Eso es lo que provocó todo este lío. Empecemos por ahí.

—Aún no comprendo cómo pudo descubrirlo todo. Le juré a Westley que lo había destruido.

—No importa el cómo. Lo que cuenta es que lo sé.

—Muy bien, empecemos por el retrato. Dígame honradamente, y yo sé que no es usted un entendido, ¿hubiera sido capaz de quemar semejante cuadro? Quiero decir, ¿incluso sin tener en cuenta que es un Westley auténtico? No, ya veo por su cara que no hubiera podido.

Si él veía eso en mi rostro, dejaría que lo creyera. Lo que veía realmente era un cambio de expresión provocado por las palabras que iba diciendo. Un Westley auténtico. ¿Auténtico? Comprendí que era cierto, mientras él seguía hablando. Aquel cambio de expresión en la boca. ¿Sería de burla o de relajación? No podía saberlo. Pero entonces me di cuenta que aquello no era debido al cambio de posición, ni al

ángulo desde el que ahora veía la pintura, ni tampoco al cambio de las sombras, o la luz del sol. Era un retrato completamente diferente. Era un cuadro con un defecto. Un Westley auténtico.

—Empleando sus propias palabras no soy un entendido. Así que iré a casa de Rivers a escuchar su versión.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Es un buen trabajo. No voy a avergonzarme de ello. Al fin y al cabo soy un profesional, su discípulo más sobresaliente. Esperan de mí que realice una buena obra. Pero eso es todo lo que es, una obra. Un hermoso cuadro, hecho a la medida para agradar al tipo que va a pagar la cuenta. Antiguamente el artista tenía que hacer un cuadro para halagar al rey o a un noble, o a quien fuera. Si no lo hacía, podía verse en la rueda del tormento. Parece que no hemos avanzado mucho, ¿verdad?

«El papel de rey sería el que desempeñaba Bernard L. Rivers», pensé para mis adentros.

—¿No iba a contarme su versión de la historia? —le recordé.

—Sí —se pasó los dedos por su espeso pelo rubio, mientras su rostro se transformaba con una expresión de súplica—. Fue un accidente, ¿sabe? Yo nunca le hubiera matado, por muchas amenazas que le hubiera hecho.

Yo permanecí inexpresivo.

—Siga.

—Fui al estudio hecho una furia a pedirle cuentas acerca de Judith —volvió la cabeza hacia el cuadro de Judith—. Delante de los demás siempre me tomaba en broma. Pero yo era el único que contaba para él, siempre había sido así. Cuando había estado con alguna de sus criaturas, venía y me lo contaba todo. Naturalmente yo me sentía celoso, pero lo pasábamos muy bien y nos reíamos, porque ellas no nos importaban. Lo que realmente contaba éramos nosotros, nosotros mismos. Douglas y yo. Eso no podía ser alterado por aquellas estúpidas vacas. Después yo le perdonaba siempre, y él hacía nuestra comida, y nos reconciliábamos.

Aunque aquello me repugnaba, sentía también cierta compasión por aquel hombre que estaba sentado frente a mí.

—Pero de ésta no se reiría, ¿verdad?

—No, con ella era diferente. Ella se estaba metiendo en su corazón. Eso siempre se nota, ¿sabe? Hay pequeños detalles que dan claramente a entender cuándo te sientes realmente unido a una persona. Si he de decir la verdad, casi podía entender la razón. Ella no era como las demás. No deseaba tener una simple aventura con el famoso artista. Yo estaba seguro de que estaba realmente enamorada de él. Y aquello empezaba a hacer efecto. Dejó de confiar en mí. De

vez en cuando me decía alguna pequeña mentira y yo lo descubría. Pero yo seguía diciéndome a mí mismo que no había nada de qué preocuparse, que él volvería a mí y todo volvería a ser como siempre. Pero en realidad no me lo creía. Aquella noche había bebido mucho. Yo no soy un gran bebedor, siempre me sienta mal. Pero había tomado una copa de más y me enfurecí. Decidí ir a hablar con él y pedirle cuentas. Entonces nos peleamos.

Dejó de hablar durante un momento, mientras recordaba. No me atrevía a interrumpirle y dirigí la mirada al retrato de Westley. El me devolvió la mirada, atravesándome, yendo más allá de mí, impasible.

Barrington se estremeció, como para liberar su mente.

—Fue una pelea terrible. Tan pronto estaba suplicándole, como le amenazaba. Douglas no intentó hacer las paces. Nada. Solamente se reía. Se reía realmente de mí. Así fue al principio, después se enfadó de verdad. Éramos como dos gatos peleando en un tejado, arañándonos, escupiéndonos, gruñendo, midiendo nuestras fuerzas. El tenía ese revólver desde hacía años. Lo sacó del cajón y dijo que se mataría si no me callaba. Aquella salida era muy propia de él. Le gustaba ponerse en plan dramático. Primero dijo que se iba a disparar en los… bueno, ahí donde radicaba todo el problema. Después cambió de opinión. Se iba a volar los sesos. De hecho se apuntó a la cabeza. Estoy seguro de que estaba disfrutando con aquella escena. Pero yo no disfrutaba. Yo gritaba, diciéndole que siguiera adelante, quería que lo hiciera. Pero volvió a cambiar de opinión. Al fin y al cabo, dijo, ya tenía el corazón destrozado. Una pequeña bala no cambiaría mucho. Así que se apuntó al corazón. Yo salté sobre él.

Dejó de hablar y me miró, su rostro reflejaba una pena infinita.

—Así que saltó sobre él —le dije para instarle a seguir.

—Sí. Se levantó rápidamente y se puso a dar grandes zancadas. Le he prometido contarle la verdad. Pero el hecho es que a partir de ese momento no sé cuál es la verdad. ¿Por qué me lancé sobre él? ¿Era para quitarle el revólver? ¿O para que se disparara a sí mismo? Para que se matara. He vuelto a revivir aquellos momentos mil veces, un millón de veces, y aún no lo sé. Le agarré la mano y el revólver se disparó. Sólo una vez. El me miró con una cara muy extraña. Intentó decir algo pero no pudo. Simplemente cayó al suelo. Muerto.

Me quedé completamente callado. Barrington no podía soportarlo.

—¿Y bien?

La forma como había muerto Westley me había dado mucho que pensar. Yo me había hecho muchas preguntas en mi interior. Tenía muchas sospechas que habían surgido por cosas que había oído, por pequeños detalles que había observado. Incluso había comenzado a elaborar una teoría como explicación a todos los extraños

acontecimientos que habían ocurrido a raíz de la muerte de Douglas Westley. Esta información nueva acerca de la forma tan estúpida en que había muerto aquel hombre, la había borrado completamente. Tendría que empezar de nuevo.

—¿No va a decir nada?

El hombre que tenía frente a mí estaba a punto de ponerse histérico.

—Estaba pensando en lo que acaba de decirme —dije lentamente —. Lo estaba meditando y estoy esperando oír lo que queda.

—¿Qué diferencia puede haber en lo que queda? —tenía la voz quebrada—. Douglas había muerto. Después de eso, nada pude importar ya.

—Está equivocado —le contradije—. Ahora hay que descubrirlo todo. Ya está bien de andar escondiéndose. Digamos que me creo lo que me está diciendo. No me importan las versiones de los demás.

Era un buen punto de partida. No iba a complicarlo todo diciéndole que no había oído ninguna otra versión. La expresión de su cara era muy extraña.

—¿Me cree de verdad? Pero aunque así sea, ¿qué puede cambiar eso? Usted trabaja para él y él le paga. Usted hará lo que él diga, como hace todo el mundo.

Por lo menos a eso podía responder, con bastante sinceridad.

—Seguro, él es el que paga. Y hasta cierto punto, siempre estaré del lado del hombre que paga la cuenta. Pero nadie va a pagarme para precipitar a alguien a la tumba. Si es allí donde tienen que ir ya los mandará la Ley. Si piensa que voy a retener alguna información que pueda mantenerle fuera está muy equivocado.

Había estado frotándose las manos con nerviosismo. Entonces se detuvo, escudriñándome la cara con la mirada.

—¿Eso que dice es cierto?

—Desde luego que lo es. Pero no puede actuar sin saber lo que estoy haciendo. Ahora es como si estuviera reteniendo información sobre un posible homicidio. No importa cuánto tiempo hace que sucedió. De repente me encuentro en situación de cómplice. Al menos técnicamente. Así que será mejor que me cuente el resto y rápido. Digamos que estoy preparado para creer lo que me diga. Cuando muere una persona de esa manera la gente puede hacer una de estas cosas: o se suicidan, o llaman a la Policía, o salen huyendo. ¿Qué hizo usted?

—Salí para matarla. A matar a Judith.

Claro. Para su mente retorcida, la muerte de Westley había sido culpa de Judith.

—Siga.

—Una vez fuera de la casa, había perdido completamente el

control. Para mí es un misterio cómo pude ir conduciendo el coche sin estrellarme contra algo.

—¿Y cogió el revólver?

—¿El revólver? No, ni siquiera pensé en él. No quería ningún revólver, ni ningún cuchillo o cualquier otra cosa que pudiera interponerse entre nosotros. Tenía que ser algo personal entre ella y yo. Iba a estrangularla, a patearla hasta la muerte, a desgarrarle el cuerpo con mis propias manos.

Tenía una luz extraña en los ojos, al tiempo que iba reviviendo aquel sentimiento.

—Y fue a la casa…

—Conduje como un loco todo el camino. Al principio pensé que la casa estaba vacía. Entré en todas las habitaciones, gritando su nombre. Entonces me encontré con él, con Rivers. Estaba solo en ese despacho suyo. Cuando abrí la puerta me lo encontré sentado allí, mirándome.

—¿Le atacó usted?

—No, no, más bien fue al contrario. El estudio aquel era la última oportunidad de encontrar a Judith. Sabía que ella tenía que estar por allí, en algún sitio. Cuando vi a su marido, fue como si me abandonara toda mi energía. ¿Atacarle? ¿Cómo podía yo hacer eso? Según estaban las cosas, sólo podía sentir pena por aquel pobre tipo. Después de todo estábamos los dos en el mismo barco, aunque él ni siquiera lo supiera. Ella nos había traicionado a los dos. No, no le ataqué. Me senté en una silla y me puse a llorar.

Podía imaginarme mentalmente aquella escena: Rivers sentado en su despacho, levantando los ojos de su trabajo para observar a aquel visitante inesperado. Aquel hombre con mirada salvaje que se venía abajo ante sus ojos con una reacción inesperada.

—¿Cómo reaccionó Rivers? —le pregunté.

—Oh, se portó muy bien conmigo. Fue muy amable. Intentó calmarme, me dio un vaso de agua, me habló como si fuera un tío adoptivo. Oh, sí, fue muy bueno conmigo, o por lo menos eso creía yo. Le conté todo lo que usted sabe.

—¿Mencionó él a la Policía?

—Sí, en eso estuvo muy claro. Dijo que habría que informar a la Policía, pero que yo no estaba en condiciones de hablar con ellos en aquel momento. El creía que había sido un accidente, pero que según yo me estaba comportando, me estaba ganando a pulso una sentencia de muerte. Lo que yo necesitaba eran dos horas de descanso. Recobrar un estado mental razonable. Entonces habría tiempo de sobra para contárselo a la Policía. En aquel momento podía haber hecho conmigo lo que hubiera querido. Yo le estaba tan agradecido, no puede usted hacerse una idea, le estaba agradecidísimo.

Repitió aquella palabra y la amargura que se desprendía de su voz era como una punzada.

—Así que siguió su consejo.

—Aquello tenía sentido. Incluso yo podía reconocerlo en el estado de excitación en el que me encontraba. Me dio un sedante y me llevó a un dormitorio para que descansara un rato. Estuve durmiendo tres horas. Durante aquel tiempo él debió de estar muy ocupado.

Yo seguí fumando, sin decir nada. Mi mente era un torbellino de actividad. Tenía que confirmar los hechos y clasificarlos de nuevo. Escenas que antes me parecían al menos un poco aceptables tenían que ser reconstruidas de nuevo. Incluso mientras yo tratara de hacerlo sabía que sería una pérdida de tiempo. Barrington aún no había terminado de relatarme su historia. Cuando lo hubiera escuchado por completo, sería el momento para la gran reconstrucción. Ahora era el momento de seguir fumando, manteniendo una expresión indiferente.

—Pueden hacerse muchas cosas en tres horas —dije.

Asintió seriamente como si yo hubiera dicho algo importante.

—Especialmente si tienes una mente rápida, un corazón como el hielo, y miles de millones en el banco. Rivers lo tenía ya todo organizado. Yo no tenía ninguna posibilidad contra él. Me gustaría que me creyera. Como podrá darse cuenta, ya no sentía ninguna urgencia. Ya estaba preparado para ver las cosas desde un punto de vista diferente.

Me daba mucha más cuenta de lo que él creía. El esquema era muy clásico y siempre lo sería. Cuando la gente se acalora, hace y dice cosas. Cuando se les pasa el acaloramiento, tranquilamente, a la luz del día, se ven las cosas de forma diferente. Especialmente cuando está de por medio la propia vida.

—¿Qué tenía que decir Rivers?

—Lo había preparado todo. Había ido al estudio a comprobar todo lo que yo le conté. No encontró nada que hiciera suponer que Douglas no se había quitado la vida. ¿Por qué no dejarlo así? Allí estaba yo, empezando una brillante carrera, una carrera importante. ¿De qué le serviría al mundo si yo echaba a perder todo aquello? Ya había sufrido bastante. Al principio, quise discutir, debimos haber estado hablando de esto durante una hora aproximadamente. Pero pude aprender algo. Cuando un hombre está discutiendo algo que va en contra suya, que puede arruinar su propia vida, no argumenta con demasiado ahínco. Es más, está especialmente dispuesto a dejarse convencer.

—Cierto —dije de acuerdo con él—. A esto le llaman instinto de conservación.

El pintor movió la cabeza tristemente.

—Una vez que estuvimos de acuerdo en eso, lo demás vino por sí

solo. Rivers resaltó que también Westley había arruinado su vida. Después de un tiempo razonable, se divorciaría de Judith. Estábamos en el mismo barco, él y yo. ¿Querrá usted creer que me daba pena aquel tipo? Cuando me pidió que hiciera algo por él, que le devolviera el favor, yo me sentía deseoso de hacerlo.

Señalé a la muchacha del pelo rubio.

—Quiso que hiciera una copia del retrato. Sin el famoso defecto.

—Sí. Westley había terminado el retrato tan sólo unos días antes. Rivers estaba furioso. Decía que había puesto a Judith cara de cínica y él desde luego no iba a aceptar aquello. Naturalmente, Douglas, siendo como era, se mostraba inexorable en cuanto a que debía quedarse así.

—Y ahora —pensé en alto— la situación había cambiado. Westley había desaparecido pero quedaba su discípulo más aventajado, y éste estaba vivo y en deuda con Rivers.

—Yo no quería hacerlo —me aseguró—. Yo soy un artista creativo, original, no soy un caballo de alquiler. Pero consentí en hacerlo. Y había algo más. El quería salvaguardar mi posición legal. Podría necesitar un día defenderme por la muerte de Douglas. Había llevado un médico a casa, para que me examinara, e hiciera un informe de mi estado emocional. Ese médico, que era, naturalmente, su amigo Hoskins, no tenía ni idea de las circunstancias y no se le daría ninguna explicación de por qué me estaba haciendo aquel reconocimiento. Rivers insistió mucho en eso, dijo que si el médico conocía los hechos, podría ser acusado después de complicidad. Yo le comprendí y no hablamos más de una docena de palabras.

—Y después de eso, se fue usted a la Baja California —terminé.

Pareció extrañarse.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo usted ayer. Me contó algo de la puesta del sol por aquellos parajes.

—Es cierto. Bueno, pues eso fue todo. Cuando volví, Judith Rivers estaba muerta. Todos los periódicos decían que había sido un accidente; Rivers me visitó cuando volví a casa. Se daba cuenta de que yo sabría inmediatamente que no había sido un accidente. Judith se había suicidado deliberadamente, debido al presunto suicidio de Douglas. Pero me rogó que me mantuviera al margen de aquello. Que dejara que creyeran que había sido un accidente. Si se descubría que se había suicidado, surgirían las preguntas en busca de la razón por la que lo había hecho. Ahora ya no existía ninguno de los dos. Ya habían causado bastantes desdichas, para añadir una más. Todo aquello me parecía lógico y razonable. Acepté sus condiciones, como él sabía que lo haría. Estaba todo acabado. Yo seguiría viviendo mi propia vida.

Aún no me sentía satisfecho.

—Puedo comprender todo lo que me ha dicho hasta ahora. Todo tiene sentido, excepto el hecho de que sigue hablando de Rivers como si se tratara de un enemigo. Yo creo que si yo hubiera estado en su lugar, y hubiera tenido el dinero que él tiene, hubiera hecho lo mismo que él. Realmente él no le ha perjudicado. ¿Por qué está tan en contra suya?

—Oh, no. No lo estaba. No lo estuve durante mucho tiempo. Hasta que surgió aquel problema con Patti Dean.

¿Patti Dean? Mi mente hizo «click».

—¿La chica que presentó una demanda de reconocimiento de paternidad contra el hijo de Rivers hace un año?

—La misma. Esa muchacha fue engañada. Yo soy una especie de héroe entre los artistas más jóvenes. Estoy muy al tanto de lo que pasa. En su caso hubo sobornos, testimonios falsos, y mucho dinero rodando por ahí. Como era hijo de Rivers, me interesé especialmente en el tema, y me di cuenta de lo que estaba pasando. Yo no podía hacer nada, pero podía pensar. Ahora que le veía actuar con los demás, desde cierta distancia, comprendí lo que había hecho anteriormente. Me di cuenta entonces que Judith no se había suicidado. Había sido asesinada. Fui a verle y me reí de él en su propia cara. Ya se había acabado aquello del tío cariñoso. Le importaba un ardite lo que yo pensara. Nadie querría escucharme si hablaba en contra suya. Sacó otra vez el tema de la muerte de Douglas, haciendo hincapié en que yo había ocultado pruebas ante la Ley como acusación menor. Y qué iba a decir la Policía cuando supieran que había ido inmediatamente a ver a un médico para poder tener un dictamen de que aquel día yo no era responsable de mis actos. Había conseguido que yo hiciera todo aquello con engaños, pero nunca podría probarlo. Yo estaba indefenso, no era más que un hombre con un montón de palabras.

Tenía mucha razón en aquello.

—¿Así que usted no podía hacer nada?

—Nada. No pude hacer nada entonces, y tampoco he podido hacerlo hasta ahora. Simplemente seguir viviendo con aquello e intentar salir adelante, Hasta ayer, eso fue todo. Cuando se presentó usted aquí, volvió a recordármelo todo de golpe. Yo estaba muy asustado. Estaba seguro que sería alguna cosa suya, que iba buscando algo, que estaba tramando lo que fuera y cuando se incendió el sanatorio de Hoskins la noche pasada estuve más seguro que nunca. No pretendo entender sus razones, ni qué es lo que hace necesario desenterrar todo esto después de tantos años. Pero se trata de Rivers, sé que es él, y estoy asustado.

Comprendía que lo estuviera, dada su situación.

—No me ha hablado de Olivia Jayne Hart.

Su rostro se alarmó.

—¿Quién?

Aquella combinación de su tono y de su expresión me dieron la explicación.

—Olvídelo. ¿Qué relación hay entre usted y Linda Lee?

—No hay ninguna —contestó—. Es simplemente una de las jóvenes que vienen aquí. ¿Por qué me lo pregunta?

—Anoche le prestó su coche.

—¡Ah! ¿Es por eso? Mucha gente lo coge prestado, cuando no pueden volver a casa.

—¿Y también se lo estrella mucha gente? —insistí.

Entonces vi que se preocupaba.

—¿Estrellarse? Y ella, ¿está bien?

—Ha tenido la suerte del borracho. Pero el coche no está tan bien.

Se encogió de hombros.

—Rivers lo pagará. No me va a quitar el sueño. Esa otra muchacha que ha mencionado, Olivia no sé cuantos, ¿iba también en el coche?

—No, olvídelo. No hay ninguna relación entre ambas. Escúcheme con atención, porque la Policía ya ha estado hablando hoy con Hoskins. No creo que él haya mencionado nada del pasado. Rivers le tiene muy dominado. Pero la situación va a ser delicada durante las próximas horas, incluso en los próximos días. Es mejor que nos entendamos usted y yo.

Se inclinó hacia adelante para escuchar.

15

El doctor Hoskins vivía a unos setecientos metros del sanatorio. Lo suficientemente alejado para que no pudiera oír a sus pacientes, y bastante cerca para poder llegar allí, si era necesario, en cinco minutos.

Pasé con el coche por delante de la casa para ver si estaba la Policía, pero el único coche que había a la vista era el sedán, con tres años de antigüedad, en el que Hoskins había ido hasta Rivers Bend.

Volví de nuevo y entré. Debía estar esperando visita porque abrió la puerta antes de que yo pudiera llamar. El buen médico estaba muy sereno, lo cual me indicó que mantenía en buen estado su nivel de alcohol.

—Será mejor que me deje pasar, doctor. Tenemos que hablar de algunas cosas.

No protestó y entramos en la casa dejando la puerta abierta. Le seguí hasta una habitación amueblada con el confort espartano de un hombre que vive solo. Tenía media botella de whisky sobre la mesa, no se veía ningún vaso. Me senté a su lado en una silla.

—¿Cómo le ha ido con la Policía?

—Estuvieron muy amables —contestó—. Aunque eso sí, en un plan muy formal. Al fin y al cabo el sanatorio está asegurado en seiscientos mil dólares.

—Caray. ¿Y ese dinero va a parar a usted?

Me miró fijamente.

—No tiene derecho a hacerme ese tipo de preguntas. De hecho no es así, hay un consejo de accionistas. Nadie se lleva el dinero a su bolsillo, si es eso lo que quiere decir. Tiene que ser empleado en la reconstrucción de la clínica.

—Ese punto le resultará favorable ante la Ley.

—Seguramente eso les hará ser más benignos cuando lo sepan. Pero queda todavía la cuestión del pobre diablo que murió.

Yo asentí.

—Estoy de acuerdo. Pero si no existe ningún posible beneficio, ni tampoco incendio provocado, esto se convierte en un caso más de muerte accidental. Es decir, resulta duro y todo eso, pero no pueden esperar que usted esté de guardia por si acaso viene algún vagabundo. ¿Le preguntaron algo más?

—¿Es que hay algo más? —preguntó en tono cauteloso.

Me encogí de hombros.

—Ah, bueno, podría surgir algo del pasado. Judith por ejemplo. ¿No siente curiosidad por saber por qué Rivers mató a su esposa?

Me miró intensamente durante un momento eterno. Después se dirigió hacia su mesa con paso rígido. Yo me adelanté rápidamente y agarré la botella, poniéndola a mi lado en la silla.

—No querrá beber de esta porquería mientras estamos hablando. En cualquier caso, no esperaba que una pequeña charla sobre el crimen pudiera enojarlo. Menos aún con toda la experiencia que tiene.

Se sentó donde podía ver la botella.

—No entiendo nada de lo que está diciendo.

—Oh, sí, sí que lo entiende. Todo vuelve de nuevo. Concéntrese. Primero, Nigel Barrington quita de en medio a Westley. Judith y el gran artista habían estado haciendo el amor y a Barrington aquello no le gustó. Unas horas después usted le hizo un reconocimiento para que pudiera atestiguar que estaba mentalmente enajenado, por si alguna vez resultaba de utilidad. Después, para que todo quedara perfecto, el bueno de Barney se deshizo de Judith. Debió usted pensar que aquello era muy sospechoso, incluso aunque no pudiera probar nada. Estoy sorprendido de que la Policía no le haya hablado de todos estos pequeños detalles. Tal vez será porque no los sabían. Todavía. Pero los sabrán, no tema. Voy a decírselo yo. Bueno, no le entretengo más, doctor. Probablemente tendrá mucho trabajo, encubriendo asesinatos y todo eso.

Fui a levantarme.

—Espere.

El tono de su voz era imperativo, urgente. Sonaba extraño, viniendo de un rostro que se crispaba nerviosamente. Con los dedos temblorosos señaló el whisky.

—¿Puedo...?

—Ni hablar. No debemos estar todos medio dormidos cuando vengan por aquí los chicos de la brigada de homicidios. No resultaría de muy buena educación.

Se sentó encogido, tocándose el reloj con dedos nerviosos.

—Se está metiendo en cosas que no entiende.

—Ya lo he hecho antes.

—Sí, pero está muy equivocado.

Iba a decir algo más, pero cambió de idea y apretó los labios con determinación.

—A menudo lo estoy —le dije en tono jocoso—. No me molesta. Y si estoy equivocado, bueno, no pasa nada porque se lo diga a la Policía.

Su movimiento fue tan rápido que casi le sale bien. Se tiró todo lo largo que era hacia mí, y de hecho consiguió tocar la botella antes de que yo reaccionara lo suficiente como para ponerle la mano abierta sobre el pecho.

—No —dije agriamente—. Vamos a quedarnos sentados aquí

simplemente durante una o dos horas. O todo el día, si es necesario. A lo mejor si tiro esta porquería por la ventana, las cosas se acelerarán.

Me levanté sosteniendo la botella y fui hacia la ventana que estaba abierta.

—No, no.

Se sentó en el suelo, moviendo la cabeza y sollozando; me dio pena de él Pero me daban más pena los muertos...

—Es mejor que se decida, Hoskins. De esta manera pierde seguro.

—Está bien, está bien —en su voz se apreciaba una ansiosa esperanza—. Deme sólo un poco y...

—Nada —le dije brutalmente.

Incluso entonces luchaba por callar. Se mordió los labios y le cayó un hilillo de sangre por la barbilla.

—Escuche —murmuró—. Barney Rivers es un hombre muy rico. No ha hecho nada malo, nada realmente malo. Usted se ha metido en cosas que no entiende. Esa tontería de que Barrington había matado a Westley simplemente no es verdad. No sé de dónde se habrá sacado esa idea.

—De él, del mismo Barrington. Un hombre normalmente no se equivoca en saber si ha cometido un crimen o no.

Aquellos ojos se esforzaban por enfocarme.

—¿Dijo eso Barrington?

No me creía ni una sola palabra.

—Me lo contó todo hace una hora.

Con una voz natural le conté toda la historia, como Barrington me la había relatado a mí. Hoskins estaba sentado muy serio pero no podía evitar los temblores. De vez en cuando sacudía la cabeza como si fuera a contradecirse. Pero poco a poco ese deseo de interrumpirme fue desapareciendo. Siguió sacudiendo la cabeza, pero ya no era lo mismo. Ya no se debía a la imperiosa necesidad de corregir los errores de la historia, ahora era la aceptación forzada de lo que le estaba contando.

—Bueno, pues eso es todo, doctor. Estrictamente hablando, nada de esto tiene algo que ver conmigo. Los dos protagonistas principales hace tanto tiempo que han muerto, son tantos los hechos que han desaparecido o que han sido modificados, que dudo que la Policía pueda iniciar un proceso. Pero hay que decirlo. No se puede tener a todos esos criminales deambulando por las calles sin que los hombres de la Ley sepan quiénes son. En cierto modo el pobre Rivers ha tenido mala suerte. Si no hubiera tenido tanto miedo de que alguien le prendiera fuego al cuadro nunca me hubiera llamado. No habría habido necesidad de que se descubriera todo. Y en cuanto al fuego, tendrá que informar a la Policía también acerca de Olivia. ¿O es que

va a decirme que su sanatorio se incendió por accidente? Hay que buscarla y detenerla. Intencionadamente o no, ya ha matado a un hombre.

—No, no. Sigue usted sin entender nada. Yo mismo estoy empezando a comprender. Pero aun así sigo pensando que actuó con la mejor intención. Lo hizo porque estaba convencido de que Judith había matado a Westley. Y tenía que protegerla de eso. Realmente ella no era responsable, en el aspecto legal no lo era. No veo que haya nada malo en eso.

Me eché a reír burlonamente.

—¿No le pareció extraño que él la matara? ¿O buscó a alguien que lo hiciera por él? No conozco los detalles, pero apostaría a que lo hizo.

—Creo que será mejor que me acompañe.

Se levantó vacilante y yo hice lo mismo. A pesar de su temblor, parecía haber recuperado cierta autoridad en su voz, que denotaba seguridad. No hablamos más mientras me conducía fuera de la habitación. Cruzamos el vestíbulo y abrió la puerta de otra habitación, en la que unas gruesas cortinas evitaban la entrada de la luz del sol. En una alta poltrona había una mujer sentada con los brazos cruzados. Yo intenté adaptar la vista a la oscuridad.

—He traído a alguien a verte —dijo Hoskins en voz baja y amable —. No hay nada que temer.

Ella volvió los ojos para mirarme. Con aquella luz podía tener cualquier edad entre treinta y cincuenta años.

—Señor Preston, aquí hay alguien a quien debe conocer. Esta es Judith Harvey Rivers.

Cuando aparqué al pie de aquellos escalones de piedra estaba volviendo al punto de partida, a mi primera visita a Rivers Bend. Aquella vez la perspectiva estuvo enriquecida por la visión de una ninfa que se apoyaba en la balaustrada de piedra. Por lo demás todo era igual. Perfecto, ordenado, con el acompañamiento musical de la cantarina fuente. Esta vez tampoco me detuve para contar los peces.

Cuando llegué a la puerta principal oí que se acercaba otro automóvil por la entrada de coches. No necesitaba volverme a mirar para saber de quién se trataba. Sabía quién era.

Todos los miembros de la familia estaban reunidos en el despacho. Larry se apoyaba en la ventana que estaba abierta. Lynda Lee estaba sentada leyendo una revista. Detrás de la mesa, observándome, estaba Bernard L. Rivers.

—¡Ah!, ya está aquí —controlaba perfectamente su voz. Naturalmente—. Como verá, estamos todos. El porqué ha querido mezclar en esto a los chicos, no lo entiendo, pero usted quería que

escucharan lo que vamos a tratar. Él señor Preston tiene que decirnos algo muy importante.

Los jóvenes me miraron con interés. Me acomodé en una silla y fui mirándolos por turno.

—Así es —confirmé—. Creo que ya sabrán que su padre temía que alguien fuera a prender fuego a esta casa. Ahora ya pueden estar tranquilos. Ya he localizado a esa persona y puedo decir con satisfacción que no hay nada que temer.

Rivers tenía aspecto de todo, menos de felicidad. Los demás estaban muy interesados.

—Bueno, hombre, continúe. Debe haber más cosas. ¿Cómo puede estar tan seguro?

Esto lo dijo Larry. Yo continué gravemente.

—La mujer que se suponía que era el enemigo invisible está bien guardada en un cementerio, en Nueva York. Lleva cuatro años muerta. Se llamaba Olivia Jayne Hart.

Entró una mosca por la ventana. Rivers cogió un aerosol enorme y le lanzó un buen chorro de insecticida. Aquel movimiento, que era tan normal, hizo que todo pareciera aún más falso.

—¿Muerta hace cuatro años? —la voz de Larry y su aspecto parecían desquiciados—. No lo puedo entender.

—Ni yo tampoco lo entendía —le aseguré—. Tardé bastante en hacerlo. Todo esto nos lleva de nuevo a Judith. Se había enamorado del hombre que pintó su retrato, de Douglas Westley. Y Westley se suicidó.

—Eso es mentira —me interrumpió, conservando aún la calma—. Ella le mató, Judith. No sé qué más irá usted a decir, pero es mejor que lo sepan.

—¿Que Judith mató a alguien? No puedo creerlo —exclamó Lynda Lee.

Levanté la mano.

—Espere un momento, déjeme que se lo explique. Tiene razón Lynda Lee. Judith no mató a Westley, pero su padre quería quitarla de en medio. Para él, ella había cometido un crimen mucho más grave que el asesinato. Se había enamorado de otra persona y había que castigarla.

—¿Castigarla? —interrumpió Larry—. ¿Quiere decir que la muerte de Judith no fue debida a un accidente? ¿Que mi padre la mató?

—¡Oh, no! —le dije—. Nada de eso. A los asesinos se los puede coger. Ella tenía que recibir un castigo, pero no de forma que más tarde él tuviera luego que sufrir por ello. La quitó de en medio. Llamó a su viejo amigo el doctor Hoskins, y le convenció de que ella había matado a Westley. Lógicamente ella estaba en un estado emocional

muy malo, debido a la muerte de su amante. Hoskins aceptó diligentemente lo que le dijo su padre. Su querido padre sólo hacía lo mejor para ella. Al fin y al cabo tenía que escoger entre estar bien cuidada y recibir un tratamiento adecuado en una clínica privada o la alternativa de verse recluida en una institución estatal. Realmente no se puede culpar al doctor, ya que actuó engañado. El creía que cumplía con un deber humanitario solamente.

—Pero Judith —empezó a decir Lynda Lee.

—Un momento —la detuve—. De repente apareció Kate Nolan y su padre decidió volver a casarse. Su padre es un tipo de los que le va el matrimonio. Pero Hoskins sabía que él estaba aún casado y que su mujer estaba vivita y coleando.

—Que estaba viva —dijeron a coro los dos retoños de Rivers.

—Claro, y eso lo estropeaba todo. Su padre decidió inventarse un loco que se escapara del sanatorio y prendiera fuego a la casa. No sé cuál hubiera sido la escena final, pero tengo el desagradable presentimiento de que yo había sido elegido para desempeñar el trabajo de matar al intruso. Incluso aunque tuviera que hacerlo él mismo, yo hubiera sido seguramente un testigo imparcial de primera clase, y una paciente del doctor Hoskins, una tal Oliva Jayne Hart, resultaría muerta en el incendio. Todo muy desagradable, pero dado el modo que tiene de actuar, estoy seguro de que le hubiera sido explicado a la Policía de una forma plenamente satisfactoria.

La voz de Rivers era monótona y parecía desprovista de expresión.

—Creo que nunca había oído más tonterías en menos tiempo. Ha olvidado que yo estaba aquí cuando Olivia llamó por teléfono.

—No —le contradije—. Yo estaba aquí cuando sonó el teléfono, eso es todo. Usted es un genio de la electrónica, según me contó usted mismo. Aunque no hace falta ser un genio para hacer que un teléfono suene.

—¿Y qué hay del veneno que había en la jarra? —insistió—. Ya sé que intenté convencerle de que había sido un suicidio, pero usted sabía que no estaba diciendo la verdad.

Asentí.

—Reconozco que eso me convenció. Era una doble trampa y yo caí en ella.

—Usted mismo dijo que la puerta estaba cerrada por fuera.

—Sí, pero estaba equivocado. La llave estaba fuera, eso lo sé. Pero después estuve mirando la puerta, hay un hueco en la parte de abajo, lo suficientemente grande como para poder echar la llave por debajo, empujarla y que vaya a parar a unos cuantos centímetros fuera. Una vez hecho eso, bastaba con tenderse en el suelo, con la boca llena del agua que tenía el veneno, y esperar hasta estar seguro de que nos

acercábamos. Probablemente hasta que yo volé la cerradura. Nunca corrió usted ningún peligro, pero de esa forma podría disponer de un auténtico intento de asesinato, si hubiera necesitado emplearlo para algo. Después de matar a la mujer que todo el mundo creía que era Olivia.

La voz de Larry sonó extraordinariamente sumisa.

—Pero, ¿y el cuerpo? ¿El cuerpo de Judith?

—El lo identificó. Compruébelo preguntando al guardacostas. En un espacio de setenta y cinco kilómetros hacia ambos lados de la costa, el mar devuelve una media de tres cadáveres por semana que son arrojados a la playa. Muchos de ellos pertenecen a mujeres jóvenes, y muchas de ellas no son identificadas nunca. Lo único que había que hacer era esperar que apareciera una que pudiera pasar por Judith. Después de estar durante varios días bajo el agua es muy difícil identificar a una persona.

Rivers se levantó. Aunque su actitud no parecía amenazante, pensé que yo también debía levantarme por si acaso.

—Me imagino que se habrá sacado todo ese cuento de lo que le ha contado ese loco borracho de Hoskins. No es un buen testigo y además se olvida de algo. Incluso si todo eso fuera verdad, yo no habría cometido ningún crimen. Creo que es mejor que se vaya ahora. Y no necesito decirle que no pagaré ninguna factura que usted me envíe.

Desde luego había que descubrirse ante aquel tipo. No se asustaba. No le daba por esgrimir un revólver. Simplemente era frío y despegado como el hielo.

—Le van a mandar otra factura —le dije—. Viene de las autoridades del Estado de California. Tengo que reconocer que ha tenido usted mala suerte. Tuvo que hacer desaparecer toda la evidencia referente a Olivia Jayne Hart, las huellas, todas sus pertenencias personales. Pero, claro, usted no quería perjudicar a ningún inocente. Decidió organizar un incendio, pero de forma que todo el mundo tuviera tiempo de sobra para salir y ponerse a salvo. Hizo un buen trabajo, también. Debió de resultar una sorpresa muy desagradable el pobre vagabundo que apareció muerto. Era un perfecto desconocido. Después de tantas cosas malvadas como ha hecho y que la Policía no ha podido probar, un viejo vagabundo le ha derrotado, y ha causado su ruina.

—Eso son fantasías de su imaginación. Va a tener que ponerle freno.

Pasó junto a mí y fue hacia la puerta.

—Y el cuadro también —le recordé—. El Westley falso. A ver cómo explica eso también. Le va a costar trabajo.

Rivers me ignoró y salió del despacho. Todos fuimos detrás de él

y nos dirigimos al vestíbulo. Allí estaba Hoskins y una mujer de mediana edad, con aspecto asustado.

Lynda Lee dijo con incredulidad.

—¿Judith?

Entonces echó a correr y se arrojó en sus brazos, y ambas se echaron a llorar. Por encima de su cabeza las cortinas empezaron a descorrerse y las persianas se enrollaron.

Me quedé inmóvil, atrapado nuevamente por la magia del retrato, en el que Judith Harvey Rivers miraba serenamente hacia abajo. No podía decidirme a mirar a la figura llorosa que estaba a unos metros de mí. Esa no era Judith. No mi Judith.

—¿Ha dicho que es una reproducción? ¿Un falso Westley?

Rivers se colocó debajo del cuadro mirando hacia arriba. De repente sacó el aerosol. Mi mente actuó con demasiada lentitud. Encendió un mechero y del aerosol surgió una llama de casi un metro de altura. La lanzó exactamente contra la cara del retrato. Empezaron a aparecer horribles manchas al irse chamuscando, luego se convirtieron en llamas, que quemaron y ennegrecieron aquel delicioso pelo rubio, aquellos ojos. Salté sobre él, dándole un golpe al bote de aerosol. Este se estrelló contra el suelo, pero yo no había sido lo suficientemente rápido.

Lo único que quedó fue un lienzo renegrido. Desde el exterior llegó el zumbido de la sirena de un coche de Policía.

16

Algunos días más tarde estaba sentado en mi despacho repasando la lista oficial de las personas desaparecidas. Me resultaba difícil prestarle plena atención porque mis pensamientos seguían dándole vueltas a la deliciosa persona que era Mike Blair, redactora de los Ecos de Sociedad del *Monkton City Globe*. Había sorprendido a todos los diarios de la costa, publicando antes que ninguno la noticia del incendio del sanatorio de Hoskins y los acontecimientos que ocurrieron a continuación, todo ello debido a unas llamadas telefónicas de cierto «famoso investigador privado», como dicen en las novelas. Más de una vez se había empeñado en decirme lo mucho que me debía y yo estaba reflexionando sobre esta situación que me resultaba tan favorable, cuando Florence Digby me llamó.

—Aquí hay un tal señor Swift, de la Federación Nacional de Seguros.

No tenía ganas de hablar con ningún vendedor de seguros, pero en su negocio, como en el mío, no se puede despedir a nadie sin hablar antes con él. Podría tratarse de algún trabajo y yo andaba ya bastante mal de dinero después de haber pagado la factura de Sam Thompson por su trabajo en el caso de Rivers.

—Le veré en seguida.

Entró casi corriendo. Era un hombre pequeño y enjuto con un indómito mechón de pelo blanco.

—Siéntese, por favor, señor Swift.

—Gracias.

Se puso la cartera negra con cremallera sobre las rodillas.

—Su secretaria le habrá dicho que pertenezco a la Federación Nacional de Seguros. ¿Le dice algo esto?

—Intento estar siempre en contacto con el mundo de los seguros, pero no creo…

—Es absolutamente normal. No andamos buscando publicidad. La Federación Nacional de Seguros se formó hace unos años para proteger sus intereses comunes. No formamos parte del mundo de los seguros propiamente dichos. Es decir, nosotros no vendemos pólizas ni ninguna cosa de ese tipo rutinario. Somos una especie de organización de vigilancia.

Todo lo que yo podía hacer era simular que estaba interesado. El señor Swift no me diría nada hasta que no viera que yo estaba preparado para ello.

—Por ejemplo, tomemos uno de los riesgos más grandes como es el fuego. ¿Tiene usted idea de la cantidad de dinero que cambia de

manos en el espacio de doce meses, sólo en lo que se refiere a los incendios?

No, no lo sabía, pero tenía que decirle algo.

—Imagino que serán millones.

El señor Swift no acostumbraba a sonreír muy a menudo, pero conmigo hizo una excepción.

—Bueno, me temo que no ha acertado mucho. Son cientos de millones. Naturalmente las compañías de seguros investigan muy a fondo, habiendo tanto dinero de por medio.

Era lógico.

—Una de las mayores compañías miembro corrió un riesgo en un incendio reciente por una suma de unos seiscientos mil dólares. Me refiero, naturalmente, al sanatorio del doctor Hoskins.

No había sido muy justo con el señor Swift. Realmente resultaba muy interesante escucharle. Así que decidí colaborar con él.

—Sí, ya conozco el tema.

—Bueno, pero lo que tal vez usted no sabe es que, como resultado de una investigación exhaustiva, que se llevó a cabo a raíz de las acusaciones formuladas por usted, se descubrió que el fuego no había sido el infortunado accidente que creíamos al principio.

—Ah, muy bien. Es bueno saberlo.

—Mejor de lo que usted cree, me parece. La Federación Nacional de Aseguradores se dedica en estos casos a investigar las circunstancias. Yo he estado haciendo esto precisamente durante los últimos días. Como resultado de ello me consideré capacitado para hacer una recomendación. Mi consejo fue aprobado y por eso estoy aquí.

Yo asentí animándole. Abrió la cremallera de la cartera, y se puso a hurgar en su interior.

—He sido autorizado para entregarle una recompensa. Esta asciende al uno por ciento del total. En pocas palabras, señor, estoy aquí para entregarle un cheque certificado por un valor de seis mil dólares.

Y eso es lo que hizo. Lo miré, temiendo que pudiera desaparecer. Después musité algunas palabras de agradecimiento. El señor Swift cerró la cremallera de su cartera, me estrechó la mano y se fue.

Seis mil dólares.

Doblé el boletín de personas desaparecidas y lo aparté. Al retirar la mano cogí el teléfono y marqué el número de Mike Blair. Había llegado el momento de cobrar las deudas.

Mientras esperaba una contestación, encendí un cigarrillo. La llama del mechero era muy larga y me iluminaba la cara. Aquello me hizo recordar otras llamas devorando, destruyendo el lienzo de Judith Harvey Rivers, chamuscándolo hasta que no quedó nada más que un

perfil ennegrecido, dentro de un pesado marco dorado. Sonreí amargamente al recordarlo. En cierto modo, todo el asunto no había sido desde el principio más que un montaje.

Un precioso montaje dorado.

Créditos

Título original: *The Beautiful Golden Frame*
Peter Chambers, 1980
Traducción: Teresa Recio
Publicación: Forum, D.L. 1983
Serie: Círculo del crimen; n. 23
ISBN: 9788485604463

Maquetado a partir de un Epub de ***Rutherford /Rbear / dino51bd*** en *ExVagos*
Convertido a Doc con AVS Converter
Retoques de conversión con Word
Convertido a HTML con Word
Convertido a QED con QualityEbook
Retoques de QED con Notepad++
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Para la maquetación de esta versión en "Fiction Book 2", se han utilizado "Styles" y "Class" permitidos en FB2 pero que se pueden perder al convertir el documento a otros formatos o abrirlo con un programa lector inadecuado.

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1]Rivers Bend significa «curva del río» en inglés. (*N. del T.*)